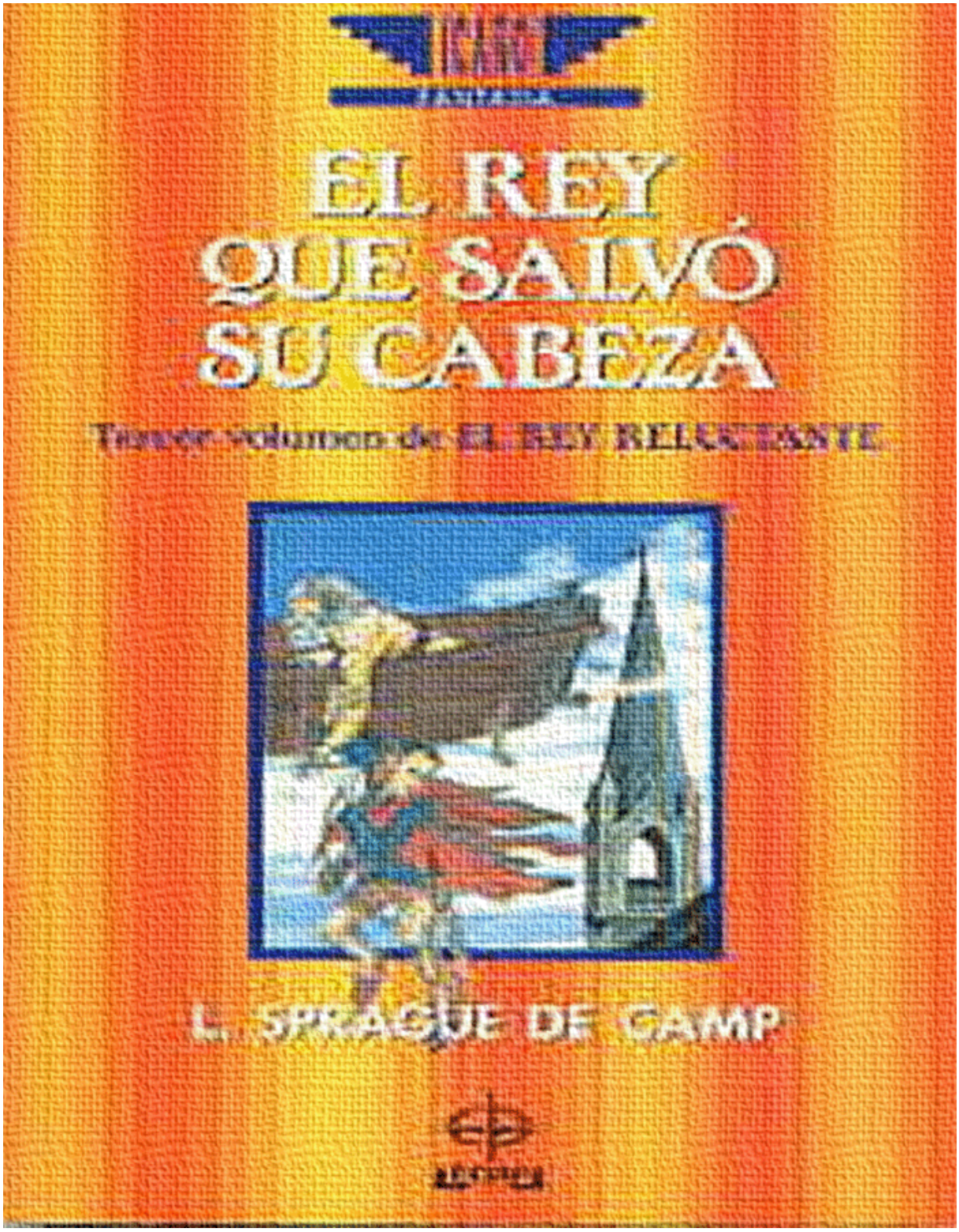
LA TORRE ENCANTADA, EL REY RELUCTANTE 3
EL REY QUE SALVÓ SU CABEZA
LYON SPRAGUE DE CAMP



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NO SE DEBE CONFIAR EN UN DEMONIO

Tres años atrás, Jorian fue coronado Rey de Xylar. Pero las leyes de Xylar decretaban que cada uno de sus monarcas aleatoriamente elegidos debía ser decapitado al final de un reinado de cinco años. Jorian tenía ciertos prejuicios acerca de perder su propia cabeza. Con la ayuda del anciano mago Karadur, consiguió escapar.

Desgraciadamente, no fue capaz de llevarse consigo a su amada, la Reina Estrildis, ni pudo desde su huida encontrar un modo de liberarla del palacio de la ciudad de Xylar.

Pero Jorian tiene la impresión de que su suerte ha cambiado. El y el anciano mago Karadur son transportados a través del aire de la noche en una gran bañera de cobre movida por un demonio controlado por Karadur. Bajo ellos se encuentra ya la ciudad de Xylar. Mientras el demonio mantiene la bañera flotando sobre el palacio, Jorian debe descolgarse por una cuerda y rescatar a Estrildis.

El plan parecía infalible, pero...

L. SPRAGUE DE CAMP

EL REY QUE SALVO SU CABEZA

Tercer volumen de EL REY RELUCTANTE

Librodot

Lyon Sprague de Camp nació el 27 de noviembre de 1907 en la, ciudad de Nueva York. Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Yersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es «The Isolin-guals», en septiembre de 1937, para «Astounding Stories». Su vida se encamina a ser escritor «free-lance» para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelphia (1956).

L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Cárter en la saga de «Conan», al igual que como especialista americano en la «Heroic Fantasy». Pero su faceta fundamental versa en torno a un «Space Opera» picaresco y a una «Fantasía» de

clara tendencia humorística. La «serie de Krishna» o «serie de Viagens Interplanetarias» es una mezcla de aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes «simpáticos» para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: «La torre de Zanid» (1958), «The Search for Zei» (1962) y «The Hand of Zei» (1963).

«El Rey Reluctante» se trata de una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una «imaginería» de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter «urbano» y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: «La torre encantada» (1968), «Los relojes de haz» (1971) y «El rey que salvó su cabeza» (1983). En base al éxito de estas narraciones, De Camp escribió una nueva secuela: «The Honorable Barbarían» (1989).

Alberto Santos Castillo Junio 1990

I

EL PALACIO DE XYLAR

Una gran bañera de cobre, cuya brillante superficie reflejaba los rayos del sol poniente, sobrevolaba las nieves de los Lograms. Se deslizaba entre los picachos, a pocos codos por encima de los glaciares.

—¡Gorax! —gritó uno de los dos pasajeros de la bañera—. ¡Te dije que no pasaras tan cerca de las montañas! ¿Quieres paralizar de terror mi viejo corazón? ¡A partir de ahora, por favor, evítalas!

— ¿Qué dice? —preguntó su compañero.

El primero en hablar inclinó la cabeza como para escuchar y, luego, respondió:

—Dice que quiere que este viaje termine de una vez. Me suplica que le deje aterrizar en cualquier pico para descansar, pero no lo haré. Si accedo a su petición, este demonio se consideraría libre de su misión y volvería a su dimensión natal, abandonándonos en algún glaciar perdido.

El que acababa de hablar era un hombre seco y de piel morena, ataviado con una túnica marrón cortada en burda tela. El viento hacía ondear sus largos cabellos blancos que se derramaban por debajo de un amplio turbante del mismo color y agitaba su larga barba igualmente blanca. Era Karadur, vidente y brujo de Mulvan.

El otro ocupante de la bañera era un hombre alto y fuerte, todavía joven, de floreciente aspecto avivado por el aire de la montaña y con unos ojos negros profundamente hundidos en las órbitas; sus cabellos y barba eran igualmente negros; una cicatriz le cruzaba el rostro y la nariz, ligeramente curvada. Se trataba de Jorian de Ardamai, en Kortoli, ex rey de Xylar, y, desde entonces, poeta, mercenario, narrador profesional, contable, relojero y geómetra.

Prosiguiendo una discusión entablada desde antes que estuvieran a punto de chocar con aquel picacho de los Lograms, Karadur le espetó:

—Hijo mío, lanzarse de cabeza en tal aventura era correr hacia el desastre. Tendríamos que ordenarle a Gorax que nos llevase a un territorio seguro, donde tuviéramos amigos y pudiéramos reflexionar en nuestra siguiente acción.

—Y cuando hubiéramos terminado de reflexionar —replicó Jorian—, los xylarianos ya se habrían enterado de nuestra marcha de Penembei. Lo sé porque, cuando fui rey, mis servicios secretos siempre estaban al corriente de todo. Me tendieron montones de trampas, esperando que intentara rescatar a mi querida Estrildis y...

Se golpeó en la nuca con el canto de la mano, aludiendo con aquel gesto a la sangrienta costumbre xylariana que exigía que al rey se le cortase la cabeza cada cinco años y fuese arrojada a la multitud para que aquel que se hiciese con ella se convirtiese en el nuevo monarca. La magia de Karadur le había permitido escapar a Jorian de su propia decapitación y, desde aquel día, Xylar sólo pensaba en recuperar a su fugitivo soberano para devolverle al reino y reanudar la ceremonia interrumpida para que su sucesor pudiera ser designado según las ancestrales leyes.

—Además —siguió Jorian—, mientras Gorax siga siendo vuestro esclavo, disponemos de este vehículo para acercarnos al palacio por vía aérea. Vos mismo habéis dicho que dejarle aterrizar sería como liberarle de sus obligaciones. Cualquier tentativa por vía terrestre sería más que delicada. ¿Por qué suponéis que me he traído esto? —Señaló un rollo de cuerda atado en uno de los extremos de la bañera del rey Ishbahar—. ¿Podéis embrujar esta cuerda como lo hicisteis con aquella otra en Xylar?

El brujo sacudió la cabeza.

— ¡Ay, no! Eso exige la captura de un espíritu de la segunda esfera, asunto para el que no estoy actualmente equipado.

Cambió de táctica y, con voz alta y nasal, apuntó:

—Mi querido Jorian, el mundo está lleno de mujeres hermosas. ¿Por qué te obstinas con ésa? Es una chica muy agradable, lo reconozco, pero has conocido a muchas mujeres, tanto antes como después de tu reinado. No podemos decir que sea la única compañera posible...

—Os repito —bramó Jorian— que es ella a quien he elegido. Mis otras cuatro esposas me fueron impuestas por el Consejo de Regencia. No tengo nada contra ellas, pero se trataba tan sólo de un arreglo político. Y, además, ¿qué puede saber del amor un viejo asceta como vos?

—Olvidas que también yo fui joven un día; aunque te parezca difícil de creer.

—Bien, si el rey Fusinian de Kortoli arriesgó su vida por su bienamada Thanuda para arrancarla de las garras de Vuum el troll, yo sería un cobarde si, por lo menos, no lo intentase.

—Pero con eso no borrarás a las mujeres a quienes has conocido carnalmente desde tu evasión.

—No me podéis echar en cara a la gran sacerdotisa. No tenía otra elección en aquellas circunstancias.

—Cierto, pero en cuanto a las otras...

—He procurado mantenerme fiel a Estrildis —le cortó Jorian un poco irónico—. Pero no puedo, sobre todo después de una larga abstinencia, despedir sin tocar siquiera a una hermosa chica que se me mete en la cama y me pide que la satisfaga. Cuando alcance vuestra edad, quizá mi fuerza esté a la altura de tales desafíos.

— ¿Cómo puedes saber que los xylarianos no le han entregado Estrildis a otro? —preguntó Karadur.

—No era así cuando mi hermano Kerin estuvo allí para reparar los relojes. Sospecho que la emplean como rehén. Por mediación de Kerin, le dije que aguantase.

— ¿Supones que sus sentimientos son menos perdurables que los tuyos? ¿Y si ella misma ha encontrado la compañía de un miembro del sexo opuesto?

— ¡Impensable! —Exclamó el ex rey—. Siempre me afirmó que yo era su único amor y confío en ella como en ningún otro mortal.

—Cierto, pero, a veces, Astis, la diosa a la que en Mulvan llamamos Laxari, hace nacer en los más equilibrados mortales pasiones que ignoran las más firmes resoluciones y los más poderosos razonamientos. No desprecies las destrucciones que el destino y los caprichos de la naturaleza humana pueden infligir a nuestros planes mejor concebidos. Como decía el sabio Cidam, «Feliz aquel que espera lo peor, pues, en verdad, nunca se verá decepcionado».

Jorian se rió.

— ¿Queréis decir que quizá ella se ha dejado montar por cualquier patán durante mi ausencia? Bien, supongo que habrá podido pasar así. Pero, como yo mismo era la mejor espada de Xylar, a excepción de Tartonio, el maestro que me enseñó, me resultaría bastante fácil librarme de él. Podría añadir que debería hacer lo mismo con la infiel, pero reconozco que tengo el corazón demasiado bondadoso para llegar a eso.

—Afirmas que la amas, ¿verdad?

—Hasta la locura.

— ¿Así que nunca la harías desgraciada sin razón?

— ¡Claro que no!

— ¿Y si amase a ese hombre de verdad? En ese caso, le habrías roto el corazón inútilmente. Si luego, por fuerza o por suerte, la obligases a vivir a tu lado, créeme si te digo que tu existencia doméstica estaría lejos de ser paradisíaca.

— ¡Maldito viejo! —gritó Jorian, encolerizado—. ¡Sólo veis las situaciones más oscuras! Proponga lo que proponga, siempre encontráis abundantes razones para demostrarme que todo es tontería, burda o infame trampa. Quizá no os equivoquéis, pero si prestase oído a todas vuestras argucias, me quedaría plantado donde estoy sin moverme, como si tuviese raíces. Me parece que hay que esperar a que pasen las cosas y actuar en consecuencia.

Karadur suspiró.

—Es difícil para un ser tan joven saber que, a largo plazo, eso sería lo mejor para todos.

Jorian alzó la vista. Las estrellas empezaban a aparecer.

—Por favor, pedidle al demonio que vaya más despacio —dijo—. No querría que nos estrellásemos contra el monte Aravia durante la noche.

— ¿El monte Aravia? Me parece que allí reside uno de mis colegas, un tal Shenderu. Es un divino eremita. ¿Podríamos hacerle una pequeña visita?

Ante la expresión de su compañero, el brujo suspiró de nuevo y añadió:

—Bueno, será la próxima vez.

En la aurora de púrpura y oro la bañera volante navegaba todavía por encima de los Lograms, pero los contrafuertes se empezaban ya a perfilar según los viajeros se desplazaban hacia el norte. Las montañas no tardaron en alejarse y, durante horas, sobrevolaron los inmensos pantanos de Moru. Aquellas tierras no pertenecían en principio al reino de Xylar, pero, de hecho, era una zona mal definida, poblada solamente por algunos desesperados cocodrilos enanos que, decían, descendientes de los dragones que los paaluanos caníbales llevaron en otros tiempos a Novaría. Muchas generaciones antes, aquellos antropófagos evolucionados lanzaron una expedición de merodeadores contra Ir, en la costa oeste de la larga península novariana.

Con la misma curiosidad de siempre, Jorian se asomó por el borde de la bañera. Buscaba en vano un dragón paaluano en medio de los negros estanques y las masas de hierba grisácea de aquel pantano del que habían desaparecido casi todos los colores al acercarse el invierno. Karadur le advirtió:

— ¡No te inclines así, hijo mío! Gorax pretende que desequilibres la bañera y que nos demos la vuelta, quedando con la quilla al aire.

—Esta bañera no tiene quilla —replicó Jorian, sonriendo ampliamente—, pero entiendo lo que queréis decir.

Dos caballeros huyendo

De la condenada Penembei

Tiraron su carruaje

Y fertilizaron el pantano

Donde sus huesos se pudren desde entonces.

—No estás en tu mejor momento, hijo mío —comentó el viejo brujo—. No sabemos si Penembei está condenada. Si ese Chuivir, al nombrarse rey, reivindica sus derechos con todas sus fuerzas, quizá resulte un monarca aceptable. Me parece, además, que la proposición del último verso no es muy acertada.

—Era por la métrica —replicó Jorian—. El primer pie debe ser un verso yámbico, según el doctor Gwiderius.

— ¿Quién?

—El profesor que me enseñó prosodia en la Academia de Othomae. ¿Qué os parece este otro?:

Dos colegas en la real bañera

Por los pantanos de Moru se mueven

Pero por asomarse mucho

De golpe se cayeron

Y su presunción yace por el suelo.

Karadur sacudió la cabeza.

—Lo que implica que también yo me estoy asomando aunque, como puedes comprobar,

procuro mantenerme en el centro.

— ¡Decididamente, os tomáis todo al pie de la letra! ¡Muy bien, veamos de lo que sois capaz?

— ¡Ay, Jorian! Ni yo soy poeta, ni el novariano es mi lengua materna. Componer una estrofa en mulvaniano que exprese los pensamientos propios y obedezca las sesenta y tres leyes de la versificación mulvaniana sería una tarea que exigiría más tiempo y paciencia del que los dioses parecen dispuestos a concedernos de momento.

Al mediodía habían abandonado los pantanos de Moru y sobrevolaban los bosques del sur de Xylar. Por la noche, los bosques dieron paso progresivamente a campos cultivados.

—Informadle a Gorax —dijo Jorian— que no deseamos llegar a la ciudad de Xylar antes de la medianoche.

—Quiere hacerme creer que tendremos suerte si llegamos antes del alba —contestó Karadur. Gimió, mentalmente, claro está, de fatiga.

—Pues pedidle que vaya más deprisa. En cualquier caso, no queremos que el sol se alce cuando yo me esté deslizando por la cuerda.

—Exactamente, ¿qué pretendes hacer?

—Muy sencillo. Kerim me dijo que los xylarianos habían instalado a Estrildis en las alcobas de la terraza. Imaginan que así me sería más difícil acercarme a ella, suponiendo, naturalmente, que emplease el camino terrestre. —Jorian se rió—. Así que, cuando estemos sobre el tejado, ataré la cuerda al grifo de la bañera, lanzaré el otro extremo por la borda, me dejaré caer y me habré llevado a Estrildis antes de que se den cuenta de mi presencia. Lamento que no dispongamos de una de esas cuerdas hechizadas.

—Si tuviéramos tiempo para practicar las operaciones mágicas necesarias, intentaría prepararte una.

—Ese grito era la alegría y el orgullo del rey Ishbahar

—observó Jorian—. Lo concibió un ingeniero de la Casa de la Sabiduría. El único problema era que los criados del rey debían mezclar el agua caliente y la fría en un depósito instalado en el techo del palacio y nunca conseguían ajustar las proporciones adecuadas. El pobre Ishbahar se encontraba siempre o congelado o cocido. Le sugerí que instalase dos grifos, uno para el agua caliente y otro para la fría para que pudiera regular la temperatura del agua a su antojo, pero con el asedio de Iraz y la rebelión de las facciones, no tuvo ocasión para llevar mi idea a la práctica.

Karadur sacudió la cabeza tristemente.

—Con todas esas nuevas invenciones salidas de la Casa de la Sabiduría, de aquí a algunos siglos nuestra esfera se parecerá al mundo futuro donde todo son máquinas zumbantes y traqueteantes y donde la magia no tiene cabida. Rezo cada día para no encarnarme en un mundo así.

—Yo procuro hacer lo mejor que puedo, ya sea con la magia o con la mecánica —dijo Jorian encogiéndose de hombros—. Al menos, debemos dar gracias a la monstruosa obesidad de Ishbahar, pues ella nos permite gozar de esta enorme bañera en la que los dos podemos dormir cómodamente. ¿Sabéis cómo la hizo construir?

—No, hijo mío. Por favor, cuéntamelo.

—Cuando Ishbahar accedió al trono, ya era bastante gordo pues, desde su infancia, su pasatiempo favorito fue comer. Así que, en la noche siguiente a su coronación, estaba agotado tras toda una jornada de pie, cumpliendo con todos los gestos exigidos por el ceremonial y respondiendo adecuadamente a los sacerdotes de los cultos principales. Ordenó, en consecuencia, a sus lacayos que le preparasen un baño y le pidió a su esposa favorita que le esperase en la alcoba real.

»La bañera real, sin embargo, había sido concebida para su predecesor, Shashtai VIII, que era bajo y delgado. Ishbahar metió un dedo en el agua y la encontró a su gusto. Con un suspiro de anticipado placer, subió a la escalerilla plegable preparada por los lacayos y se metió en el baño. Pero, ¡ay!, mientras se hundía, se encontró estrechamente estrujado entre

los bordes de la bañera. Llamó a un criado: "¡Esto no nos vale! ¡Somos picadillo real! ¡Ayudadnos a salir, por favor!" El servidor tomó el brazo del soberano y tiró de él con todas sus fuerzas, pero en vano. La conjunción del enorme peso del monarca y de las paredes inclinadas de la bañera mantenían a Ishbahar totalmente inmovilizado.

«Llamaron a otros criados al rescate quienes, todos juntos, tiraron de los brazos del rey, pero sin resultado. Llamaron a un guardia para que metiese el extremo de la lanza bajo el real trasero y usar el arma como palanca. Ishbahar soportó valientemente el dolor, sin dejar escapar más que unos pocos gemidos, pero no por ello se desprendió. Dos lacayos se apresuraron a apretar la alabarda junto con el guardia, pero no consiguieron otra cosa que romper el mango.

»El rey ordenó entonces que despertaran al ingeniero en jefe de la Escuela de la Materia, uno de los departamentos de la Casa de la Sabiduría. Este, tras reflexionar un momento, dijo:

»—Majestad, puedo sacaros de ahí. Nos bastará con practicar un agujero en el techo e instalar una polea de doble cuerda. Luego, atando las cuerdas bajo las axilas y los muslos de Su Majestad, os sacaremos de tan molesta situación en un momento.

»— ¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó el rey Ishbahar.

»El ingeniero reflexionó unos momentos en la pregunta y contestó:

»—Si Su Majestad está de acuerdo, considerando el tiempo necesario para dibujar los planos y reunir el material, estoy convencido de que os podremos sacar de ahí dentro de quince días.

»—Y, mientras tanto, ¿nos quedamos aquí macerándonos? —Preguntó Ishbahar—. ¡Vamos, vamos, amigo mío! Llamad al director de la Casa de la Mente.

«Trajeron al brujo en jefe de la Casa de la Mente, un implacable rival del ingeniero en jefe de la Casa de la Materia. El encantador declaró:

»—¡Su Majestad, tengo exactamente lo que necesitáis! Se trata de un encantamiento de levitación que acabo de poner a punto y que puede levantar hasta tres talentos de peso fácilmente. Permitidme ir a buscar mi material y todo irá bien.

»Así, pasada la medianoche, el mago ordenó que todos saliesen del baño real para que empezase sus encantamientos. Quemó unos misteriosos polvos en un caldero de donde escapaban volutas de humo multicolor que se retorcían y ondulaban como serpientes fantasmagóricas. Salmodió unas palabras místicas y de las paredes salieron sombras que no podían ser proyectadas por ningún cuerpo sólido. Las colgaduras se alzaron y las llamas de las velas vacilaron sin que soplase ningún viento.

»Al fin, el brujo pronunció las tres palabras mágicas y el rey Ishbahar se levantó; pero la bañera se levantó con él, anclada aún firmemente a las anchas caderas reales. El director de la Escuela de la Mente, agotado, tuvo que dejar que bañera y rey volvieran al suelo. Hay que observar que aquella bañera no tenía ni grifos ni cañerías, por lo que podía moverse fácilmente.

«Entonces, la esposa favorita del rey, una tal Haziran, acudió a ver lo que retenía tanto tiempo a su señor. Encontró al monarca hincado en la bañera, rodeado por el ingeniero en jefe, el brujo en jefe y todos los criados, lamentándose en grupo de su incapacidad para sacar al rey de tan penosa situación. Se limitaban a proponer experiencias desesperadas, como dejarle sin comer hasta que hubiera adelgazado lo suficiente como para salir de allí como un corcho de una botella.

«Haziran reflexionó unos instantes y luego gritó:

»— ¡Sois una pandilla de imbéciles! Esa bañera es de cerámica, ¿no? Criados, sacad el agua. Y vos, doctor Akraba —el ingeniero en jefe—, id a buscar a toda prisa un martillo pesado.

»—Haced lo que os pide —dijo Ishbahar—. Esta maldita bañera nos está cortando la circulación.

«Cuando llevaron el martillo, los criados, con ayuda de cazos, tazones y esponjas, habían

vaciado toda el agua. Haziran golpeó la pared de la bañera en el lugar en que ésta apretaba las reales caderas y, con un enorme crujido, se rompió en varios pedazos. Ishbahar lanzó un grito de dolor por el impacto, pero recoció después que una pequeña moradura era un precio muy barato por su liberación. Se secó, abrazó a Haziran y la condujo hacia la alcoba real. Era una mujer equilibrada, y si no hubiera muerto de viruela unos años más tarde, habría librado al pueblo de muchos tormentos aconsejando a Ishbahar prudentemente.

»Ishbahar encargó una nueva bañera. Y, aquella vez, veló porque fuera lo suficientemente grande como para que, por mucho que engordase, no volviera a correr el riesgo de quedar encajado en ella. En los años siguientes, cuando los funcionarios de la Casa de la Sabiduría acudían a lamentarse de que el monarca les hubiera suspendido las asignaciones, éste no dejaba nunca de responderles:

»— ¡Ah! ¡Con toda vuestra pretendida sabiduría, vuestros genios fueron incapaces de sacarnos de una bañera!»

—Un cuento muy edificante —declaró Karadur—. Pero, ¿por qué la hizo fabricar de cobre? Debió costarle carísima.

—Se trataba de una decisión política. Sus agentes estaban en una postura de fuerza con el Gremio de Alfareros sobre los impuestos y le encargaron la bañera al Gremio de Caldereros, para que Ishbahar les enseñase a los alfareros quién era el que mandaba.

—Bien, y ahora volvamos a nuestros propios planes —dijo Karadur—. ¿Cómo subirás a la reina a la bajera? Por fuerte que seas, dudo que puedas trepar por la cuerda con una mano sujetando a tu bienamada con la otra.

Jorian frunció el ceño.

— ¡Caramba, no lo había pensado! Creo que la mejor solución sería que ella me agarrase por el cuello para que así yo tuviera las manos libres.

— ¿Te imaginas que vas a levantar los dos pesos conjugados?

—Si no es así, tendremos que ir colgados de la cuerda hasta que deis con un lugar donde posarnos.

— ¡No podrás ir balanceándote en el vacío hasta que salgamos de Xylar! ¡El trayecto llevará horas! Y si aterrizamos antes de salir de este reino, Gorax nos abandonará y tendremos que huir a pie.

—Hmmm —dijo Jorian.

Tras unos instantes de silencio, continuó:

— ¡Lo he encontrado! Hay un castillo en ruinas, supuestamente embrujado, a diez leguas al sur de la ciudad de Xylar. Fue construido en la época feudal por un tal barón Lorc. La muralla que lo rodea aún está en pie. Gorax podría dejarnos allí, a Estrildis y a mí, y luego poner la bañera a nuestra altura para que pudiéramos abordarla. Si le vigiláis y no toca el muro, no podrá pretender estar libre de sus obligaciones.

—No me gusta —rezongó Karadur—. Los demonios son seres muy astutos, particularmente aquellos a los que no podemos ver. ¿Qué es esa historia del castillo encantado?

—Un simple rumor, una vaga leyenda. Probablemente, no habrá nada de verdad en todo ello. Y si algún espíritu malévolo acechara en aquellos lugares, confío en vos para protegernos mediante vuestra magia.

El brujo se acarició la barba, pensativo.

— ¿Por qué no llevar la bañera al techo del palacio, lo mismo que propones hacer en el castillo del barón Lorc? —preguntó.

—Porque el techo está en pendiente y cubre casi toda la terraza. Además, no tiene asidero alguno. Solo, quizá me arriesgaría a deslizarme por las tejas para saltar a la bañera, pero no puedo exigirle lo mismo a Estrildis.

— ¡Maldición! Dime, muchacho, ¿no podrías dejarme al otro lado de la frontera, en Othomae, donde te esperaría? Le daré instrucciones a Gorax para que te obedezca.

— ¡Ni hablar! —replicó el ex rey de Xylar—. Os necesito para dirigir esta nave aérea mientras bajo a buscar a mi amada. ¡Vamos, valor, viejo amigo! Hemos salido de situaciones más peligrosas.

—Habla por ti, mi joven amigo —se quejó Karadur—. Tú estás hecho de muelles de acero y barbas de ballena, pero yo soy viejo y débil. No sé cuántas más hazañas podré soportar.

—En todo caso, no os quejaréis de que la vida a mi lado resulta monótona.

—No. Pero a veces sueño con una existencia feliz, tranquila y mortalmente monótona.

Era más de medianoche y una media luna plateada se empezaba a alzar cuando Jorian vio las luces que resplandecían a lo lejos y a su izquierda.

—Me parece que la ciudad de Xylar está allí abajo —declaró—. ¡Ordenadle al demonio que vire a babor ahora mismo! Ha fallado sus cálculos en más de una milla.

La bañera, obedeciendo a las órdenes mentales del mulvaniano, cambió de rumbo. Las luces no tardaron en acercarse y multiplicarse. Algunas provenían de las ventanas de las casas, otras de las lamparillas de aceite que Jorian, durante su reinado, hizo erigir sobre postes en las calles principales. Aquella fue la primera tentativa de iluminación pública, y antes de ello, los habitantes, al menos los que no eran lo suficientemente ricos como para pagar guardias personales y portaestandartes, acostumbraban a quedarse en casa durante la noche al abrigo de sus puertas acerrojadas.

—Debemos bajar la voz —murmuró Jorian.

Luego, susurrando sus instrucciones a Karadur, que se las transmitía mentalmente a Gorax, empezó a guiar la bañera hacia el palacio real, acercándose primero a la torre antes de dirigirse a la alcoba de la terraza.

—No hay guardias en el techo —siseó—. Perfecto.

Llevó el extraño navio a seis codos por encima de la pequeña terraza situada en el extremo de la alcoba y, mientras Karadur situaba la bañera exactamente en el lugar que Jorian deseaba, éste ató un extremo de la cuerda alrededor del grifo y lanzó el resto por la borda. Luego, se dispuso a descender.

— ¿Sin espada? —murmuró el viejo brujo.

—No. Podría hacer ruido, o golpear en los muebles, y traicionarme. Si se da la alarma y los guardias empiezan a perseguirme, la espada no me serviría contra muchos.

—Sin embargo, en las epopeyas —dijo Karadur, soñador—, los héroes siempre abaten a centenares de feroces enemigos con una sola mano.

—Esos relatos, como saben todos los que luchan con la espada, son puras mentiras. Tomad a cualquier héroe legendario, por ejemplo Dauric, y... No hago más que hablar y ha llegado el momento de pasar a la acción.

—Ese es tu principal defecto, hijo mío. La lengua será tu perdición.

—Quizá, pero hay peores defectos que el exceso de locuacidad. La razón por la que hablo tanto es...

—Jorian! —exclamó Karadur con una vehemencia desacostumbrada—. ¡Cierra, la boca!

Reducido al fin al silencio, el ex soberano de Xylar se dejó deslizar por la cuerda. Las suelas de sus botas tocaron sin ruido el pavimento de la terraza.

Se deslizó hacia la puerta de la alcoba, buscando las ganzúas en la bolsita. Había aprendido a usar aquellos instrumentos en el año precedente a su evasión de Xylar. Una maga le profetizó que estaba destinado a ser o rey o aventurero. No tenía muchas ganas de ser ni lo uno ni lo otro, pues su única ambición consistía en convertirse en un artesano próspero y respetable, como su padre, Evor el Relojero. Pero las circunstancias quisieron que, de mejor o peor gana, debiera asumir los dos papeles predichos.

Jorian se convirtió en rey de Xylar al atrapar por azar la cabeza de su predecesor cuando ésta fue arrojada a la multitud desde el cadalso. Y, como era evidente que no podría

reinar indefinidamente teniendo en cuenta las leyes xylarianas de sucesión, decidió prepararse para ser el mejor aventurero posible. Se entrenó para aquel fin tan racional y perfectamente que acabó siendo un experto en dominios tales como las ciencias, las artes y el derecho.

Estudió lenguas extranjeras, practicó las artes marciales y contrató los servicios de un buen puñado de malandrines, entre ellos un carterista, un falsificador, un bandido, un líder religioso, un contrabandista, un tenor y dos saltimbanquis para que cada uno de ellos le enseñase su especialidad. Puesto que los dioses no le permitían interpretar el papel de un burgués trabajador y respetuoso de las leyes, cosa a la que aspiraba, al menos procuraría desempeñar competentemente el papel de rey que le habían impuesto.

Sin embargo, en aquella ocasión, no necesitó recurrir a las ganzúas, pues la puerta no estaba cerrada. Movió, sin más, el pomo y la puerta se abrió con el más ínfimo de los chasquidos.

Recordaba muy bien el diseño de la alcoba, pues vivió en ella en el pasado. Cada noche hacía que le llevaran a una de sus cinco esposas. Para evitar los celos, compartían su cama por riguroso turno, pero el sistema dejaba de funcionar cuando alguna, o algunas, de sus mujeres estaba encinta o enferma, por lo que nunca dejaba de haber disputas acerca de quién debía ocupar el puesto de la ausente. Finalmente, Jorian resolvió el problema declarando que le gustaría disfrutar de una o dos noches de descanso.

Penetró en el salón al que daban otras dos habitaciones, un baño y una escalera que permitía bajar al segundo piso del palacio. El tiempo, en otoño, resultaba agradable, y las puertas de las habitaciones se encontraban entreabiertas. En una de ellas, supuso Jorian, descansaría su Estrildis y, en la otra, su dama de honor, fuera quien fuese.

No lucía ninguna luz en aquellas habitaciones y el pálido claro de luna no bastaba para traspasar las tinieblas. Jorian se preguntó cómo determinar en cuál de las dos habitaciones dormiría su bienamada. Era imprescindible que no despertase por error a la dama de honor. Debería avanzar sobre las puntas de los pies hasta el umbral de cada cuarto, echar un vistazo al interior y, si seguía con dudas, acercarse a la cama lo suficiente para zanjar la cuestión. No conocía a la dama de honor, pero esperaba que, al menos, fuese morena, lo que permitiría distinguirla claramente de la rubia Estriláis.

Se dirigió hacia la puerta de la izquierda y tropezó en un obstáculo invisible. Había presumido, sin reflexionar mayormente en el problema, que todos los muebles ocuparían el mismo sitio que ocupaban cuando huyó de Xylar. Había olvidado contar con aquella pasión de las mujeres de arreglar sin cesar los interiores de las casas.

El objeto que golpeó se derrumbó con un fragor apocalíptico. Jorian consiguió no perder el equilibrio y sofocó un juramento al notar que se había herido la tibia.

Antes de que tuviera tiempo de dar otro paso, un terrible concierto de ladridos y gruñidos furiosos estalló en la habitación de la izquierda; distinguió, brillantes en el claro de luna, los ojos ardientes y los desnudos colmillos de una bestia que saltó hacia él.

Al no estar armado, Jorian se apoderó de la silla con la que se había golpeado y la blandió, apuntando con las patas hacia el perro de guardia que se lanzaba contra él. El animal le golpeó con tanta fuerza que ex rey se cayó, volviendo al suelo, intentando rodear el obstáculo que le impedía alcanzar su presa.

De las dos habitaciones salieron voces de mujeres.

— ¿Quién anda ahí? ¡Auxilio! ¿Quién sois?

Jorian percibió el chasquido de un mechero de yesca y una luz se encendió en la habitación de la izquierda.

Una fantasmagórica silueta se alzó en el umbral y una voz femenina que Jorian no conocía empezó a chillar:

— ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Al asesino!

La mujer se precipitó hacia las escaleras y desapareció.

Estrildis, pequeña, rechoncha y rubia, se encuadró en el quicio de la puerta de la derecha con una vela en la mano.

Procurando mantener al perro a respetuosa distancia, Jorian aulló:

— ¡Querida! ¡Soy yo, Jorian! ¡Llama al perro!

— ¡Oh! —exclamó la pequeña reina—. Aquí, Thóy. Así, buen perro, perrito bueno.

El animal, que a la luz de la vela apareció como un enorme mastín shveniano, retrocedió sin dejar de gruñir. Estrildis le tomó por el collar y preguntó:

— ¿Qué haces aquí, Jorian? No esperaba...

Los aullidos de la dama de honor cubrieron su voz.

— ¡Auxilio! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Salvad a la reina!

— ¡Amor mío! —bramó Jorian—. He venido a buscarte. ¡Ven, antes de que los guardias nos rodeen!

—Pero cómo...

— ¡Poco importa! ¡Deja el candelero y ata al perro!

—Pero quiero saber...

— ¡Basta, mujer! Si no vienes ahora mismo...

Un chasquido procedente de la escalera interrumpió a Jorian. Los hombres invadieron el salón. Sus armaduras proyectaban destellos dorados a la luz de la vela.

— ¡Cogedlo! —ordenó la voz de un soldado.

Jorian distinguió tres espadas desnudas que apuntaban hacia él, luego, muchas más. Se dirigió a la terraza, se impulsó y saltó para agarrar la cuerda que se balanceaba lo más alto que pudiera.

— ¡Karadur! —gritó—. ¡Súbenos! ¡Deprisa!

Empezó a subir a fuerza de muñecas. La bañera se alzó. Pero, antes de que el extremo de la cuerda estuviera lejos de su alcance, uno de los guardias, mordiendo la espada con los dientes, consiguió aferrarse a ella y empezó a trepar.

El ascenso de la bañera se frenó. Otras siluetas armadas aparecieron en la terraza. Una de ellas intentó sujetar la cuerda, pero ésta se le escapó.

Jorian bajó la vista para mirar el rostro del guardia que subía tras él. Creyó reconocer aquel mostacho puntiagudo.

—Eres Duvian, ¿verdad? —preguntó—. Soy Jorian. ¿Te acuerdas?

El hombre, a causa de la espada, sujeta aún entre los dientes, no pudo emitir otra cosa que un vago gruñido.

De abajo, se alzaron nuevas voces:

— ¿Quién tiene una ballesta?

— ¡Ve a buscar una, cretino!

—Lo mejor será que abandones —le aconsejó Jorian al guardia—. Si todavía estás aquí cuando despeguemos, te obligaré a soltarte a patadas o cortaré la cuerda y una caída, desde tan alto, no te causaría otra cosa que la muerte.

El soldado, con la cuerda en la mano izquierda y enrollando las piernas alrededor de la maroma, tomó la espada con la derecha e intentó alcanzar a Jorian, declarando:

— ¡Debo cumplir con mi deber, mi rey, por penoso que sea!

Su rey le dispensó una patada y la espada cayó de la mano del guardia. Golpeó ésta en las tejas, se deslizó a lo largo del tejado y desapareció en el vacío para aterrizar en la calle estrepitosamente.

Jorian se deslizó por la cuerda para lanzar una nueva patada contra el rostro del soldado. Falló, pero el hombre se soltó y cedió unos cuantos codos antes de caer en la terraza. Cayó sobre uno de sus compañeros y ambos rodaron por el suelo entre un chirrido de

cota de mallas. Los ecos de una furiosa disputa estallaron entre la soldadesca y la riña continuó mientras la bañera seguía ascendiendo.

El chasquido de una ballesta se dejó oír y un dardo pasó silbando muy cerca de Jorian. Este trepó aún más deprisa y no tardó en llegar al borde de la bañera. Otra saeta golpeó el extraño vehículo aéreo, haciéndolo resonar como una campana. Jorian pasó la mano sobre el metal en el punto del impacto y sintió un bulto allí donde la flecha de hierro alcanzó el cobre.

—Si nos retrasamos —dijo con voz jadeante—, acabarán por traer una catapulta. ¡Decidle a Gorax que nos aleje de aquí con toda su demoníaca velocidad!

— ¿En qué dirección?

—Hacia Othomae. Ordenadle ir hacia el este. Como habéis apuntado, allí tenemos algunos amigos.

Una flecha rozó el fondo de la bañera, pero no tardaron en estar lejos de su alcance. Con la media luna a babor, enfilaron en la noche hacia levante. Jorian se quedó silencioso durante un momento, respirando profundamente, hasta que declaró:

— ¡Que la peste y la viruela acaben con los xylarianos! ¡Por las pelotas de bronce de Imbal, me gustaría prender fuego a esta maldita ciudad! ¿Qué decía ese sabio mulvaniano sobre que siempre hay que esperar lo peor? Tengo toda la mala suerte del mundo. Elidora debió encantarme. Es como una comedia de Physo. Primero, tropiezo en una silla en la oscuridad; luego, Estrildis se las arregla para lanzar contra mí un perro como un león que no me conocía y, además...

—Hijo mío —le interrumpió Karadur con un gemido—, por favor, ahórrame el relato hasta mañana. Tengo que descansar hasta el alba. No puedo estar sin dormir como hacía a tu edad.

El brujo se cubrió con la manta y no tardó en ponerse a roncar. Cuando al fin se calmó, Jorian descubrió que podía sonreír. Compuso mentalmente una ligera cantinela:

Un héroe que quería salvar a, su esposa

Como siempre había soñado,

Tropezó con una silla

Y se armó mucho revuelo

Y hubo de huir para salvar la vida.

Como no había nadie que pudiera escuchar el relato de su abortada tentativa de salvar a Estrildis, Jorian se resignó y se unió en el sueño a su compañero.

II

EL PARQUE DEL GRAN DUQUE

ORAX pretende que no podrá aguantar mucho más tiempo —declaró Karadur escrutando las tinieblas.

Tras abandonar Xylar, volaron durante toda la jornada y ya habían franqueado la frontera othomaeana. ,

El cielo se oscureció y empezó a llover. Jorian y Karadur se pusieron la capa, pero el aguacero redobló y no tardaron en estar empapados. El agua llenaba el fondo de la bañera.

— ¿No tenemos nada con que achicar este navio? —preguntó el viejo hechicero con voz irritada—. Gorax protesta por el peso suplementario.

—Ahora que me lo recordáis —dijo Jorian—, creo que hay un tapón de desagüe. Debe estar ahí debajo.

Se desplazó hacia el extremo de la bañera, donde se encontraba el grifo, y levantó el rollo

de cuerda. El orificio del desagüe estaba protegido por un tapón de corcho tan profundamente hundido que Jorian, a pesar de toda su fuerza, no consiguió soltarlo. Debió emplear la espada, y el agua acumulada, al fin, se vació. Estaba totalmente oscuro.

—Tengo que confirmar que Gorax está al borde del agotamiento —dijo Karadur—. Nos advierte que si no le autorizamos a posarse inmediatamente, puede soltarnos y dejarnos caer, sea cual sea la altura a la que nos encontremos.

—Pedidle que frene —dijo Jorian—. Conozco bien esta región, pero ni siquiera puedo distinguirme la mano si la pongo delante de los ojos, así que cómo voy a orientarme. Esto está más oscuro que las tripas de una vaca. Según mis cálculos, deberíamos alcanzar la ciudad de Othomae dentro de unas dos o tres horas.

—Al menos, no mataremos de miedo a todos los aldeanos sobre los que volemos —espetó el brujo—. Como no podemos verles, es seguro que lo mismo les pasará a ellos.

Jorian se echó a reír.

— ¿Os acordáis de aquel carretero de Xylar que saltó de su vehículo y cruzó los campos para meterse en un montón de heno?

—Claro. Pero tu servicio secreto con toda su eficacia habrá oído la historia y sabrá que nos dirigimos hacia el este.

—Así es. Me parece, sin embargo, que estaremos seguros en Othomae. Los othomaeanos no están en buenas relaciones con Xylar desde hace mucho tiempo. Se trata de unas estúpidas historias sobre el curso de un río que fue desviado y que dejó una barrera de arena reivindicada por ambas naciones. El conflicto nació en los últimos días de mi reinado y no tuve ocasión de solucionarlo. En todo caso, dudo que las autoridades de Othomae acepten la extradición.

—Deseo que tengas razón. A menudo, para arreglar tan parroquiales problemas, basta con un buen frasco de vino.

—Tendremos que contar con la avaricia del tesorero de Xylar. En mis tiempos, el puesto era ocupado por Pnthio, hijo de Pellitus, un hombre tan aferrado a sus leones de oro como un tigre mulvaniano a su presa. —Jorian abrió los ojos en medio de la oscuridad, intentando orientarse—. Decidle a Gorax que descienda lo más cerca del suelo que pueda, pero que avance lentamente, no vayamos a golpear con un árbol o una casa. Cuando se alce la luna, podremos encontrar un camino o un río que nos guíe.

Algunas horas más tarde, la lluvia se transformó en una ligera y tenaz bruma. La luna, en su último cuarto, proyectaba una luz malsana sobre las nubes que corrían por el cielo. El tiempo pasaba lentamente.

Inclinado sobre la borda, Jorian distinguía campos cultivados y, aquí y allá, una aldea, unos cuántos rectángulos oscuros que se recortaban débilmente en la oscuridad. No conseguía reconocer ningún lugar en concreto.

Súbitamente, Karadur declaró:

—Gorax nos advierte que está agotado. Nos aconseja prepararnos, pues, lo queramos o no, va a posarse.

Sintieron una extraña sensación de ligereza cuando la bañera empezó a dirigirse hacia el suelo. Las tinieblas se espesaron mientras los árboles se fueron alzando a su alrededor. Con una suave sacudida, la bañera aterrizó sobre tierra blanda.

—Nos desea buenos días —dijo Karadur—. ¿Sabes dónde estamos?

—En alguna parte de Othomae —respondió el ex rey—. A menos que Gorax haya cruzado todo el ducado y estemos en Vindium.

Jorian se puso en pie, estirando con un gemido los entumecidos miembros. La lluvia había cesado, pero, a su alrededor, la vegetación se veía muy mojada.

Salió de la bañera. Pisó un tapiz de césped en el centro de un claro bordeado de inmensos árboles; a continuación, se encaminó a inspeccionar los alrededores. Volvió hacia Karadur y declaró:

—Sigo sin saber dónde estamos. Mientras me entero, podríamos quitarnos toda esta ropa mojada.

Subió a la bañera, se desvistió y retorció su ropa sobre la hierba. Estornudó.

—Espero —protestó— que estén secas antes de que nos muramos de frío... ¿Qué es eso?

Algo se desplazaba sin ruido por las lindes del bosque. Jorian distinguió una masa oscura y percibió el débil aliento de una respiración. Luego, unos instantes más tarde, se oyó algo así como un relincho cerca de la bañera. Dos manchas luminosas apenas visibles brillaron en la oscuridad. Jorian reconoció el olor.

Estaba sentado en el rollo de cuerda, junto al grifo. Saltó y agitó los brazos lanzando un penetrante chillido. Se escuchó un gruñido y el ruido de un cuerpo que se alejaba apresuradamente.

—Creo que era un leopardo —dijo el ex rey—. ¿Estáis bien, Karadur?

El viejo brujo jadeaba.

—Tu aullido a poco detiene mi corazón por toda la eternidad.

—Lo lamento, pero había que asustar a ese felino para librarnos de él. —Jorian palpó sus ropas; las de Karadur estaban tendidas al otro lado de la bañera—. Todavía están mojadas, pero lo mejor será que nos las volvamos a poner. El calor de nuestros cuerpos ayudará a secarlas. ¿Y si hiciéramos una hoguera?

—Excelente idea, siempre que sea realizable. Y, con toda esta humedad, tengo mis dudas.

Jorian sacó el mechero.

— ¡Maldición! —exclamó—. La mecha está mojada y no veo cómo conseguir una seca. ¿Funcionaría vuestra fórmula del fuego mágico?

—Si encuentras algo de madera, puedo intentarlo.

Jorian no tardó en reunir un montón de ramas muertas. Plantado en la bañera, Karadur hizo unos gestos con la mano, unos cuantos pases místicos y declamó algunos encantamientos. Una pequeña llama azul brotó entre las ramas, provocando un débil chirrido, mas la madera se negó a arder.

— ¡Ay! —dijo el viejo mulvaniano—. No podemos hacer nada hasta que la madera se seque.

—Y yo que creía que la magia era la solución cuando los medios materiales fracasaban —se lamentó Jorian—. Observo que los brujos fracasan bastante a menudo.

—Hijo mío —suspiró Karadur—, me temo que has descubierto el secreto de los secretos, los arcanos de nuestra cofradía.

—Lo que significa que todas esas historias de magos dotados de poderes infinitos son sólo una barrera de polvo para engañar a los profanos, ¿no?

—Esa es la verdad, ¡ay! Fracasamos tan a menudo como los ingenieros de la Casa de la Sabiduría de Iraz. Pero, te conjuro a ello, no reveles este secreto al común de los mortales. Los brujos ya tenemos bastantes problemas para ganarnos la vida.

Jorian sonrió en la oscuridad.

—Dado que, anciano, me habéis salvado la vida, sabré guardar vuestro secreto.

Echó un vistazo a su alrededor. Había luz suficiente como para que distinguiera las hojas de los árboles, aunque éstos hubieran perdido casi todo el follaje del verano.

— ¡Por las tetas de marfil de Astis! —exclamó súbitamente—. ¿Qué es aquello?

Unas escalas de madera se veían fijas en los troncos de tres árboles que bordeaban el claro y que se perdían en las copas.

—No conozco escalas que crezcan naturalmente en los árboles —dijo el rey de

Xylar—. Debe tratarse de objetos fabricados por el hombre.

—Uno se podría imaginar tales escalas en árboles frutales para facilitar la recolección —reflexionó Karadur en voz alta—. Pero sólo veo robles, enemas y tilos.

—También hay hayas —dijo Jorian—, pero dos de las escalas están puestas en los robles. ¿Quién querría recoger bellotas todavía verdes?

—Un criador de cerdos, por ejemplo. Pero no me termina de convencer, pues sería más fácil recogerlas del suelo. Quizá las escalas conduzcan a puestos de guardas donde habrá centinelas vigilando el territorio para descubrir a eventuales invasores.

—No oí hablar de nada parecido cuando serví en el ejército del Gran Bastardo —replicó Jorian—. Pero a quién más... ¡Oh, Karadur, mirad detrás vuestro!

El brujo se volvió y se sobresaltó.

— ¡Un unicornio! —exclamó.

La cabeza y el pecho del animal sobrepasaban las frondas que bordeaban el claro. El unicornio del mundo de Jorian no tenía nada de aquel gracioso pseudo-caballo; pertenecía a la familia de los rinocerontes y estaba cubierto por un pelaje marrón dorado con un único cuerno plantado en el centro de la frente, justo sobre los ojos, en lugar de las narices.

—Si permanecemos inmóviles —murmuró Jorian—, quizá se vaya.

—Me temo que no —respondió Karadur en voz baja—. Detecto emanaciones de una rabia creciente. Me parece que lo mejor será prepararnos a saltar a una de esas escalas.

El unicornio emitió un furioso ronquido, rascó el suelo con la pata de tres cascos y se adelantó.

—Dicho y hecho, como le gusta repetir al sabio Achaemo —murmuró el ex rey—. ¡Listos, vamos!

Saltó de la bañera y se precipitó hacia la escala más cercana. Karadur le imitó pero, debido a su edad, se rezagó un poco. Jorian le esperó al pie del árbol, animándole:

— ¡Deprisa! ¡Más deprisa! ¡Ya viene!

Cuando el brujo, al fin, jadeando y titubeante, se unió a él, Jorian le tomó de la cintura con las fuertes manos y le levantó para situarle lo más alto posible en la escala.

El unicornio, eructando como un volcán, cargó entre un ruido de trueno. Se lanzó con la cabeza gacha contra la bañera y la corneó. Con un gran bong, la bañera salió despedida por los aires y con ella todos los aparejos de los dos viajeros.

— ¡Subid! ¡Deprisa! —gritó Jorian.

En efecto, Karadur, sin aliento, escalaba los peldaños con bastantes dificultades y, un poco más abajo, su compañero todavía se encontraba al alcance del curvo cuerno de la bestia.

El unicornio giraba por el claro, pisoteando los objetos dispersos por el suelo. La manta de Jorian se enredó en su cuerno y el animal sacudió la cabeza furiosamente, de modo que el trozo de tela se desplegaba como una bandera. Cuando el unicornio consiguió librarse de él, cargó de nuevo contra la bañera, haciéndola rodar sobre sí misma varias veces.

Luego, el monstruo dirigió su atención hacia los dos hombres encaramados en la escala. Trotó hacia el roble y, irguiéndose a lo largo del tronco, intentó empalar a Jorian, aunque éste, afortunadamente, estaba lejos de su alcance.

Una vez seguros, el ex rey y el viejo brujo siguieron subiendo hasta una altura más razonable. Llegaron al nivel de una gran rama horizontal provista de numerosas ramas que permitían una fácil presa; Jorian se izó a ella y se sentó a horcajadas. Karadur, tras algunos titubeos, le imitó. Por debajo, el unicornio inclinó la cabeza, pero no les perdía de vista.

—Algo me dice —dijo Jorian— que esta bestezuela no nos termina de apreciar. En todo caso, creo saber dónde estamos.

— ¿Y dónde es?

—Cuando servía en la guardia de infantería del Gran Bastardo, se hablaba mucho

de un plan que el gran duque consideraba particularmente. Se trataba de unificar sus numerosas reservas de caza situadas en el sur de la gran ciudad de Othomae para crear un parque nacional protegido. El gran duque Gwitlac era bastante viejo y gordo como para disfrutar con la caza y el Gran Bastardo Daunas, su medio hermano, prefería correr detrás de las chicas antes que tras los corzos y jabalíes.

»Tanto el uno como el otro necesitaban dinero para equipar y entrenar a la caballería pesada. Contaban con que, poblando el parque de animales tanto familiares como exóticos, podrían sacar sustanciosas ganancias cobrando entrada al populacho. Los visitantes acudirían de otros países, eso también, para gastarse el dinero. Nuestro querido amigo de ahí abajo pertenece a la categoría de bestias exóticas, pues es originario de las praderas septentrionales que se extienden más allá de los Ellornas. Estas escalas debieron ser instaladas para que se utilizaran como medio de escapar de la carga de todos los animales que no disfrutan con la compañía de los curiosos.»

—Todo eso está muy bien —dijo Karadur—, pero, ¿cómo vamos a convencer a ese maldito unicornio para que se vaya?

Jorian se encogió de hombros.

—Tarde o temprano, acabará por cansarse de vigilarnos.

—A menos que antes, debilitados por el hambre, nos caigamos del árbol —rezongó el vidente.

—Cierto, pero siempre hay que contar con el método gracias al cual el rey Fusinian escapó del jabalí de Chirioc.

Karadur se instaló lo más confortablemente y declaró:

—Pensaba que ya había oído todas las historias acerca de Fusinian el Zorro, pero he de reconocer que ésta no la conozco.

Jorian, entonces, relató lo siguiente:

—Cuando Fusinian se convirtió en rey de Kortoli, heredó una reserva de caza comparable a las del gran duque actual. Aquella reserva se llamaba el Bosque de Chirioc. Sin embargo, cuando Fusinian sucedió a su padre, el incompetente Filoman el Bienintencionado, estuvo muy ocupado durante años, entre otras cosas, la guerra con Aussar y sus problemas con los gigantes que llevaban el nombre de los Dientes de Grimnor, para interesarse por el Bosque de Chinioc.

»Tras todos aquellos acontecimientos, Fusinian se preparó para disfrutar de la vida, al menos, tanto como le fuera posible a un monarca concienzudo pese a las múltiples trabas debidas a su posición. Muchos de sus caballeros se apremiaban para que cazase en Chinioc que, según ellos, era un hervidero de bestias salvajes. El bosque alberga, en especial, un jabalí de talla, fuerza y ferocidad sobrenaturales. Tal como lo describían, parecía un búfalo con defensas en lugar de cuernos, y todos los pilares de su antecámara le decían a Fusinian la gloria que conseguiría si abatía a la bestia, usando su carne en un gran banquete y haciendo clavar su cabeza para exponerla en uno de los muros del palacio.

»A Fusinian no le gustaba la caza pero, por el contrario, amaba mucho la pesca. Además, le gustaba encontrarse solo de vez en cuando para elegir entre las muchas ofertas, propuestas de ley, decretos, peticiones, tratados, contratos, citas y memorias en las que se veía sumergido continuamente. Y, para ello, la pesca le resultaba muy útil.

»Así que, un bello día de verano, Fusinian, acompañado de cuatro soldados a caballo, se dirigió hacia las lindes del Bosque de Chinioc. Ordenó a su escolta que le esperase y que si no había vuelto una hora antes de la puesta de sol empezasen a buscarle.

»Los guardias protestaron, haciendo valer la presencia de osos, lobos y leopardos en el bosque, sin hablar del jabalí de Chinioc. Pero el rey, desdeñando sus advertencias, se adentró por un sendero que ya sabía le conduciría a un buen arroyo truchero. Se había llevado dos cañas de pescar y una cesta con la comida y, silbando alegremente, se internó en los bosques.

»Antes de llegar a la corriente de agua, escuchó un gruñido comparable al que producía aquella máquina de la Casa de la Sabiduría de Iraz con la que uno de los ingenieros

pretendía obtener energía de la corriente de los ríos. Y el jabalí de Chinioc apareció entre los árboles. Al ver a Fusinian, el animal gruñó, rascó el suelo y agachó la cabeza para cargar.

»La bestia no tenía el tamaño de un búfalo, pero era bastante impresionante. Los pelos del dorso le llegaban al mentón a Fusinian, y el rey no tenía más armas que un cuchillo para destripar pescado.

»El monstruo saltó, y el rey, abandonando las cañas, se precipitó hacia el árbol más cercano, un gran roble como éste. Aunque pequeño, Fusinian era seco y nervudo y consiguió llegar a las ramas. El jabalí se apoyó en el tronco, pero su presa, instalada como nosotros en una gruesa rama, estaba lejos de su alcance.

»El rey se dijo que si se quedaba lo bastante en el árbol, el jabalí acabaría por cansarse y se iría. Pero las horas pasaron y el animal seguía esperando obstinadamente. Cada vez que Fusinian se movía, el bicho alzaba la cabeza y gruñía ferozmente.

»El soberano empezó a inquietarse por sus guardias, por su mujer y por su reino, y decidió escapar de un modo u otro. Intentó gritar, esperando que sus hombres le oyeran, pero estaban demasiado lejos.

«Consideró otras opciones, como utilizar una rama y atar a ella el cuchillo para fabricarse una lanza. Llegó a cortar una rama casi del tamaño adecuado, pero carecía de la rigidez necesaria. Se habría doblado y roto antes de que hoja hubiera penetrado en el grueso cuero del animal.

»Pensó luego en organizar una maniobra evasiva. Se quitó el sombrero, el jubón y las calzas y empezó a construir un maniquí empleando los anzuelos para sujetar la ropa y ramas cubiertas de hojas a modo de relleno. Luego, se deslizó sobre una gruesa rama y colgó el maniquí con uno de los sedales de reserva, intentando que el artefacto quedase lejos del alcance del jabalí.

»Retrocedió y sacudió la rama para que el pelele se moviera, oscilando. El jabalí, viendo lo que creía que era Fusinian bailando en el aire por encima suyo, se vio dominado por una rabia ciega y, rugiendo como una tormenta, saltó para apoderarse del que se burlaba de él.

»Mientras tanto, Fusinian descendió del árbol por el lado opuesto a aquel en que se encontraba la bestia y, sin hacer ruido, echó a correr con todas sus fuerzas. Cuando dejó de oír los gritos y gruñidos salvajes del animal, se detuvo, descubriendo que estaba perdido.

«Dirigiéndose hacia el sol, se puso en marcha hacia las lindes del Bosque de Chinioc. Al mediodía, llegó a una barrera que marcaba los límites del bosque. Siguió andando y no tardó en encontrarse rodeado de campos cultivados, dándose cuenta de que se encontraba muy lejos del lugar por el que penetró en el bosque. La primera persona a la que vio fue a un campesino ocupado en arrancar las malas hierbas. El rey se acercó y le dijo:

»—Buenos días, amigo mío. ¿Podría...?

»El campesino se volvió hacia su casa gritando:

»— ¡Inogen! ¡Corre a buscar al condestable! ¡Hay aquí un loco que anda totalmente desnudo!

»En efecto, Fusinian, a excepción de las botas, estaba totalmente desnudo, pues la ropa interior no estaba de moda en aquel tiempo. El hombre, además, empezó a agitar la hoz a modo de arma para impedir el avance del rey.

»—Mi valiente amigo —insistió el monarca—, cometes un error, un error natural, cierto, pero de todos modos un error. Sabes que soy el rey Fusinian, tu soberano. Si pudieras ser tan amable como para prestarme algunas ropas...

»Al oír aquello, el campesino se puso a aullar aún más fuerte:

»— ¡Inogen! ¡De prisa! ¡El loco se proclama rey!

»La mujer del campesino salió corriendo de la casa, montó en una muía y huyó al galope. Fusinian intentó explicar cómo había llegado a aquella situación pero, cuando más- hablaba, más crecían las amenazas del labriego, que amenazaba al rey con la hoz hasta el punto de que el monarca debió saltar hacia atrás para evitar resultar herido.

»Un ruido de cascos no tardó en retumbar, y la esposa del granjero reapareció a lomos de la muía, acompañada por un condestable montado a caballo. Este echó pie a tierra entre chirridos metálicos provocados por la cota de mallas y se dirigió al rey, diciendo:

»— ¡Calma, calma, amigo mío! Acompáñame al lazareto, donde te atenderán nuestros distinguidos médicos. Ven, pobre amigo mío.

»Dio un paso hacia adelante e intentó coger a Fusinian, pero el rey se apañó. El condestable se lanzó tras él entre el estrépito del metal, seguido del campesino. Los dos hijos de este último, que acababan de volver de la escuela, se unieron a la persecución, lo mismo que otros cuantos aldeanos. Una veintena de hombres y muchachos, algunos armados, perseguían al rey, y todos aullaban:

»— ¡Coged al loco antes de que mate a alguien en su delirio!

«Fusinian era buen corredor y estuvo durante bastante tiempo a la cabeza del grupo perseguidor. Pero, cada vez que uno de sus perseguidores, sin aliento, abandonaba la partida, era reemplazado por otro, de modo que el rey no tardaría en verse vencido. Hombres a caballo le rodearon, entre ellos el condestable requerido por la mujer del primer aldeano. Fusinian se detuvo y alzó las manos para que vieran que no era peligroso. Con la respiración entrecortada, intentó una vez más explicarse, pero nadie le escuchaba.

»Por el contrario, uno de los hombres le pasó una cuerda alrededor del cuello y le entregó la punta al condestable, que declaró:

»—Y ahora, muchacho, quieras o no, tendrás que seguirnos.

»Hizo girar al caballo y tiró de la cuerda, de modo que Fusinian no tuvo otra elección que seguirle. Y así, a la puesta del sol, llegaron a la aldea más cercana, un pueblucho llamado Dimilis.

»Fueron a buscar al juez de paz, que llegó a la cárcel de muy mal humor por haber tenido que abandonar la mesa a mitad de la cena. Cuando el primer campesino que vio al rey y al condestable le contó toda la historia, el magistrado le preguntó a Fusinian:

»— ¿Qué tienes que declarar en tu defensa, mi inocente amigo?

»A lo que Fusinian contestó:

»—Honorable señor, verdad es que soy el rey Fusinian.

»— ¡Ah! —Exclamó el juez—. ¡Esta sí que es buena! ¿Y la corona, y los atributos de tu rango y toda la cohorte de cortesanos? Así que nos las vemos no sólo con un caso de demencia, sino también de alta traición. ¡Encerradle!

»—¡Honorable! —protestó Fusinian—. Para probar la veracidad de lo que digo, puedo recitar el juramento de coronación. O el árbol genealógico de la familia real hasta hace quince generaciones. ¡Llamad a alguien que me conozca! ¡Advertid a la corte!

»Pero nadie prestó atención a sus palabras.

»Nadie sabe adonde podría haber llegado aquella farsa, pero en aquel momento aparecieron los guardias de Fusinian buscando a su rey. Cuando vieron a su soberano cubierto de cadenas y siendo arrastrado hacia una celda, cayeron de rodillas y empezaron a gritar:

»— ¡Su Majestad! ¡Cómo os han tratado estos villanos! ¡Ordenadlo y los exterminaremos aquí mismo!

»Un pesado silencio se abatió sobre los reunidos en la prisión. Todos procuraban aparentar ser recién llegados e ignorarlo todo acerca de la controversia sobre la identidad del personaje desnudo. Todos intentaban camuflarse detrás del que les precediera, y los que se encontraban más cerca de la puerta hicieron ademán de eclipsarse discretamente hasta que uno de los guardias bloqueó la salida.

«Fusinian sonrió a través de la capa de polvo que le ocultaba el rostro y exclamó:

»— ¡Salud, Baldolf y Cumber! ¡Me alegra veros! ¿Cómo habéis llegado tan oportunamente?

»—Su Majestad —respondió uno de ellos—, cuando el sol apenas estaba a una mano

por encima del horizonte, seguimos vuestro rastro por el bosque. Vimos al poco lo que pensamos era Su Majestad colgado de la rama de un árbol, lo que nos asustó en gran medida, pero descubrimos que sólo eran las ropas de Su Majestad llenas de ramas. Aunque éramos incapaces de comprender la razón, decidimos que dos de nosotros seguirían buscando por el bosque mientras los otros se apresurarían a llegar a Dimilis para anunciar la desaparición de nuestro rey.

»—Os explicaré... —empezó Fusinian. Pero, en aquel instante, el juez y todos los aldeanos cayeron de rodillas y, postrados, exclamaron a coro:

»— ¡Piedad, oh, gran rey! ¡No te queremos mal! ¡Sólo cumplimos con nuestro deber! ¡Tenemos mujeres e hijos! ¡Ten piedad de nosotros, oh, soberano magnífico!

»— ¡Levantaos! —ordenó Fusinian secamente—. Afirmar que me complacen los acontecimientos del día sería faltar a la verdad, pero no tengo por costumbre exterminar a mis subditos, por muy estúpidamente que se hayan comportado. ¡Juez Colgrin! Por vuestro apremio para condenarme sin pruebas, os infligiré una condena. ¡Quitaos las calzas y el jubón y entregádmelos ahora mismo!

»El magistrado estaba tan contento por haber salvado la vida que se apresuró a obedecer y se quedó desnudo, a excepción de los calcetines y la cadena de su rango. Fusinian se puso la ropa, pero le quedaba bastante mal pues Colgrin era muy gordo. Acompañado de dos guardias, dejó la prisión, montó al caballo llevado por los guardias y partió al galope. Tras este incidente, Fusinian se lo pensaba siempre dos veces antes de salir él solo.»

—Un cuento muy edificante —dijo Karadur—. Y que demuestra lo influenciada que está nuestra percepción del rango en base a los aspectos más superficiales. Pero nuestro unicornio no parece muy dispuesto a alejarse y dudo que podamos engañarle como hizo tu rey con su jabalí.

Jorian se llevó un dedo a los labios y murmuró: —Oigo voces.

Los ruidos se acercaron y fuertes pisadas anunciaron la llegada de una masa enorme.

Un elefante desembocó en el claro, un gran macho mulvaniano con gente a sus lomos. Mientras el paquidermo avanzaba, Jorian vio que sobre su columna vertebral llevaba atada una gran tabla y que ocho personas, en dos hileras, se sujetaban en ella, espalda contra espalda, colgando los pies en los posapiés suspendidos a ambos lados del animal. Un mulvaniano con turbante estaba sentado a horcajadas sobre el cuello del animal que conducía.

Uno de los hombres iba vestido con un uniforme desconocido y parecía estar dándoles un cursillo a los siete pasajeros. Con voz estentórea, explicaba:

—Delante, tenéis un unicornio de las estepas de Shven. Su nombre científico es Elasmotherium, y los filósofos nos dicen que está emparentado con el rinoceronte de Beraoti. Aunque es herbívoro, es agresivo y puede resultar peligroso si uno se acerca a él a pie...

. El unicornio dio media vuelta y se alejó tranquilamente. Jorian no tardó en perderlo de vista. Uno de los jóvenes visitantes exclamó súbitamente:

—Maese guardabosques, ¿qué es aquel objeto rojo?

El niño señalaba la maltrecha bañera.

El guardabosques le dijo algo al cornaca, quien dirigió al elefante hacia la bañera y los destrozados restos de las diversas posesiones de Jorian y Karadur.

El guardabosques exclamó:

— ¡Por la barba de bronce de Zevatas! ¿Qué es esto? Se diría que unos vagabundos han acampado aquí y se han marchado dejándolo todo lleno de basura. Hay una ley que castiga tal comportamiento. Pero, ¿qué es esto? Se diría que es una bañera enorme. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Maese guardabosques —repitió el niño—, veo a los vagabundos sentados en aquel árbol tan grande.

— ¡Ah, ah! —dijo el hombre.

Se dirigió al conductor, que guió al elefante hasta debajo del roble.

— ¡Caramba, vaya par de cazadores furtivos que hemos pillado con las manos en la masa! ¡Parece que han sido atrapados por su propia trampa!

—Perdonadme, señor —dijo Jorian—. Os confundís. No somos tunantes, sino un par de viajeros a los que sucesos fortuitos han conducido hasta vuestro parque.

— ¡Y suponéis que me voy a creer eso!

El guardabosques se volvió hacia los turistas y continuó hablando:

— ¡Ahora vais a ver cómo se libra de tales miserables el cuerpo de guardabosques!

Se llevó un clarín a los labios y lo tocó. Una respuesta llegó de muy lejos instantes más tarde.

— ¿Cómo habéis entrado? —Preguntó el guardabosques—. No habéis cruzado por la puerta y no habéis firmado en el registro, pues, de haberlo hecho, no pasearíais sin escolta. Vuestra mera presencia es prueba de culpabilidad.

Jorian señaló la bañera que se encontraba en medio del claro y respondió:

—Vinimos con aquella bañera, navegando en ella gracias a la brujería. Cuando el demonio se cansó, nos dejó caer en este claro. Y, como ocurrió de noche, no podíamos saber dónde nos encontrábamos.

— ¡Ah! —exclamó el guardabosques—. ¡Intentad convencer al juez con esa historia!

—Pero, señor —insistió Jorian—, a pesar de las apariencias, somos hombres respetables. Yo mismo serví en los guardias del Gran Bastardo y estudié en la Academia. Si hablaseis con el doctor Gwiderius...

— ¡Pierdes el tiempo, cazador furtivo! —gritó el guardabosques—. Si no te callas ahora mismo, será peor para ti.

Un momento más tarde, otros tres guardabosques a caballo aparecieron entre los árboles. Charlaron unos momentos con su colega y, luego, este último se dirigió al cornaca y el paquidermo se encaminó hacia las profundidades del bosque. Jorian siguió oyendo la voz del guía, cada vez más débil a medida que se alejaba:

—... el unicornio es un animal solitario que no busca la compañía de sus congéneres más que en la época de celo...

Dos de los recién llegado iban armados con ballestas. El tercero, que parecía el jefe, declaró:

—Bajad, valientes cazadores furtivos. Pero no intentéis huir a través del bosque a menos que queráis recibir un flechazo en el pecho.

—Por favor, ¿podemos recoger nuestras cosas? —preguntó Jorian poniendo pie en tierra.

— ¡Sí, pero daos prisa!

Media hora más tarde, Jorian y Karadur llegaban a la entrada del parque. Algunas de sus cosas, como la batería de cocina del ex rey de Xylar, resultaron dañadas hasta tal punto que eran inutilizables. El resto lo llevaban en mantas que portaban al hombro como si fueran refugiados.

Estaban preparando otro elefante para alguna visita. El animal estaba arrodillado, y la nueva remesa de turistas escalaba una escalerilla apoyada en su flanco para situarse a lo largo del lomo. Toda una hilera de paquidermos se veía atada a picas, y los animales balanceaban las trompas cadenciosamente para llevarse el alimento a la boca.

Los dos viajeros fueron rodeados por los guardabosques, que les desarmaron y les arrojaron a una celda.

—Esperad aquí, malditos furtivos, hasta que vuelva el guardabosques Ferrex —les espetó uno de ellos.

La puerta dio un portazo y fue echado el cerrojo por el exterior. La habitación contaba por todo mobiliario con un banco pequeño y una estrecha ventana inaccesible

dispensaba una luz bastante parca.

—Ahora comprendo lo que tu rey Fusinian debió sentir cuando nadie quiso explicar sus racionales explicaciones —dijo Karadur—. ¿Podrás abrir la puerta con las ganzúas?

—Si se tratase de cerraduras adecuadas, sí; pero mis instrumentos son poco apropiados para los cerrojos.

Jorian procuró calmar su aburrimiento componiendo un poema sobre su última aventura. La primera estrofa era la siguiente:

Dos galantes aventureros, fieros y audaces, Hacia Otbomae huía en la tormenta, Cuando sobre el gran ducado su demonio les soltó Y ahora se lamentan en prisión.

Jorian se encontraba en la quinta estrofa cuando se abrió la puerta.

—Venid, furtivos —les ordenó el guardabosques Ferrex.

Fueron maniatados juntos y llevados junto a un carro con asientos, donde ocuparon un hueco junto a sus cosas. El guardabosques Ferrex se instaló frente a ellos y el cochero azotó a los caballos. El vehículo tomó un camino de tierra, traqueteando, pasando antes campos de labranza y caseríos y, al fin, transcurrida una hora, la ciudad de Othomae apareció en el horizonte.

Durante el trayecto, Jorian y Karadur conversaron en mulvaniano. Ferrex frunció el ceño, pero no intentó impedírselo. Decidieron que Jorian haría bien en revelar su verdadera identidad pues, de todos modos, deseaba contactar con gente conocida.

En la prisión, el guardabosques contó su versión de la historia al magistrado, el juez Flollo, y Jorian repitió lo que dijera anteriormente.

El juez declaró:

—No puedo soltaros bajo fianza, pues no contáis con relación local alguna que os obligue a presentaros al juicio. Declaráis que empleasteis la brujería para llegar a estos parajes, pero, si sois brujos, podéis invocar a otro demonio o lanzar cualquier encantamiento que os permita escapar.

— ¡Honorable! —Protestó Jorian—. Si somos brujos, hemos dicho la verdad. Así que no podemos ser cazadores furtivos.

—Nada impide que un brujo intente la caza furtiva si tal es su capricho.

El magistrado sopesó la bolsa de Jorian y volcó el contenido sobre su mesa.

— ¡Una verdadera fortuna! —exclamó—. ¿De dónde habéis sacado tanto dinero? ¿No habréis desvalijado alguna tesorería real?

—Desvalijado, no, Honorable. Es una larga historia. Como podréis ver, es moneda del reino de Penembei, donde me contrataron para reparar los relojes de la torre...

—Poco importa. Este dinero será confiscado y sólo os será devuelto, una vez descontados los gastos de prisión, si sois liberados y declarados inocentes de la acusación de cazadores furtivos.

—Pero, Su Honorable, si soy rico, no tendría que pasarme toda una noche expuesto a la lluvia para atrapar una liebre. Dejadme que os cuente...

—No tengo tiempo de oírlo, prisionero. Tengo otros juicios pendientes. Vuestra presencia en el parque sin escolta constituye prima, una prueba de culpabilidad; así que será el magistrado encargado de nuestro proceso el que tendrá que decidir si vuestra historia es verdadera o falsa. Alguacil, sacadles de aquí.

—Venid los dos —ordenó un hombre pesado de rostro adusto vestido con un uniforme negro y ajado.

Jorian y Karadur fueron conducidos por un pasillo hasta otra celda que sólo tenía una ventana con gruesos barrotes y muy en lo alto del muro.

El alguacil, antes de cerrar la puerta, preguntó:

— ¿Me ha parecido oír que vuestro nombre era Jorian de Ardamai?

-Sí. ¿Por qué?

— ¿Recordáis a un soldado llamado Malgo?

—En efecto, ahora que lo decís, sí. —Jorian examinó atentamente al alguacil y exclamó—: ¡Por la verga de hierro de Imbal, me parece ver a mi antiguo compañero de armas!

— ¡Compañero, un cuerno! —Se burló Malgo—. Tú fuiste el cerdo que me pegó una paliza. ¡Ahora, soy yo el que te tiene cogido! ¡Lamentarás haberme puesto la mano encima!

—Pero eso pasó hace siete años... —empezó Jorian.

Malgo se alejó pesadamente sin prestarle más atención.

— ¿De qué se trata esta vez? —preguntó Karadur.

—Cuando Malgo y yo servíamos en el ejército del Gran Bastardo, Malgo era el tirano de la compañía. Le hacía la vida especialmente difícil a un muchacho que, fueran cuales fuesen sus cualidades, no era un tipo adecuado para ser soldado. Era un tipo enclenque y torpe que siempre iba con el paso cambiado o dejando caer la pica. Y Malgo disfrutaba atormentándole. Un día, descubrí al muchacho en un rincón mientras Malgo le pellizcaba, le empujaba, en resumidas cuentas, le maltrataba mientras le insultaba calificándole de inútil. Sospeché que le habría hecho al joven algunas proposiciones que éste rechazó. Considerando que había llegado el momento de que Malgo recibiera también un poco de su propia medicina, me interpuse y le di la dosis adecuada. Le dejé con la nariz ensangrentada y un ojo morado, ¡había que verle!

—Muy caballeroso —dijo el viejo brujo—, pero ahora no nos viene muy bien. ¡Ah, si hubiéramos empleado alguno de tus seudónimos como... ¡ ¿Cómo te hacías llamar cuando llegaste por primera vez nada más escapar de Xylar?

—Nikko de Kortoli. Sin duda tenéis razón, pero ya es tarde.

En los días siguientes, el alguacil Malgo, procurando cuidadosamente mantenerse lejos del alcance de Jorian, encontró numerosos e ingeniosos métodos de atormentar a los prisioneros. Se las arregló para que su ración de comida fuera reducida a la mitad, con relación a la de los otros prisioneros, eligiendo, además, los peores platos. La comida era servida por el adjunto de Malgo, un retrasado mental de aspecto impresionante y ausente sonrisa.

Cuando Jorian pidió ver al juez para quejarse por el trato, Malgo le respondió que transmitiría su petición y regresó poco después declarando que el magistrado la rechazaba. El ex rey sospechaba que su mensaje nunca había llegado a su destinatario.

Cuando Jorian pedía agua, Malgo iba en busca de un cuenco y la tiraba en el suelo fuera de la celda, echándose a reír.

El prisionero exigió algo con lo que escribir para enviar una nota al doctor Gwidenus y otra a la bruja Goania. Malgo le llevó papel y pluma. Y, cuando Jorian terminó de redactar sus mensajes, se los entregó al alguacil a través de los barrotes, quien los destrozó burlonamente.

Malgo le prohibió a su ayudante que sacara y vaciase el orinal de la celda, con lo que ésta olía cada vez peor. El hedor atraía enjambres de moscas. El alguacil iba de vez en cuando por el pasillo burlándose de los desesperados esfuerzos de los detenidos por librarse de los indeseables insectos.

—Esperemos, por lo menos, que esto no dure hasta la canícula del próximo verano —protestó Jorian.

El ex rey, finalmente, se decidió a preguntarle a Karadur:

—Venerable padre, ¿no podríais encontrar un sortilegio que nos sacase de aquí?

— ¡Ay, no, hijo mío! Los modestos sortilegios que puedo realizar sin mis accesorios no serían de utilidad. Además, siento que hay un contrahechizo sobre este edificio, de modo que ninguno de mis encantamientos podría funcionar. ¿Y las ganzúas? Las cerraduras de estas celdas son, me parece, de las que se pueden abrir.

—Cierto, pero mis pequeñas herramientas están en la bolsa que se encuentra en poder del juez.

—Quien también tiene mis utensilios de magia.

— ¡Todo esto es ridículo! —Gruñó Jorian—. Cuando pienso que dos viajeros tan inofensivos como nosotros, que además cuentan con amigos influyentes y conocidos, se encuentran entre rejas por una serie de desgracias, y que ni siquiera pueden comunicar con los que podrían ayudarles...

— ¿Y si gritásemos nuestro mensaje por el ventanuco con la esperanza de que alguien se convenciera y nos liberase?

Jorian se dio un golpe en la frente.

— ¿Por qué no lo habré pensado antes? Soy un tonto. Hemos perdido un cuarto de luna en esta celda nauseabunda. Si me subiera a uno de esos taburetes...

El taburete en cuestión colocó a Jorian al nivel de la ventana y, desde el primer piso de la prisión, donde se encontraban, pudo ver la calle.

—Me parece que es calle Amaethius —le dijo a Karadur—. ¡Hola, joven! Sí, os hablo a vos, el de la casaca roja. ¿Os gustaría ganaros un real de oro de Penembei por llevar un mensaje?

El muchacho se alejó apretando el paso. Jorian renovó sus intentos con otros viandantes, pero en vano. Decidió abandonar.

—Deben estar tan habituados a los gritos de los prisioneros que no prestan siquiera atención.

Una risa infame se alzó a sus espaldas. Era Malgo.

— ¡Desgañitaos cuanto queráis, noble Jorian! —se burló—. Sabed que la ley prohíbe entregar cualquier mensaje que proceda de un detenido y que hemos apostado un oficial que vela para que nadie infrinja el reglamento.

Jorian se bajó del taburete. Cuando el alguacil se alejó, dijo:

—Debe haber alguna solución.

Se sentó y, frunciendo el ceño, reflexionó intensamente. Al fin, habló:

—Algunos pretenden que no tengo muy mala voz, aunque me falte práctica. Si diera un recital a horas regulares, quizá lograse reunir una multitud y, tarde o temprano, la noticia de mi presencia se difundiría y llegaría a oídos de alguno de mis amigos.

—No veo nada que podamos perder —dijo Karadur.

Jorian se encaramó de nuevo al taburete y, con su potente voz de bajo, entonó una de sus cancioncillas con la música de una opereta de Galliben y Silfero:

Oh, como la jungla sofocante y sus babuinos Donde las serpientes bullen y el sol no brilla, Donde bajo el sudor se pudren los jubones; Pero prefiero un lugar mucho más agradable, ¡Novaría, mi Novaría!

Al fin de la tercera estrofa, un grupo de peatones se había aglutinado bajo la ventana, alzando el rostro.

Malgo apareció en la puerta de la celda y empezó a bramar:

— ¡Deja la canción!

Jorian le sonrió por encima del hombro y siguió cantando las seis estrofas que había compuesto. Añadió, incluso, una séptima:

Algunos van a los páramos de las nieves árticas

Donde el hombre es atacado por el oso blanco
Y perseguido por feroces lobos,
Pero yo siempre volveré
Hacia mi Novaría, mi dulce Novaría.

El alguacil no dejaba de aullar sus protestas, pero no se atrevió a entrar en la celda. Jorian siguió cantando y terminó por cansarse y bajar del taburete.

—Ha sido todo un debut —dijo.

Se pasó el resto del día y buena parte de la noche recordando cuantos versos había compuesto negligentemente a lo largo de los años, intentando hacer canciones. A la mañana siguiente, casi a la misma hora, dio el segundo recital.

Malgo no tardó en llegar gritando:

— ¡Por esto, procuraré que nunca os liberen! ¡Os pudriréis en la cárcel hasta que os muráis!

Jorian ignoró la amenaza y siguió a lo suyo. El sexto día, el carcelero apareció en la puerta con un manojo de llaves. Para sorpresa de los detenidos, abrió la celda y les dijo:

—Seguidme.

Encontraron al juez Flollo conversando con el doctor Gwiderius. El profesor sonrió a través de la barba gris a mechas.

— ¡Jorian! —exclamó—. ¡Mi antiguo alumno! Cuando oí de esas canciones con rimas cuádruples, sospeché que serías el autor, pues, a pesar de todas sus dificultades, siempre ha sido tu verso favorito. Sois libres y aquí están vuestras cosas. ¿Quién es tu compañero?

Jorian presentó a Karadur y añadió:

—Pero... ¿cómo...?

—Más tarde te lo contaré. ¿Tenéis algún lugar donde alojaros? No puedo albergaros en mi casa porque tengo familia de visita.

Jorian se encogió de hombros.

—Supongo que iremos al albergue de Rhuys, el Dragón de Plata, como en el pasado.

Luego, se volvió hacia el juez y preguntó:

— ¿Podríais decirme dónde se encuentra maese Malgo, Honorable?

—Bien, cuando el doctor Gwiderius llegó con la orden de liberaros, el alguacil se sintió preso de violentos dolores internos. Reconociendo que padecía de problemas intestinales, me suplicó que le dejase marchar a su casa. Le autoricé a ello. ¿Por qué, maese Jorian?

Jorian bajó los ojos hacia los puños crispados.

— ¡Oh!, porque quería despedirme de él. —A continuación, dirigiéndose a Gwiderius, le preguntó—: ¿Dónde están los baños públicos?

III

EL ALBERGUE DEL DRAGÓN DE PLATA

E I buen maese Rhuys —dijo Jorian—, también yo me alegro de veros. Estoy seguro de que esta cena constituirá un agradable cambio con relación a las que me han servido mientras he sido huésped del gran duque.

—He oído hablar de vuestros problemas con los guardabosques del parque —dijo

Rhuys.

El propietario del Dragón de Plata, era un hombre bajo de cabellos canos y escasos y pesadas bolsas bajo los ojos.

Jorian, Karadur y el doctor Gwiderius ocupaban una mesa en el salón del albergue, y bebían y contaban historias mientras esperaban la llegada de la comida. Jorian envió a uno de los hijos de Rhuys con un mensaje a la bruja Goania, a la que conoció en una visita precedente a Othomae. Le dijo a Gwiderius:

—Pero, doctor, no me habéis explicado cómo conseguisteis liberarme.

El erudito se echó a reír.

—Tengo un primo llamado Rodaus que es usurero de profesión y que me debe un favor porque aprobé un examen a su mediocre hijo cuando éste seguía uno de mis cursos en la Academia. El Gran Bastardo quiere obtener un préstamo de Rodaus, y están en desacuerdo sobre la tasa de interés.

— ¿Para financiar la nueva armadura de su caballo, sin duda? —preguntó Jorian.

En Othomae, el gran duque estaba encargado de los asuntos civiles mientras que el Gran Bastardo, el hijo mayor ilegítimo del antiguo gran duque, estaba a la cabeza del ejército.

—Muy ciertamente. Me he puesto en relación con Rodaus, asegurándole que, puesto que te conozco de antiguo, estaba convencido de que vuestra liberación no sería una injusticia. Así, Rodaus, a cambio de la promesa de que se abandonarían todos los cargos contra vosotros, le concedió un préstamos a Daunus a una tasa inferior en medio punto a lo que le exigía en un principio.

Jorian le hizo un gesto a Karadur y, sonriendo, declaró:

—Mi viejo preceptor siempre ha proclamado que las decisiones debían ser tomadas sobre la base de una noción abstracta e impersonal del bien y del mal. Pero constato que, en las situaciones más críticas, no duda en dejarse guiar por las necesidades tanto como nosotros la gente vulgar.

Contó el dinero de la bolsa y gritó:

— ¡Por el culo de bronce de Imbal! ¡Han olvidado deducir los gastos de mi mantenimiento en prisión!

—No lo han olvidado —le explicó Gwiderius—. Eso era parte del trato.

Jorian estaba agradeciendo la volubilidad del sabio cuando la puerta de la sala se abrió y la bruja Goania, una mujer alta de edad madura y cabellos grisáceos, apareció en el umbral; iba acompañada de su guardia personal, un hombre corpulento de rostro porcino; tras él avanzaba una mujer esbelta de cabellos negros, con una túnica verde y ceñida. Era más tractiva que bella, pues su rostro irregular marcaba todas las vicisitudes de su existencia. Tenía un ojo amoratado.

Jorian se levantó:

— ¡Salud, dama Goania! —exclamó—. ¡Ah, aquí están Boso y Vanora! ¿Cómo os van las cosas?

El hombretón murmuró algo con voz hueca; en cuanto a la mujer, gritó:

—Jorian! ¡Qué alegría volver a verte!

Se abalanzó para abrazarle, pero Jorian no manifestó semejante optimismo. Dos años atrás, justo después de su evasión de Xylar, tuvo una breve y tumultuosa relación con Vanora, compañera por entonces de Boso el Cerdo, hijo de Triis. Boso y ella se instalaron en una mesita al otro extremo de la sala.

—Ahora, Jorian —dijo Goania, hija de Aristor, con el tono de una tía que intenta que su indómito sobrino vuelva al camino recto—, siéntate y cuéntamelo todo. ¿Qué es esta historia? ¿Vagabundeas por el parque ducal en una bañera y abatiste al unicornio del gran duque?

—No fue así —respondió Jorian, riendo—. Aunque lo que nos ha pasado ha sido bastante extraño.

Se dedicó a contar su huida de Iraz a bordo de la bañera propulsada por el demonio, habló del fracaso de su intento de salvar a Estrildis y de su aterrizaje forzoso en el parque. Cuando llegó a la parte de la prisión, Gwiderius intervino:

— ¡Estoy profundamente impresionado, Jorian! La prisión ha sido reformada; pertenezco al comité encargado de someter las recomendaciones al gran duque. Tengo que constatar que las cosas han vuelto a su estado anterior. Cierto que hay gente como ese alguacil que no cuentan con una alta moralidad, pero no podemos admitir que se maltrate a un detenido que ni siquiera ha sido juzgado. Hablaré con Su Gracia.

Jorian reflexionó unos momentos y, luego, dijo:

—Gracias, pero lo mejor será dejarlo correr, doctor. Si me encuentro con Malgo cara a cara, quizá yo mismo zanje esta cuestión a puñetazos, pero, mientras tanto, prefiero olvidarme del tribunal ducal, pues, si no, alguien podría tener la idea de venderme al Consejo de Regencia de Xylar a cambio de una suma que se podría destinar a equipar una nueva compañía de lanceros.

Rhuys sirvió la cena. Cuando terminaron de comer, Jorian dijo:

—Veamos ahora cómo podría sacar a Estrildis de su jaula dorada. No puedo levantar un ejército para sitiar la ciudad, y nuestra bañera voladora está destrozada. ¿Con qué otros medios mágicos podemos contar?

—Bien —dijo Karadur—, está la escoba de sir Fendix, el dragón de Antonerius y el encantamiento de Coel que permite transformarse en buitre. Pero todos tienen sus defectos. Fendix estuvo a punto de matarse dos veces cuando le falló el control de la escoba; como él mismo dice, tiene cierta tendencia a «barrenar». En cuanto al dragón, está sólo medio domesticado y podría echarle el diente a Antonerius. Por lo que respecta a Coel, dicen que vendió su alma por mil años a la tercera esfera a cambio de su poder de metamorfosis. No, en verdad no veo ninguna perspectiva válida para intentar ningún nuevo asalto aéreo. Además, los xylarianos, sin duda, ya habrán apostado guardias en los tejados.

—En ese caso, no hay que contar con ello —dijo Jorian—. Me pregunto si...

Goania le interrumpió.

—Me parece probable que los xylarianos, temiendo un nuevo ataque por vía aérea, hayan transferido a tu reina a un lugar menos expuesto.

—Tenéis razón, como siempre, querida tía —dijo el ex rey—. ¿Cómo averiguarlo?

—Dejadme a mí —respondió la bruja—. ¿Está limpio este mantel? Perfecto. Voy a intentar sondear el palacio de Xylar. ¡Tú! —le dijo a uno de los muchachos—. Ve a buscarme una servilleta limpia, por favor.

Con ayuda de la servilleta, limpió cuidadosamente el vaso y dejó caer en él un pellizco de un polvo verde. Murmuró un encantamiento, y el polvo se inflamó proyectando volutas de humo purpúreo.

— ¡Cuidado no se vaya a romper alguna pieza de la magnífica cristalería de Rhuys! —exclamó Jorian.

— ¡Silencio, muchacho!

La maga se inclinó sobre el vaso e inspiró profundamente los vapores. Se quedó inmóvil durante unos instantes, con los ojos cerrados, hasta que empezó a balbucear:

—Está oscuro... No. Hay una luz... una luz amarilla... la luz de una lamparilla de aceite. Estoy en una habitación... por debajo del suelo... una puerta con cerrojo. Los muros son de piedra... rugosos como los de un calabozo... o un claustro... pero hay colgaduras en las paredes y una alfombra en el suelo... como si quisieran que el lugar fuera más confortable... Veo a una mujer, pequeña y rubia... está sentada ante algo así como un tocador... cose. La escena se difumina, como si una fuerza desconocida rechazase mi segunda visión. ¡Ah! ¡Nada más!

Abrió los ojos y Jorian exclamó:

— ¡Creo que sé dónde está! Es la celda más grande de los calabozos. Pero, ¿cómo llegar hasta ella?

— ¿No tiene el palacio subterráneos secretos? —preguntó Gwiderius—. Los palacios y los castillos suelen poseerlos para poder escapar si la fortaleza cae en manos enemigas.

—No —replicó Jorian—. Lo exploré totalmente mientras fui rey, pues tal salida me habría librado de la decapitación. Hice buscar en las partes inferiores del palacio, mirar en los muros y consultar los planos más antiguos del edificio, pero no encontré resto alguno de ningún subterráneo. Habría sido inútil pedirles a los xylarianos que me hicieran uno, pues todos sus esfuerzos estaban destinados, precisamente, a evitar mi huida.

— ¿No se podría excavar un túnel desde el exterior y hacer una brecha en el muro de la celda con ayuda de herramientas de minero? —preguntó Goania.

—Sí, pero sería difícilmente realizable. Habría que comenzar a trabajar desde fuera de la ciudad, o desde alguna casa dentro de ella, cavando hasta palacio. Tal tarea exigiría meses de trabajo y dudo poder permanecer en Xylar tanto tiempo sin ser descubierto. Además, habría que librarse de toda la tierra que sacásemos sin despertar sospechas. Sin olvidar que la ciudad de Xylar está construida sobre un suelo blando y que habría que meter vigas que sustentaran el túnel para que no se derrumbase. Y, luego, ¿cómo estar seguros de llegar a la celda correcta? El más ínfimo error nos conduciría a la armería o a la tesorería en lugar de a la habitación de Estrildis. Y, fuera cual fuera el lugar al que llegásemos, cualquier ruido alertaría a la guardia. De todos modos, a menos que la red de espías ya no sea tan eficaz como lo fue durante mi reinado, cualquier empresa de este orden no tardaría en llegar a oídos del Consejo de Regencia y luego...

Jorian se pasó la mano por el cuello.

— ¿Qué se puede hacer? —preguntó Karadur.

—Como los xylarianos habrán previsto cualquier intento de ataque directo, supongo que debemos recurrir a la magia. Veamos lo que pueden ofrecernos los profesionales de las ciencias ocultas.

Goania y Karadur intercambiaron una mirada y, a continuación, la maga declaró:

—¡Ay, soy más adivinadora que taumaturga o hechicera! No dispongo de ningún medio que me permita sacar a tu esposa de su calabozo.

— ¿No se podría recurrir a Gorax, de la quinta esfera? —le preguntó Jorian a Karadur.

—No, hijo mío. Mis poderes mágicos son estrictamente limitados. Obtuve el control de Gorax gracias a uno de mis colegas, el doctor Valdonius, al que conociste en Tanda. Le salvé de un molesto encantamiento y, para expresar su gratitud, transfirió a Gorax a mi poder tras invocarle y aprisionarle en este anillo.

— ¿Y los otros demonios?

Karadur se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero no es asunto mío.

—Así que —gruñó el ex rey de Xylar— mis dos grandes expertos en brujería dicen que son impotentes. ¿Conocéis a alguien a quien pudiéramos confiar tal operación?

Gwiderius tomó la palabra:

—Uno de mis pedantes colegas de la Academia, el doctor Abacarus, podría ayudarte.

— ¿Cuál es su especialidad?

—Es profesor de filosofía oculta y creo que, paralelamente, practica la magia. Si quieres, te lo presentaré.

—Sí, me gustaría mucho. Muchas gracias —dijo Jorian—. Y cuanto antes mejor.

Karadur ocultó un bostezo.

—Perdonadme, amigos, por interrumpir así una velada tan agradable, pero los viejos

se fatigan fácilmente. Debo retirarme y dejar que sigáis divirtiéndoos...

— ¡Karadur! —Exclamó Goania—. Esta noche no podéis quedaros en el albergue. Me gustaría enseñaros un nuevo método de proyección astral; pasaréis la noche en mi casa.

—Bien, dama Goania —intervino Jorian—, puesto que el doctor Karadur...

—No, no puedo alojarte, joven —le cortó secamente—. Primero, porque no tengo sitio suficiente y, segundo, porque el doctor no amenaza mi reputación, lo que no sería el caso si se tratase de un joven gallardo y vigoroso como tú. Venid, Karadur. Y vosotros también, Boso y Vanora. Buenas noches a todos.

Se retiró, seguida de sus tres compañeros. Gwiderius tampoco tardó en retirarse.

Jorian acababa de quitarse las botas cuando llamaron a la puerta.

— ¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Vanora. Por favor, déjame entrar.

Jorian abrió, y ella entró en la habitación gritando:

— ¡Oh, Jorian, cómo me alegro de verte! ¡Qué idiota fui al no conservarte cuando te tuve entre mis manos!

— ¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó el ex rey.

—Me lo ha hecho Boso. Hemos regañado esta mañana.

— ¡Cerdo! ¿Quieres que se lo devuelva?

—No. Como soy su amante, a veces he de soportar la violencia de sus puños.

— ¿Y por que discutisteis?

—Debo reconocer que no fue culpa suya del todo, porque le provoqué.

Tras haber padecido en el pasado algunas de las provocaciones de Vanora, Jorian lo comprendió todo. Sentía, incluso, cierta comprensión hacia Boso.

— ¿Cómo te has escapado?

—Oh, Boso duerme, y mi patrona y mi amigo mulvaniano están tan profundamente dedicados a su charla de magos que ni siquiera han notado que me iba.

Adoptó entonces el aspecto suplicante que Jorian tan bien conocía y añadió:

— ¿Sabes en qué noche estamos?

El ex rey frunció el ceño y respondió:

—Es el último día del oso, ¿no?

—Sí. ¿Y eso no significa nada para ti?

—No —dijo Jorian, sorprendido—. ¿Por qué?

—Hace exactamente dos años que nos separamos en Othomae y me fui con ese bruto de Boso.

—Sí, ¿y qué?

Se acercó a él.

— ¿No permitirás que una pobre chica se libre de sus errores pasados?

Tomó la mano de Jorian y la deslizó dentro de su túnica para que éste le tocase el seno derecho; a continuación, alzó la vista hacia el ex rey con los labios entreabiertos.

Jorian sintió una familiar sensación de calor en los riñones; sin embargo, se determinó a decir:

—Mi querida Vanora, todo terminó entre nosotros hace mucho tiempo.

Y, aunque su pulso estuviera considerablemente acelerado, retiró la mano y añadió:

—No me entregaré a este tipo de juegos hasta haber liberado a mi esposa.

— ¡Vaya! ¿Desde cuándo te has convertido en anacoreta? Hace dos años eras mucho más valiente, y a tu edad no se puede decir que padezcas de senilidad. ¡Siéntate!

Le empujó bruscamente, y Jorian se encontró en el borde de la cama. La mujer deshizo un lazo y el vestido verde cayó a sus pies; acto seguido, se instaló sobre las rodillas de Jorian y empezó a besarle y a acariciarle mientras murmuraba:

—Eras el mejor de todos mis amantes, firme como el hierro, duro como el monte Aravia. ¡Oh, amor mío, tómame! Durante dos años he esperado sentir de nuevo tu penetrante amor...

— ¡Levántate! —le ordenó secamente.

Jorian sabía que un instante más y todas sus buenas intenciones desaparecerían, aun a sabiendas que Vanora sólo le traería problemas. Como un día le dijo Goania, la joven tenía el don no sólo de ser desgraciada ella misma, sino de hacer desgraciados a todos cuanto la rodeaban.

—Si no te levantas ahora mismo, me levantaré yo y puede que te hagas daño al caer al suelo.

Ella, a disgusto, obedeció, pero se quedó ante él luciendo su desnudez.

— ¿Qué es lo que ha cambiado en ti, Jorian? —Le preguntó Vanora—. ¿Un súbito ataque de virtud? Sabes muy bien que no durará.

Jorian la miró, secretamente agradecido por no haber tenido que levantarse, lo que, teniendo en cuenta sus circunstancias, habría resultado molesto.

—No —contestó—. Sencillamente he decidido mantener una promesa que me hice a mí mismo. Llámalo prueba de carácter, lo que quieras; es como levantar pesas para conseguir una buena musculatura.

— ¿Por qué te haces daño? Desde que el brujo Aello descubrió un encantamiento que impide los embarazos de un modo realmente eficaz, nadie, o casi nadie, se preocupa por acostarse con quien quiera.

—Un filósofo de la Academia me dijo que la promiscuidad que reina actualmente en nuestra sociedad no es más que una moda pasajera que terminará como pasa con las modas de los sombreros o las capas. De todos modos, creo recordar que eras bastante olvidadiza con los hechizos de ese tipo.

—Hasta ahora, nunca he estado embarazada. Aunque, si el padre fueras tú, quizá...

Jorian estaba atrapado entre dos deseos contradictorios: tenderla sobre la cama y darle lo que quería, o echarla, y con ella su vestido. Cada una de aquellas soluciones tenía sus propios inconvenientes. Si la trataba rudamente, podría sembrar la discordia entre Goania y él; estaba lejos de subestimar su capacidad para provocar disputas. O quizá incitase a Boso a batirse con él. Cierto que no temía al gordo cerdo, pero no quería meterse en más problemas que entorpecieran su búsqueda de Estrildis.

Buscó un pretexto que le permitiera echarla, quizá decepcionada, pero sin que se fuera animada por espíritus vengativos. Finalmente, sus talentos de narrador acudieron en su ayuda. Declaró:

—Siéntate en esta silla, mi querida Vanora, y te explicaré lo que ha cambiado en mí. ¿Recuerdas mis aventuras en Rennum Kezymar cuando arranqué a aquellas doce jóvenes y bellas esclavas de los verdugos del castillo del Hacha?

—Sí. Fue una acción muy noble, digna de mi Jorian.

—Gracias, pero no te conté la mitad de la historia. Cuando el Talaris navegaba hacia Janareth, las chicas, claro, se sentían felices por haber escapado de las garras de aquellos monstruos que sólo querían demostrar su talento para despellejarlas vivas, arrancarles los ojos, decapitarlas y otras curiosas especialidades del arte de los ejecutores. La primera noche que pasamos a bordo, una de las esclavas, que se llamaba Wenna, vino a mi cama para testimoniarme su gratitud y no la rechacé.

»A la mañana siguiente, a eso del mediodía, Wenna fue presa de horribles dolores y

convulsiones. Una hora más tarde, a pesar de todos los esfuerzos del doctor Karadur, estaba muerta. Confiamos a la mar el cuerpo de la pobre criatura.

»La noche siguiente, vino a verme otra esclava y, de nuevo, cumplí con el deber de satisfacerla. Pero, a la mañana siguiente, estaba también ella dominada por los peores sufrimientos y pereció en el espacio de algunos minutos. Lloramos al lanzar su cadáver a las profundidades del océano.

«Aquellos tristes acontecimientos hicieron sospechar a todos que existía alguna relación entre su encuentro fatal conmigo y su fatal destino. El doctor Karadur practicó un gran conjuro. Cuando salió del trance, nos dijo que había localizado la fuente de nuestros males. Los verdugos, al menos los que habían sobrevivido a la batalla, se sintieron muy furiosos al ver que les había arrebatado a las esclavas con las que pensaban ejercitarse durante un banquete. Karadur descubrió que la esposa de uno de ellos era una bruja y que, a petición de su marido, me había lanzado un conjuro mediante el cual cualquier mujer con la que copulase debía morir en las siguientes doce horas.

»Ahora, mi querida Vanora, si crees que el encantamiento ha perdido su fuerza, adelante. ¡Pero no me digas que no te lo he advertido!

Ella le miró de soslayo.

—Tu lengua siempre ha sido muy fértil —le dijo—. No sé si creerte. En Metouro no tuviste tantos escrúpulos.

—Había bebido un poco y me olvidé de la historia. Además, el espectáculo de tu belleza ocultó cualquier otro pensamiento de mi mente.

—Hummm. Veo que sigues usando el halago como cualquier cortesano. Qué pasa con Estrildis? Si es cierto que estás dominado por ese encantamiento, su muerte ocurrirá poco después de vuestro encuentro.

—Oh, me guardaré de tocar a Estrildis, aunque consiga sacarla de Xylar, hasta que el anatema haya sido eliminado. Karadur está convencido de que con ayuda de Goania conseguirá elaborar un contrahechizo eficaz.

—Creo que mientes como un sacamuelas.

—Hay un fácil modo de verificarlo —dijo, levantándose y sacándose el jubón—. Si quieres...

Empezó a bajarse las polainas.

—Veo que no todo es ascetismo en ti —constató la joven.

— ¿Quién ha dicho lo contrario? Si estás dispuesta a correr el riesgo, acuéstate y abre las piernas.

Ella dudó un instante; luego, recogió la túnica.

—No —contestó—. Eres tan difícil de coger como una anguila. ¿Qué pasó con las otras chicas?

—Las devolví a casa cuando alcanzamos Janareth. ¿Qué decides, sí o no? No puedo quedarme así toda la noche.

Con un suspiro, Vanora se puso la túnica.

—Finalmente, renunció. Pensé que... en fin, poco importa. Boso quizá sea un bruto, pero todos sus miembros funcionan sin más maldición que propia estupidez. ¡Buenas noches!

Jorian la miró partir con una sonrisa forzada, sintiendo una mezcla de alivio y lamento. Debió recurrir a toda su voluntad para no llamarla y confesar que toda aquella historia era mentira. En realidad, no había conocido carnalmente a ninguna de las doce chicas antes de la tarde en que se separaron en Trimandilam y cuando Mnevis, la jefa de las esclavas, se deslizó en su cama sin que él mismo la hubiera animado a ello.

No le contó a Vanora que hizo pasar a Mnevis y a sus compañeras por la reina de Algarth y sus damas de honor en la corte de Trimandilam. En aquella época ya figuraba en la lista negra de los mulvamanos por haber robado el cofre de Avien. No quería darle a

Vanora informaciones que ésta pudiera utilizar contra él en alguno de sus accesos de ira. Jorian, naturalmente franco, abierto y alegre, dotado de cierta propensión a hablar en exceso, había aprendido a ser prudente a su propia costa.

El doctor Abacarus era un hombre calvo, gordo, muy afeitado, de piel rosácea y de voz estridente. Le recordaba a Jorian los eunucos con que se encontró en Iraz. Gwiderius, sin embargo, le confirmó que Abacarus tenía hijos.

Sentado en el despacho de la Academia, el filósofo juntó las manos y declaró:

—Deseáis que evoque a un demonio y que le ordene que vaya a buscar a vuestra esposa a una celda subterránea de Xylar, ¿cierto?

—Sí, maese. ¿No podéis hacerlo?

—Creo que sí.

— ¿Cuánto costará?

Abacarus efectuó unos rápidos cálculos en una tablilla de cera con ayuda de un punzón y respondió:

—Podría efectuar la operación por mil quinientos reales othomaeanos. Sin embargo, no puedo garantizar el éxito, pero sí prometeros que haré cuanto pueda.

Jorian apenas pudo reprimir un silbido.

—Permitidme la tablilla, doctor —dijo—. Veamos, en moneda penembiana sería...

Hizo las conversiones necesarias y miró desesperado a Karadur.

—Si lo hubiera sabido, me habría traído una bañera de oro desde Iraz.

—Gorax no habría podido levantar tanto peso —protestó Karadur.

— ¿No podéis pagar? —preguntó Abacarus.

—Sí, pero me quedaré sin blanca. ¿Por qué es tan caro?

—El encantamiento requiere ingredientes muy raros y al menos me hará falta un mes para reunirlos. Además, el riesgo no es asunto desdeñable. Los demonios de la quinta esfera son terribles servidores.

Jorian hizo, pese a todo, un esfuerzo por regatear, pero el filósofo brujo se mostró inflexible. Finalmente, el ex rey de Xylar concluyó:

— ¿Y si os entregásemos ahora la mitad y el resto cuando mi mujer me fuera entregada en buen estado?

—Me parece justo —intervino Gwiderius.

Abacarus miró furioso a su colega pero gruñó su asentimiento.

Jorian contó la suma y se la entregó a Abacarus.

De regreso al Dragón de Plata le dijo a Karadur:

—Lo mejor será que nos busquemos un trabajo mientras esperamos que Abacarus termine los preparativos, porque, si no, vamos a encontrarnos en la calle dentro de unos días. Podéis leer las manos o algo así mientras yo intento encontrar un empleo acorde con mi formación.

Tres días más tarde, Jorian, tras patear la ciudad en busca de un trabajo como relojero o geómetra, le dijo a Karadur que había conseguido un puesto en un molino de viento. El viejo por su parte había encontrado muchos problemas.

—Encontré un puesto para alquilar y, cuando me disponía a colgar mi cartel —explicó—, un representante del Gremio de Videntes apareció acompañado por tres hombres. Me dijo, muy cortésmente, que debía adherirme al gremio y pagar el doble de la cotización normal porque era extranjero. Y, como sus esbirros parecían buscar el menor pretexto para lanzarse contra mí y machacarme a puñetazos y patadas, preferí evitar la discusión y prometí hacerlo antes de empezar a ejercer.

—¿Cuánto pedían?

—Cincuenta reales de oro como cuota de inscripciones, más una tasa de un real por cada cuarto de luna.

—Con esas tarifas, no podremos pagarle el resto a Abacarus a menos que la diosa Elidora se decida a sonreímos.

—Podrías vender la espada. No conozco gran cosa de armas, pero me parece que podrías sacar un buen precio.

— ¿Y qué haré la próxima vez que sea asaltado por un dragón o una banda de forajidos? Vamos a consultar con Goania. Seguramente ella tendrá influencia en el Gremio de Videntes.

Al día siguiente, mientras Karadur se dirigía a casa de Goania, Jorian se encaminó hacia su primer día de trabajo en el molino. El molinero, un viejo othomaeano llamado Lodegar, le explicó por qué le había contratado si hasta entonces fueron su mujer y él quienes hicieron funcionar el molino. El se ocupaba de las alas, mientras que su esposa se encontraba bajo la muela y ensacaba la harina a medida que caía. El era demasiado anciano como para dedicarse a aquella gimnasia y como su hijo, soldado, no podía ayudarle, él mismo recogería la harina mientras Jorian dirigiría las alas.

El ex rey se había imaginado que sería fácil manejar un molino de viento. Bastaba con poner el grano en el cuévano, efectuar los ajustes adecuados que tuvieran en cuenta la fuerza y la dirección del viento, y esperar a que se hiciera la harina.

La realidad resultó muy diferente. El viento cambiaba sin cesar y había que ajusta el vástago constantemente para mantener las aspas de cara al viento. La parte alta de la torre estaba coronada por un círculo de gruesos pivotes de madera mientras que el vástago contaba con una serie de orificios regularmente espaciados; bastaba con insertar una clavija en uno de los agujeros para que el vástago girase algunos grados.

El árbol motor, en lo alto del molino, tenía cuatro brazos que soportaban ocho velas rectangulares que parecían foques de navio. El punto extremo de cada vela se unía mediante una cuerda al brazo adyacente. Para reducir el velamen, había que detener la rotación del eje central poniéndolo en punto muerto, soltar la vela, enrollarla cierto número de veces alrededor de su propio mástil y volverla a colocar. Para aumentar el velamen, la operación era la inversa.

Jorian no tenía un instante de reposo en todo el día. Cuando el viento cambiaba de dirección, debía girar el vastago Cuando el viento aumentaba, se lanzaba a la parte de abajo para detener los brazos y disminuir el velamen e impedir que las ruedas, girando demasiado aprisa, quemasen el grano. Cuando el viento cesaba, tenía que bajar de nuevo para aumentar el velamen y que la maquinaria no se detuviera. Y, entretanto, el molinero le dijo que tenía que lubricar los pivotes de madera y los engranajes con jabón líquido de un cubo que se daba con brocha.

La primera mañana, Jorian, harto de obedecer las instrucciones de Lodegar, tropezó en el balde y lo tiró. El jabón líquido inundó el suelo y, colándose por las grietas del suelo, empezó a chorrear hacia la parte baja del molino.

El molinero explotó:

— ¡Que Vaisus te llene de almorranas, desgraciado inútil! ¡Que Therius te rompa las articulaciones y te haga perder la verga! Vete a mi casa y pídele un cubo de agua y una fregona a mi mujer para limpiar todo esto. Y date prisa, porque si cae todo esto no funcionará.

La limpieza le llevó horas, pues tenía que ir de un lado para otro para hacer girar el vástago y arreglar las velas.

A la caída de la noche, volvió al Dragón de Plata, apenas capaz de poner un pie delante de otro. Se derrumbó sobre el banco del salón, demasiado fatigado para subir la escalera que llevaba a la alcoba que compartía con Karadur.

— ¡Una cerveza, maese Rhuys! —exclamó con voz entrecortada.

El brujo no tardó en llegar.

— ¡Vaya, Jorian, pareces agotado? —exclamó—. ¿Demasiado cansado el trabajo del molino?

—No. Por el contrario, como mover plumas. Y vos, ¿qué tal os ha ido?

—Goania ha convocado a Nennio, el jefe del Gremio de Videntes. Ha conseguido persuadirle para dejarme pagar la cuota de inscripción en un plazo de un año. Pero él no ha cedido en el resto de sus pretensiones. Goania me ha dicho en privado que los cincuenta reales constituían sobre todo un soborno destinado a los prebostes del gremio. Apenas la décima parte de esa suma llega a manos del gremio, pues el resto desaparece en los bolsillos de maese Nennio y sus acólitos.

— ¿Cómo es que ningún descontento con la actuación del gremio se ha quejado de estos abusos?

Karadur miró prudentemente a su alrededor, bajando la voz le respondió:

—Porque, por lo que me ha dicho Goania, una parte de ese dinero es entregado al gran duque quien, en consecuencia, los protege de sus agresores. Pero, sobre todo, no digas ni una palabra sobre las tierras de lord Gwitlac, será lo mejor Jorian suspiró profundamente.

—No es sorprendente que los novelistas escriban historias que hablan de repúblicas imaginarias donde todos son honestos, trabajadores, sobrios y castos, pues tales utopías parecen no existir en el mundo real. El mundo del futuro, ¿será más virtuoso?

El viejo se encogió de hombros.

—Pronto lo sabremos, antes incluso si dejas que tu infatigable lengua nos traicione.

—Vigilaré mis palabras. Si tal país de virtud universal existiera, sería, me temo, muy aburrido vivir en él.

—No tenemos nada que temer, mi querido Jorian, pues creo que no nos amenaza una gris existencia. ¡Incluso creo que cierto aburrimiento sería bien recibido!

IV

EL DEMONIO RUAKH

Jorian, que era un hombre fuerte, aunque un poco reblandecido por la vida llevada en Iraz, acabó por habituarse al trabajo del molino. Para alguien que se había ganado la vida arreglando relojes, el mecanismo de un molino era bastante sencillo. Cada vez que la maquinaria se detenía, Jorian localizaba la fuente de los problemas antes incluso que el propio Lodegar. Un día, uno de los piñones de madera del eje principal se rompió y bloqueó los engranajes, pero el ex rey efectuó la reparación a toda prisa.

El mes del águila estaba ya bastante avanzado cuando Abacarus les hizo saber que estaba listo para invocar a un demonio de la Quinta Esfera. Al día siguiente, por la tarde, Jorian y Karadur atravesaron la ciudad recubierta por una ligera capa de nieve rumbo a su oratorio. Este era una pequeña sala circular situada en una de las torres ornamentales del recinto de filosofía de la Academia. Encontraron al hechicero ocupado en dibujar con tiza un pentáculo en el centro del oratorio, del que habían sido retirados todos los muebles y apoyados en las paredes. El filósofo lleva en la mano un metro y era ayudado en la tarea por su aprendiz, un joven canijo que respondía al nombre de Octamon.

— ¡Atrás! —exclamó Abacarus—. Si pisáis alguna de estas líneas, romperéis el pentáculo y liberaréis al demonio antes de que éste acepte mis condiciones. Podría ser nuestro fin.

Retrocedieron mientras los brujos terminaban el pentáculo. Inscribieron en su interior una estrella de cinco puntas, luego un círculo pequeño y, por último, diversos símbolos en la intersección de las figuras.

Octamon encendió cinco gruesas velas negras que colocó en las puntas de la estrella, donde empezaron a arder con una extraña luz verdosa. Luego apagaron la luz del techo que alumbraba la estancia y encendió un incensario que balanceó apresuradamente. Acres olores se alzaron de él, recordándole a Jorian tanto un prado florido de primavera como el mercado de pescado de Vindium y las curtidurías de Xylar. Echando una furtiva mirada a los rostros de sus compañeros, constató que todos ellos parecían verdosos a la luz de las velas.

Abacarus levantó el brazo y empezó a recitar sus encantamientos con una voz grave que contrastaba curiosamente con su habitual timbre, más agudo. Pronunció palabras desconocidas para Jorian:

—¡Thomatos benesserflianter, litan izer osnas nantber, sou-tram i ubarsinens rabiam! Siras etar besanar, nades suradis a...

Siguió hablando de aquel modo mientras el ex rey de Xylar, cada vez más a disgusto, se removía en su puesto.

Las llamas de las velas vacilaron, se redujeron a meros puntos incandescentes y adquirieron un brillante tono rojizo.

—... maniner o sader prostas...

En la penumbra, Jorian sintió una corriente de aire. Una forma brillante se materializó en el centro del pentáculo, vagamente antropomórfica, pero más ancha que un ser humano. Un pesado perfume a almizcle invadió la habitación. Abacarus terminó la invocación:

—...mammes i enaim perantes ra sonastos! ¿Cuál es tu nombre?

—Si te interesa saberlo, me llamo Ruakh. ¿A qué se debe este ultraje...?

— ¡Silencio! —exclamó el filósofo brujo—. Te he llamado de la quinta esfera para confiarte una misión. Y, mientras no hayas pronunciado el juramento que te obligue a cumplirla con éxito y diligencia, así como a no dañar a ninguno de los habitantes de esta esfera durante tu estancia en ella y a regresar a tu propio mundo sin retrasos posteriores, estarás prisionero en el pentáculo.

La forma, aún desdibujada, se debatió como si intentase romper alguna invisible barrera que le rodease, pero aquélla parecía elástica, de modo que el demonio rebotaba cada vez que la golpeaba. Al fin, cesó en sus vanos intentos y declaró:

— ¡Esto es una injusticia escandalosa! En mi esfera, hemos abolido hace mucho tiempo este tipo de esclavitud, pero vosotros, banda de salvajes, aún veo que seguís con ella. Un día, los demonios encontraremos un medio de...

— ¡Basta! —rugió Abacarus—. ¿Harás lo que se te pide o tendré que dejarte ahí hasta que amanezca?

— ¡Animal! —gritó el demonio—. Sabes muy bien que todos nosotros somos alérgicos al sol de tu esfera. Si vuelvo alguna vez a la mía...

— ¡Por Vaisus! ¡Deja de discutir! ¡Nunca he visto un demonio tan protesten! Todo esto no conducirá a nada; lo mejor será que te ocupes del asunto que nos interesa.

—Creo que tengo derecho a recordarte las nociones de bien y de mal de las que pareces no ser consciente...

— ¡Maldición! —bramó Abacarus.

—... ni educación —siguió Ruakh—. Bien, como diríais los habitantes de la primera esfera, me tenéis cogido por los huevos, o así sería si yo contase con esos repugnantes apéndices de reproducción que las criaturas como vosotros ocultan bajo la ropa. ¿Cuál es la misión?

— ¡Primero, el juramento!

—No juraré nada si no sé cuál es el servicio que me exiges, pues podría tratarse de ir a buscar plumas de rana o agua seca.

Librodot

Abacarus se resignó y contestó:

—Bien, este hombre de la barba negra que está a mi lado tiene una mujer que es prisionera en el calabozo del palacio real de Xylar. Quiere que la saques de su celda y la traigas aquí.

— ¿A qué distancia se encuentra Xylar?

—A unos ochenta leguas al este.

— ¿Cómo podría cumplir esa misión? Puedo materializarme en la celda de la dama, cierto, pero no puedo desmaterializarla a ella para hacerla pasar a través de los muros o los barrotes.

—Si la puerta está cerrada, podría conseguir la llave del guardián en jefe o de aquel que la tenga. Si consigues averiguar quién la guarda, te será fácil asustarle para obligarle a que te la entregue. Luego, no te costará trabajo llegar hasta aquí con la dama vía aérea. Todavía no es medianoche y podrías estar de vuelta antes del amanecer. No vueles demasiado alto para que tu pasajera no se asfixie y, sobre todo, procura mantenerla caliente, pues, en invierno, la temperatura de la parte alta del cielo suele estar por debajo de cero grados.

—Este asunto no me termina de gustar —protestó Ruakh—, pero, como decimos en la quinta esfera, la necesidad es ley. ¿Podría el joven trazarme un plano del calabozo para que no me perdiera en las entrañas del edificio?

— ¡No, antes el juramento! ¿Esperas que rompa el círculo y te libere para que puedas vengarte en nosotros inmediatamente?

— ¡No pensaba tal cosa! —exclamó el demonio con su voz gutural de acento extranjero—. Decididamente, los habitantes de la primera esfera son los seres más mal pensados de los mundos múltiples. Os imagináis que todos son tan malos y pérfidos como vosotros.

—Olvidemos la retórica, mi buen Ruakh, y pasemos al juramento.

—Bueno, muy bien —rezongó el demonio.

Siguió un largo conciliábulo entre Abacarus y Ruakh en un idioma que Jorian desconocía. Finalmente, el filósofo declaró:

—Bueno, ya hemos terminado. Octamon, pues encender la lámpara y romper el círculo. Ruakh, sabes lo que te pasará si violas los términos del contrato, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero insisto en que se trata de una monstruosa injusticia. ¡Obligarme a hacer un trabajo tan peligroso sin recibir nada a cambio! ¡Cuando vuelva a mi plano, podéis creerme, tendré muchas cosas que contarles a mis colegas!

Cuando se encendió la luz, Jorian distinguió claramente a Ruakh por primera vez. El demonio era una criatura de la talla y la forma de un hombre, pero su espalda se adornaba con dos inmensas alas, en aquellos momentos plegadas, parecidas a las de un murciélago. Sus pies, con garfios, eran como los de una enorme ave de presa y estaba totalmente cubierto por lo que el ex rey pensó en primer lugar que era un traje ceñido de seda escarlata, pero que, al moverse el demonio, resultó ser su propia piel. Y, como dijo el propio Ruakh, estaba desprovisto de cualquier órgano sexual visible.

—Perdonadme, maese Ruakh —dijo Jorian—, pero, ¿cómo hace vuestra especie para reproducirse?

—Ah, es una larga historia —empezó el demonio—. Veréis, en la estación apropiada...

Abacarus le interrumpió:

—No perdamos el tiempo en vanas discursiones, maese Jorian. Ruakh debe ir a Xylar y estar de vuelta antes del alba. Tomad un trozo de tiza; por favor, indicadle dónde encontrará a vuestra dama.

Jorian se acuclilló y dibujó el plano de los calabozos de Xylar. Se sobresaltó ligeramente cuando Ruakh, inclinándose por encima de él para ver mejor, le apoyó una mano en el hombro para equilibrarse. Luego, señalando el rectángulo de mayor tamaño de todos los dibujados, declaró:

—Creo que está aquí. Parecen haber adecuado el lugar para que se encuentre más confortable que en una celda ordinaria. Es baja y rubia.

El demonio estudió el plano durante un instante y comentó:

—Bien. Parece que entiendo lo más esencial. Ahora, retroceded para que pueda desmaterializarme.

Cuando los cuatro hombres hubieron obedecido, Ruakh empezó a girar sobre sí mismo cada vez más deprisa. Se fue diluyendo, hasta ser traslúcido, luego, transparente y, al fin, desapareció con un silbido.

—Abre las puertas, Octamon —ordenó Abacarus—, para que podamos librarnos de esta peste.

El fresco aire de invierno inundó el oratorio.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jorian.

—Ruakh tardará horas en volver —respondió el filósofo brujo—. Puede llegar a Xylar en su forma inmaterial en un parpadeo, quizá ya esté allí. Pero, por el contrario, para volver, tendrá que hacerlo en su forma material. Su viaje le llevará varias horas, sea cual sea la agilidad de sus alas. Si queréis esperarle aquí, hay unas cuantas camas.

Jorian y Karadur no dejaron el edificio de filosofía. Mientras Abacarus les indicaba el salón donde podrían pasar el resto de la noche, Jorian preguntó:

—Por favor, doctor Abacarus, ¿podríais explicarme una cosa? En Iraz, un sabio de la Casa de la Sabiduría me demostró que un ser de la talla de un hombre no puede volar. Es algo relacionado con el peso, la superficie de las alas y la fuerza de los músculos. En ese caso, ¿cómo puede hacerlo Ruakh en esta esfera bajo su forma material?

Abacarus se encogió de hombros y respondió:

—Posee ventajas compensatorias. Sus músculos son totalmente diferentes a los nuestros. Son mucho más fuertes en relación a su tamaño.

— ¿Y la historia de que los demonios se quejan de la esclavitud a que les sometemos los habitantes de la primera esfera? —insistió Jorian—. Creía que las naciones novarianas habían abolido la esclavitud.

El filósofo soltó una carcajada.

—El tratado de Metouro, que, de todos modos, sólo será efectivo cuando haya sido ratificado por la totalidad de los doce gobiernos, no hace referencia más que a la esclavitud de los seres humanos. Los demonios, sea cual sea la esfera de la que procedan, no son humanos y no tienen más derechos que un caballo.

— ¿Y los hombres-mono de Komilakh? ¿Se les considerará como seres humanos?

—Eso dependerá de en qué nación de las doce se encuentre uno. Los tribunales de algunas de ellas los considerarán como tales, otros no. Los países novananos deberían instaurar una Corte Suprema que armonizase todos esos puntos oscuros entre los doce sistemas. Pertenezco a una sociedad consagrada a ese ideal. Recordadme mañana que os entregue une de nuestros opúsculos. Pero, volviendo al tratado de Metouro, hasta ahora sólo ha sido firmado por cinco naciones y vos mismo tendréis los cabellos blancos antes de que lo hagan las demás.

— ¿Y esa amenaza que ha hecho el demonio de que los suyos podrían unirse para luchar contra la explotación de que son objeto por nuestra parte?

—No hay nada que temer por ese lado. No tardarán en recaer en sus luchas intestinas, como ocurrió en el pasado. Ahora debo irme. Volveré una hora antes del alba. En ese momento, si todo ha ido bien, nuestro demonio debería estar muy cerca de aquí. ¡Dormid bien!

Jorian tenía la impresión de que acababa de dormirse cuando le sacudieron por el hombro.

—Es la hora —le dijo Abacarus.

El ex rey paseó por el oratorio bostezando durante varios minutos. Luego, cuando el cielo empezaba a aclararse, vio una silueta oscura recortada a lo lejos entre las estrellas. Abacarus abrió los ventanales que daban a un pequeño balcón que recorría la circunferencia de la torre, dejando que penetrase una ráfaga de viento helado. El objeto volante se acercó. Era el demonio Ruakh llevando en sus brazos un pesado fardo.

Sus alas batieron con un susurro afelpado y se posó en la balaustrada, donde agarró las ganchudas patas como si fuera un pájaro. Luego, plegando las alas, saltó al suelo y penetró en el oratorio con la forma envuelta en una manta. Octamon cerró el ventanal.

— ¡Aquí esta! —exclamó Ruakh.

El olor a almizcle volvió con él.

— ¿Tuviste dificultades para penetrar en el calabozo? —le preguntó Jorian.

—No. Me materialicé en el exterior, pensando en encontrar las llaves. Pero la puerta de la escalera estaba abierta y sólo vi a un hombre de guardia. Le di tanto miedo que huyó, de modo que bajé los peldaños y no tardé en encontrar la celda de la que me hablasteis; también ella estaba abierta. La mujer estaba en su interior y, cuando avancé hacia ella para explicarle la misión que me habíais confiado, se desvaneció. La envolví en esta manta y me la eché al hombro. Luego, mientras la gente del palacio se apartaba de mi paso aullando, no tuve problema en salir y echar a volar.

— ¡Bravo! —Exclamó Abacarus—. Eres libre, Ruakh.

El demonio emitió un gruñido parecido a un chapoteo y declaró:

—Antes de que vuelva a mi esfera, dejad que os diga, hombres de la primera esfera, que no aceptaremos eternamente el ser tratados así y obligados a cumplir misiones a vuestro antojo. ¡Nos uniremos para poner fin a esta injusticia! ¡Los demonios vencerán!

—De momento, considérate feliz por haber terminado la misión —replicó Abacarus—. Ahora, retírate. No nos gusta cómo hueles.

De pie en el centro de la habitación, Ruakh se puso de nuevo a girar sobre sí mismo. Su alta silueta escarlata era un torbellino que se fue diluyendo hasta desaparecer con una ráfaga de aire.

Jorian recuperó la respiración.

—Debo reconocer que la presencia de Ruakh me ha hecho vivir unos instantes muy desagradables —dijo.

—Hay que saber cómo dominarles —dijo Abacarus—. Mi último aprendiz se hizo matar por un demonio al que invocó por equivocación.

—Jorian no deja de menospreciarse —dijo Karadur—. He intentado librarle de esa molesta costumbre, pues la modestia es un arma muy poco apropiada para abrirse camino en este mundo de pecadores, pero me temo que no lo he terminado de conseguir.

Jorian fue a arrodillarse ante la forma envuelta en la manta. Y, cuando se disponía a desenrollarla, concibió el horrible pensamiento que quizá su Estrildis hubiera sufrido el mal de las montañas a causa de la altitud a que la transportó Ruakh.

La silueta envuelta se agitó, apartó la manta y se incorporó.

— ¡Por las pelotas de bronce de Imbal! —Exclamó el ex rey—. ¡Vos no sois Estrildis!

— ¿Quién ha dicho que lo fuera? —dijo la mujer, levantándose—. Soy la dama de honor de la reina Estrildis, lady Margalit de Totens. Y vos, si no me equivoco, sois el rey Jorian el fugitivo. ¿Dónde estoy y por qué he tenido que hacer tan horrible viaje?

La desconocida tendría casi la misma edad que Estrildis, pero cualquier otra semejanza se acababa en aquel punto. Mientras que la reina era baja y rubia, Margalit de Totens era casi tan alta como Jorian y morena, con una mecha de cabellos rizados que le caía sobre la frente. Jorian no podría calificarla de bella, al contrario que con las cinco esposas que tuvo cuando fue rey. Sin embargo, era bastante agradable y sus rasgos se mostraban acusados y resueltos y su cuerpo aparentaba una recia osamenta. Se recuperó deprisa de la impresión sufrida.

Jorian se inclinó ante ella.

—Muy honrado al conoceros, lady Margalit. Os encontráis en la ciudad de Othomae, y creedme si os digo que no queríamos traeros hasta aquí. Envié a Ruakh, el demonio, a buscar a mi esposa, pero parece que se equivocó. ¿Qué ha pasado?

—Mi reina había subido a las almenas para ver el cielo, dejándome sola en nuestras habitaciones de los calabozos.

— ¿No está encerrada en su celda?

—No, aunque vigilan que no abandone el palacio. Puede salir cuando lo desee, pero siempre va acompañada por una escolta armada, pues temen que intentéis rescatarla.

—¿Fuisteis vos la que dio la alarma cuando tropecé en la banqueta y desperté al perro guardián?

—Efectivamente. ¿Cómo iba a saber que erais vos?

— ¿Por qué no le dijisteis al demonio quién erais?

— ¿Cómo? Estaba arreglando nuestras habitaciones aprovechando la ausencia de Estrildis, pues, como bien sabréis, el orden es su mayor virtud, y de pronto vi al demonio acurrucado en el umbral, intentando pasar las alas por la puerta y murmurando cosas de un modo incomprensible que ese chapoteo en el que habla. Me desvanecí por primera vez en mi vida. Cuando recuperé el conocimiento, estaba en el aire, envuelta en una manta que casi no impidió que me muriese de frío. Me debatí, y el demonio me advirtió que estuviera tranquila si no quería que me soltase. ¡Menuda experiencia!

Jorian se volvió hacia Abacarus para preguntarle:

— ¿Cómo ha podido Ruakh cometer un error tan burdo? Le dije que se trataba de una mujer baja y rubia.

El brujo alzó las manos al cielo.

—Como sabréis, los demonios no son muy inteligentes. Debió olvidar vuestras instrucciones o confundirse, y cuando vio a esta mujer sola en la celda, probablemente pensó que era la que había ido a buscar.

— ¿No podéis hacer nada para que repare su error?

—Nada de nada. Un demonio liberado de su misión queda exento de cualquier otra durante años.

— ¿Por qué le despedisteis tan deprisa?

—Porque olía muy mal. Vos mismo no pusisteis ninguna objeción.

—No me disteis tiempo a hacerlo. Pero no nos echemos la culpa mutuamente por tan lamentable equivocación. ¿Podéis evocar otro demonio que sustituya a Ruakh?

Abacarus frunció el ceño y contestó:

—No antes de algunos meses. En primer lugar, las encantaciones necesarias son agotadoras y he de asegurar mis cursos, sin olvidar que no soporto los olores de esos demonios de la quinta esfera. En segundo, os costaría de nuevo mil quinientos reales. Y, tercero, todavía no me habéis pagado lo que me debéis por la invocación de Ruakh.

— ¿Qué? —gritó Jorian—. ¡No os debo ni un céntimo! ¡Convinimos que el demonio me entregaría a mi esposa, Estrildis la kortoliana, y no lo ha hecho!

—Joven, lo mejor será que midáis vuestras palabras. Afirmo que me debéis setecientos cincuenta reales. Mis gastos has sido tan elevados como si el demonio lo hubiera conseguido y ya os advertí que no garantizaba el éxito.

—Pero estuvisteis de acuerdo en que os pagaría cuando quedase satisfecho. ¡Me niego a pagar por un trabajo mal hecho!

—Sois tan responsable como yo del fracaso y os aconsejo vivamente que os excuséis. Podría llevaros ante los tribunales y, creedme, tengo muchos modos de crearos problemas.

— ¡Intentadlo! —gritó Jorian—. Vamos, Karadur. Si he de recurrir alguna otra vez a la brujería, intentaré encontrar un brujo que sea tan honesto como competente.

— ¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Margalit—. ¿Vuelvo a Xylar a pie? ¡Por los bigotes de Zevatas, si estuviéramos en Xylar, responderíais con vuestra vida!

—Os ruego que me perdonéis, mi lady. Acompañadnos a nuestra fonda y hablaremos de vuestro porvenir.

De vuelta al Dragón de Plata, Jorian alquiló un cuarto para Margalit, cuya cólera ya se había calmado, y le explicó:

—La verdad es que mi deber consiste en que volváis a Xylar, pero no podréis emprender sola el viaje, sobre todo en esta época del año en que las manadas de lobos y las bandas de forajidos están dispuestas a todo para conseguir comida. Por otra parte, mis medios no me permiten contratar la escolta apropiada y procurar los animales necesarios para vuestro transporte. Y, en fin, no puedo acompañaros en persona si quiero que mi cabeza siga sobre mis hombros.

—No puedo reprochároslo —dijo la joven—. Lo mismo que mi rema, me opongo a esa costumbre, por venerable que sea.

—Pagaré vuestra estancia tanto tiempo como mi economía me lo permita —replicó el ex rey—. Y, cuando llegué la primavera, alguna ocasión llegará en que podáis tomar una diligencia o uniros a una caravana de mercaderes. Y, ahora, lo mejor será que durmáis.

— ¿Y, luego, Su Majestad? —preguntó Margalit.

— ¡Por favor, no me llaméis así, ni de broma! Nunca deseé ser rey de vuestro estúpido reino y, desde mi huida, no he cesado de intentar liberarme de tal honor. Pero, para responder a vuestra pregunta, ahora debo irme a trabajar al molino. Esta noche, durante la cena, pensaremos en todo esto. Convocaré a la bruja Goania que, a mi entender, está dotada de mucho más sentido común que otra gente.

Margalit bajó la cabeza.

—No soy muy celosa con la moda, pero, por lo menos, necesitaría un vestido de repuesto. Si no lavo éste, acabará por oler tan mal como el demonio y tendré que andar desnuda mientras me lo limpian.

—En todo caso, en invierno, no —respondió Jorian—. Supongo que vuestro raptor no os daría tiempo a coger el monedero, ¿verdad?

—Suponéis bien, Su Ma... maese Jorian.

El ex rey suspiró y sacó dos monedas de oro de la bolsa diciendo:

—No conozco el precio de la ropa femenina, pero mirad lo que podéis hacer con esto. Pedidle a Karadur que os acompañe.

Aquella noche, mientras esperaban a Goania para cenar, Margalit le dijo a Jorian:

—Parecéis muy decidido, maese Jorian. Intentasteis un asalto directo y luego recurristeis a la brujería para conquistar a mi reina y, a pesar de los fracasos, no desfallecéis.

—Es por el amor —explicó el ex rey—. Y no me avergüenzo. Es la esposa a la que elegí, al contrario que aquellas que me fueron impuestas por el Consejo para servir a los intereses de tal o cual personaje. Y es a ella, sólo a ella, a quien quiero.

—Si la recuperáis, ¿qué haréis?

—Bien, si encontramos alguna residencia segura donde los xylarianos no puedan capturarme, nos instalaremos en ella y seremos un honesto mercader y su mujer que se ganarán la vida cómodamente.

—Quizá la encontréis cambiada.

Jorian apartó la idea con un gesto de la mano y apuntó:

—Vieja, arrugada y canosa... pero mi único amor.

—Este muchacho es un romántico y un sentimental —intervino Karadur con una

risita que agitó toda su blanca barba—. No intentéis cambiarle, lady Margalit, pues es una de sus más seductoras virtudes. ¡Ah, aquí llega mi eminente colega!

La bruja Goania entró, seguida de Boso, su guardia personal. Jorian se alegró al ver que Vanora no estaba con ellos; se encargó de hacer las presentaciones.

—Bienvenida, lady Margalit —dijo Goania—. Cuando os vi al entrar, me pregunté qué encantamiento podría haber transformado a una rubia bajita, pues así es como Jorian describió a su Estrildis, en una morena alta. ¿Qué ha pasado?

Cuando Jorian y Margalit terminaron de contar sus pesares, la maga concluyó:

—No hay que subestimar la estupidez de los demonios. Todos los que vienen de la mayor parte de las otras esferas poseen poderes que, en este mundo, parecen sobrenaturales. ¿Conocéis esa teoría según la cual cada forma de vida desciende de las otras y que todas proceden de una especie de limo primordial?

—Sí —replicó Jorian—. Cuando estuve estudiando bajo la férula de Gwiderius, un profesor fue expulsado de la Academia por mantener tan impías opiniones.

—Pues, bien, esa teoría explica, sin embargo, la estupidez de la mayor parte de los demonios. Dotados de tales poderes, la ausencia del espíritu de competición en su esfera no les ha impulsado a desarrollar sus poderes mentales, al contrario que nosotros que, incapaces de volar, hacernos invisibles o desmaterializarnos, nos hemos visto obligados a ello. Podría daros un ejemplo sacado de mi propia experiencia. Cuando todavía era joven... no me miréis tan sorprendido, Jorian. Una vez fui joven y casi tan bonita como vuestra Estrildis.

—Os creo, tía Goania.

—Bien, como decía, cuando era joven, tuve un pretendiente llamado Uriano que, como yo, se ocupaba de la brujería. Aquello pasó antes de que yo misma decidiera dedicar mi vida al ocultismo. Pensé en casarme, convertirme en una buena ama de casa y tener montones de hijos, como casi todas las mujeres; estaba tan encaprichada de aquel Uriano pues era muy buen mozo.

»Mi padre, contratista, no quería oír hablar de Uriano, al que calificaba de inútil, charlatán, tócalo todo, en resumidas cuentas, no era bueno para nada. Más tarde descubriría que era todas aquellas cosas, pero en aquella época, ciega de amor, me negaba a aceptarlo. Mi padre me prohibió el acceso a su casa de mi tierno amante y me prohibió verle.

»Uriano descubrió, no sé cómo, que deslizándose por las matas que crecían junto a nuestra casa, podía llegar a veinte pasos de mi habitación sin ser visto. Empezamos a comunicarnos mediante flechas lanzadas con un arco de juguete que metía por mi ventana con mensajes enrollados alrededor de las saetas. Yo escribía las respuestas, las ataba a la flecha y se las devolvía.

»Uriano propuso raptarme. Y yo, pequeña e ingenua joven, pensé que querría conducirme al templo de Therius para hacer de mí su legítima esposa. Por lo que descubrí de él más adelante, estoy convencida de que quería disfrutar de mi cuerpo hasta que se cansase de mí para luego despedirme.

»En una noche convenida, me dijo, vendría con una escala por la que yo descendería para aterrizar en sus brazos y poder huir juntos. Lo que no precisó fue que, durante sus experiencias de magia, evocó a un demonio de la séptima esfera para que le ayudara en su empresa. Los demonios de la séptima esfera son criaturas irascibles y particularmente difíciles de manejar, sobre todo por un brujo principiante.

»La noche prevista, Uriano llevó con la escala y su demonio. Apoyó la escala en el muro y encargó al demonio que cubriera nuestra retirada cuando, como él pensaba, escapásemos de la casa. Apostó a su criatura en la puerta trasera y le dio órdenes de quemar con su aliento ardiente a cualquiera que cruzase el umbral antes de que estuviéramos lejos de la vista. Entonces quedaría libre para regresar a su esfera.

»Todo habría ido como estaba previsto de no haber ocurrido dos hechos inesperados:

»Primero: Uriano sentía tal deseo por su futura amante que no podía esperar a que hubiéramos salido de la casa para satisfacerlo. Y así, en lugar de hacerme sencillamente un

gesto para que bajase a su lado, quería subir y entrar en mi cuarto por la ventana, esperando tomarme a toda prisa y marcharnos luego.

»Segundo: al apoyar la escala, no colocó el pie de la misma lo bastante lejos del muro, de modo que cuando llegó al último peldaño y se apoyó en la ventana, la escala se cayó.

»El ruido fue estrepitoso y Uriano olvidó toda idea de unión carnal y empezó a pensar tan sólo en su seguridad. Murmuró:

«—Tranquila, querida, os sacaré de aquí en un momento.

»Se inclinó por la ventana y llamó suavemente:

»-¡Vrix! ¡Eh, Vrix!

»— ¿Sí, amo? —respondió el demonio desde abajo.

»—Coge la escala y vuelve a ponerla donde estaba.

»— ¿Perdón? —Preguntó el demonio—. ¿Qué has dicho?

»Uriano repitió sus órdenes, pero Vrix no parecía entender lo que le exigía. La puso de canto, luego la colocó lejos del muro y, naturalmente, cuando la soltó, cayó.

»Tras toda una serie de pruebas, Vrix pareció entender lo que le pedía. Pero, como ya os he dicho, esos demonios son seres ardientes. Y, cuando se acercó a la casa con la escala, le prendió fuego con una de sus manos. Cuando la apoyó en la pared, la escala era sólo un brasero, y Uriano debió apartarla para que no se declarase un incendio.

»— ¡Por todos los dioses! —exclamó—. ¡Cretino...! Tenemos que buscar un modo de salir de aquí. ¿Está dormido tu padre?

»—Sí, creo que sí —le contesté.

«Entreabrí prudentemente la puerta de mi alcoba y eché un vistazo al pasillo y, al no oír ningún ruido, le hice a Uriano un gesto para que me siguiera y nos dirigimos hacia la escalera andando de puntillas.

»Justo en aquel momento, la puerta del cuarto de mis padres se abrió y mi padre apareció en el umbral, en camisón, parpadeando, con una vela en una mano y la espada en la otra.

»— ¿Qué es este ruido infernal...? —empezó.

»Luego, viendo a Uriano, se lanzó hacia él bramando furioso.

»Uriano me soltó la mano y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños, perseguido por mi padre. La vela que llevaba éste se apagó por el viento provocado por la carrera, pero el claro de luna iluminaba débilmente la escena.

«Uriano atravesó el salón, la cocina y se lanzó hacia la puerta trasera. Pero allí estaba Vrix, esperando a que alguien apareciera por ella, y, cuando Uriano apareció, proyectó su aliento incandescente, que le envolvió como un surtidor de agua que saliera de una de las fuentes de los jardines del gran duque. El demonio, en efecto, había recibido la orden formal de quemar a la primera persona que saliera por aquella puerta. Uriano lanzó un alarido mientras sus cabellos y ropas se inflamaban y, un instante más tarde, de él sólo quedaba una masa calcinada en la entrada del jardín. La muerte de Uriano liberó a Vrix de sus obligaciones en esta esfera y el demonio no tardó en desaparecer.

»Ahora espero que comprendáis el peligro que representa emplear demonios para que hagan cualquier trabajo por nosotros.»

—Soy consciente de las dificultades que representa —dijo Jorian—. Pero lo que más me interesa es saber lo que habría pasado si vuestro amante no hubiera derribado la escala.

—Me he hecho muchas veces la misma pregunta —contestó Goania—. Las cosas habrían acabado yendo mal. Estoy segura.

Suspiró y, con la mirada perdida, añadió:

—Pero me habría quedado el recuerdo de una noche apasionada.

Jorian le preguntó a Goania:

— ¿Veis mejor solución para arrancar a mi bienamada de su jaula dorada?

—De momento, no.

— ¿No podríais proyectar vuestra segunda visión hasta Xylar para decirme a qué se dedican?

—Podría, si alguien limpiase la mesa y me trajera un vaso limpio.

La bruja entró en trance como hiciera cuando Jorian y Karadur salieron de prisión.

Empezó a recitar con voz entrecortada:

—No veo el interior del palacio... hay como una barrera... un muro de cristal que me rechaza... Veo el palacio... pero vagamente... ondula... como el paisaje que se extiende sobre una carretera un día de verano... No... no puedo penetrar en su interior.

Unos instante más tarde, abrió los ojos y declaró:

—Los xylarianos han alzado un escudo mágico que parece una cúpula alrededor del palacio y que rechaza mi visión oculta. Por lo que sé, estoy segura de que mantendrá a distancia a cualquier demonio que intentara penetrar en él bajo su forma desmaterializada.

—Supongo que tras la visita de Ruakh habrán encontrado a algún charlatán para que alzase esa barrera y les protegiera contra nuestras intrusiones —opinó Jorian—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Si estuviera en tu lugar, empezaría por buscar una nueva mujer, pues te hace falta una a cualquier precio —le dijo Goania.

—Vamos, hijo mío —intervino Karadur—. Abandona esta tarea sin esperanza antes de que atraigas la destrucción no sólo sobre tu cabeza, sino sobre la de tus más queridos amigos... como yo.

—Sois libre de marchar cuando queráis —replicó Jorian escuetamente—. No sois mi esclavo.

— ¡Vamos, mi querido Jorian! Ahora estoy a tu cargo. Soy demasiado anciano y bastante reumático, parezco una sandalia vieja. Tú eres el hijo que nunca tuve.

—Muy bien. En ese caso, tendréis que soportar mis caprichos. La vida de soltero quizá sea buena para Goania o para vos, no para mí.

—Pero, si necesitas una mujer, ¿por qué no sigues el consejo de Goania? Sólo tienes que casarte... veamos... ¡con lady Margalit!

— ¡Vaya! —Exclamó Margalit—. No soy un solar. Maese Jorian puede que sea un buen chico a su modo, pero...

—Testarudo como una muía cuando algo se le mete en la cabeza —cortó Karadur.

—Pero... no hay nada entre nosotros.

— ¿Pensáis casaros algún día? —preguntó Goania.

—Sí. Precisamente por esa razón ocupaba el puesto de dama de honor. Mi familia, aunque de buen linaje, es pobre. Y, ahorrando lo que me paga la Regencia, espero conseguir una dote lo suficientemente importante como para atraer a un esposo lo suficiente apuesto, cuerdo y solvente. Pero, mientras tanto, mis parcos ahorros se encuentran en el calabozo en compañía de Estrildis.

—En esas condiciones... —empezó Karadur.

—Y, además, antes de considerar tal unión, tendría que conocer a un hombre más de lo que conozco a Jorian. Y él ya tiene esposa.

— ¡Felizmente para vos! —exclamó el interesado—. Pero, como ha dicho el doctor, puedo ser muy testarudo. Vosotros dos, viejos chivos, nunca dejáis de fanfarronear acerca de la sabiduría que os han dado los años. Por una vez, intentad dar prueba de ella procurándome un plan realista que me permita recuperar a mi esposa.

Se abatió sobre ellos un pesado silencio. Rhuys les llevó la cena y, mientras se dedicaban a la comida, Karadur declaró:

—Te hablé un día de uno de mis colegas mulvanianos llamado Shenderu la Gran Alma o Shenderu el Sabio. Reside en el monte Aravia, en los Lograms, y su fama es tanta que hay quien recorre cientos de leguas para consultarle sobre sus asuntos. Me parece que podrías ir a verle cuando llegase la primavera.

— ¡Qué magnífica sugerencia! —exclamó Jorian, recuperando su habitual entusiasmo—. ¿Por qué no lo dijisteis antes? ¡Me voy ahora mismo!

— ¡Eh, Jorian! —Le detuvo Goania—. No te lances de cabeza en los peores peligros, pues, si lo haces, Estrildis podría no tener esposo con quien reunirse. Estamos en el mes del águila y las nieves todavía cubren las montañas.

—Me parece que ya lleva un tiempo sin nevar —dijo el ex rey.

—Sí, pero en las montañas no es así. Y allí arriba encontrarás barrancos tan hondos como tú de alto, sin hablar de los precipicios y las grietas.

—Lo sé. Sobrevolamos los Lograms cuando salimos de Iraz. Pero estoy dispuesto a afrontar esos peligros. Doctor Karadur, ¿cómo vive ese tal Shenderu?

—Los que van a verle con sus problemas tienen que recompensarle con lo que más necesita, a saber, comida, madera y, a veces, una túnica o alguna chuchería, como, por ejemplo, una marmita. Dado que es vegetariano, sus exigencias alimenticias son bastante limitadas.

—Compraré una muía y prepararé un cargamento de madera, pan y nabos —dijo Jorian—. Intentaré convencer a Gwiderius para que me deje acceder a la biblioteca del gran duque, donde encontraré mapas de la región. ¡Habré acabado antes de que empiece el mes que viene!

Pero, como sucede a menudo, Jorian necesitó mucho más tiempo del que había calculado para preparar su expedición. Debió comprar un caballo y una muía con las últimas monedas de las que sacó de Ishbahar. También necesitaba un cargamento de grano para las bestias, pues, en aquella estación, encontrarían poco pasto natural en las montañas.

Luego, una pequeña epidemia se abatió sobre la ciudad de Othomae, provocando toses, estornudos y ligeras fiebres. Todos los ocupantes del Dragón de Plata, incluido Jorian, fueron alcanzados y debieron guardar cama durante una semana.

Al fin, como el mes del jabalí ya estaba mediado, lady Margalit manifiesto signos de impaciencia ante la ociosidad a que se veía condenada.

Una noche, durante la cena, Jorian estuvo contando el dinero que le quedaba.

—A estos precios —dijo—, estaré completamente agotado en verano. Es justo que pague la pensión de Margalit, pues fui yo quien la trajo hasta aquí. Pero con lo poco que me paga Lodegar, me resulta imposible ahorrar, aunque escatime todo lo que pueda.

—Jorian —intervino Margalit—, es muy amable por tu parte pagarme la pensión, pero quizá yo también pudiera ganar algo de dinero. ¿Creéis que podría encontrar un trabajo remunerado hasta que pudierais arreglar lo de mi repatriación?

Jorian enarcó las cejas.

— ¡Lady Margalit! ¡Una mujer de vuestra condición no debe rebajarse a tareas de limpieza!

— ¿Qué entendéis por mi condición? He conocido la pobreza y no soy tan orgullosa como para no tener que hacer lo que se debe. Además, mi papel junto a Estrildis sería considerado por mucha gente como un buen trabajo.

—Se lo preguntaré a Goania —concluyó Jorian.

Cuando el propio Lodegar fue alcanzado por la enfermedad, Jorian le convenció para que contratase a Margalit para reemplazarle en el molino y llenar los sacos con la harina que cayera de las muelas.

Unos días más tarde, cuando volvían juntos del trabajo al Dragón de Plata, sacudiéndose la ropa para limpiarla de harina, fueron recibidos por Goania.

—Os he encontrado trabajo, lady Margalit —anunció—. Mi amada Aeda, la mujer del consejero Arvirag, necesita una asistenta, pues la suya la ha dejado sin avisar. ¿Qué os parece?

—Estoy dispuesta a intentarlo.

— ¡Qué valiente! —exclamó Jorian—. Admiro a la gente que no duda en hacer lo necesario. Espero que pronto encontremos alguna posición más digna para vuestra notable inteligencia. ¡Mientras tanto, celebremos el acontecimiento con una de las mejores botellas de Rhuys!

Habían vaciado media botella y se disponían a cenar cuando un hombre entró en el salón del albergue y se dirigió hacia Jorian. El desconocido, con uniforme pero sin espada, le preguntó:

— ¿Sois Jorian de Ardamai, alias Nikko de Kortoli?

—Sí —respondió el interesado—. ¿Qué pasa?

—Aquí tenéis una citación. Deberéis presentaros ante el juez de instrucción mañana mismo, una hora después de la salida del sol.

— ¿De qué se trata? —preguntó Jorian—. ¿Qué he hecho?

—Es a causa de una demanda que os ha planteado el doctor Abacarus de la Academia para el cobro de una deuda.

— ¡Maldito cerdo! —maldijo el ex rey entre dientes.

—Y como sois extranjero, deberéis encontrar un ciudadano de esta ciudad, honorable, conocido y solvente que os sirva de garante, pues, si no, tendréis que acompañarme a prisión para que mañana quede asegurada vuestra presencia.

—Yo le avalo —dijo Goania.

— ¿Sí? En ese caso, firmad aquí, Dama Goania.

El ujier se retiró, dejando la citación sobre la mesa, delante de Jorian.

—Me parece que no ignoras que si pierdes el proceso, tendrás que ir a prisión para pagar tus deudas —dijo la hechicera.

— ¿Todavía existe eso en este país? Cuando era rey de Xylar, hice abolir esa costumbre haciendo valer que un hombre en prisión no puede ganar con lo que pagar nada.

—Qué lástima que no sea el gran duque de Othomae. Pero, como es así, actúa en consecuencia.

El magistrado instructor era el mismo Flollo que encarcelase a Jorian y Karadur. Sermoneó al ex rey:

—Maese Jorian, me parece que, puesto que una vez salisteis con bien, deberíais haber tenido mejor juicio para manteneros lejos de los problemas. Pero ya oiremos vuestra versión del litigio. Primero vos, doctor Abacarus.

Abacarus se lanzó a un largo discurso para explicar que Jorian le debía setecientos cincuenta reales. Su adversario expuso a continuación las razones por las que se consideraba liberado de aquella deuda.

—En consecuencia —concluyó Jorian—, pido la anulación de este proceso y exijo daños y perjuicios. De hecho, yo mismo debería demandar al doctor por los primeros setecientos cincuenta reales que le entregué, pues su intervención fue un total fracaso...

— ¡Tonterías! —exclamó Abacarus—. No garanticé el éxito, y desde el principio yo...

El filósofo y el ex rey empezaron a hablar al mismo tiempo, aullando a cual más fuerte, hasta que el juez dio un martillazo y gritó:

— ¡Silencio los dos u os encarcelo! Se trata de un caso delicado, pues ninguno posee

Librodot

contrato escrito. Sin embargo, debería suponerse que hombres de vuestra edad deberían haber puesto todo esto por escrito tras contar con el consejo de los correspondientes legalistas. En fin, veamos... en este momento, está en nuestras manos. La fecha más cercana que puedo fijar para el proceso es... esperad... —hojeó un montón de documentos—... el día 14 del mes del dragón.

—¡Por los huevos de bronce de Heryx, es dentro de seis meses! —exclamó Jorian.

El juez Flollo se encogió de hombros.

—No podemos hacer otra cosa. El tiempo, como suelen decir los filósofos de la Academia, es incomprensible. Naturalmente, si queréis entenderos fuera del tribunal, el proceso no se celebrará. Maese Jorian, la custodia de dama Goania bastará para que permanezcáis en libertad hasta la audiencia, pero no olvidéis que si no os presentáis, la condena recaerá sobre ella.

Jorian y Abacarus intercambiaron una mirada llena de odio y el brujo declaró:

—No he hecho todo lo que podía, maese Jorian.

—Ni yo tampoco —replicó el ex rey.

Dos noches más tarde, después que Jorian apagase la vela de la estancia que ocupaba con Kardur y se hubiera tendido en la cama, fue súbitamente consciente de una presencia en la habitación. En la oscuridad, una silueta luminiscente tomaba forma. Era tan vaga que pensó en primer término que era un fenómeno de fotismo, una de esas luces que se perciben con los ojos cerrados. La silueta ondulaba y brillaba en un pálido halo azulado como si estuviera totalmente encapuchada, pero bajo la capucha, en el lugar del rostro, sólo había tinieblas. Una voz doliente se dejó oír:

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!

— ¡Karadur! —Gritó Jorian—. ¡Despertad! ¿Veis lo que veo?

— ¡En! —dijo el viejo mulvaniano incorporándose en la cama con un bostezo—. Ah, sí, efectivamente. Es lo que se llama vulgarmente un espectro recaudador enviado por Abacarus para molestarte. Me parece evidente que no esté dispuesto a esperar hasta el mes del dragón.

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas! —gemía el espectro.

— ¿Qué puedo hacer? —preguntó Jorian.

—No mucho, a menos* que le pagues a Abacarus.

—No lo haré. Aunque quisiera, no tengo los setecientos cincuenta reales que reclama. ¿Qué son estos espectros? ¿De qué medios disponen?

—Son espectros de la segunda esfera. Son fáciles de evocar e inofensivos en la medida en que no pueden materializarse de forma sustancial en este mundo. Aunque carentes de inteligencia, obedecen fielmente a las instrucciones de los brujos, como si fueran perros bien adiestrados. Esta criatura es inmaterial, de modo que tu espada la atravesará sin encontrar resistencias. Se empezó con un programa en la Casa de la Sabiduría de Iraz para estudiar como estos espectros, sin haber desarrollado órganos vocales sólidos, conseguían alterar el aire de esta esfera para producir sonidos articulados...

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!

— ¡Muy bien! —dijo Jorian—. Es realmente molesto. En lo que más sueño en el mundo es con la primera noche que pasemos juntos Estrildis y yo después de nuestra separación. ¿Os imagináis lo que pasaría si en el momento en que nos dedicásemos a desatar nuestra mutua pasión apareciera este horror por allí con estos balidos?

—Mientras tanto —replicó el brujo—, esta criatura te ayudará a respetar esa castidad que con tanta virtud te has impuesto.

— ¡A la mierda mi castidad! — ¿Esto va a durar toda la noche?

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas! —bramó el espectro.

—No tanto —replicó Karadur—. Dentro de unas horas acabará por cansarse y se

marchará hasta la noche siguiente.

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!

— ¡Empiezas a aburrirnos, fantasma de carnaval! —gritó Jorian, enfurecido—. ¡Ahora, cierra la boca y lárgate!

Metió la cabeza bajo las mantas, pero, durante dos buenas horas, lamentos y gemidos incesantes (¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!) le tuvieron en vela.

A la mañana siguiente, como el molino de Lodegar estaba reducido a la inactividad por la ausencia de trigo, Jorian se encaminó a casa de Goania. Al llegar, le dijo:

—No me gusta matar a nadie, pero a veces me gustaría acabar con algún canalla. Si tuviera a Abacarus al alcance de la espada...

Tomó el pomo de la espada, unida al forro por hilos de hierro, como exigían las leyes del país.

— ¡Ni lo pienses! —exclamó Goania.

Jorian sonrió:

—Me gusta consideraros como mi tía preferida. ¿Por qué no picarle un poco los lomos a ese canalla?

—Porque la policía del gran duque, aunque no te des cuenta, te vigila de cerca. Podrías acabar en el cadalso, eso sin contar con los problemas que les causarías a tus amigos.

—En ese caso, ¿podéis emplear con él algún hechizo?

Ella consideró la pregunta.

—Sí, efectivamente. Podría evocar el mismo tipo de espectro de la segunda esfera para que molestara a Abacarus. Pero, piénsalo bien. Primero, te costaría dinero, aunque estoy dispuesta a fiarte hasta que tus medios te permitan pagarme. Pero, además, Abacarus, es un buen mago. Es totalmente capaz de lanzar una pantalla protectora alrededor de su casa como la que los xylarianos alzaron contra mi segunda visión.

— ¿Le supondría problemas a Abacarus alzar y mantener tales escudos?

—Hasta cierto punto, sí. Consumen mucha energía psíquica.

—Entonces, por favor, enviadle un espectro recaudador. Ordenadle que diga: «¡Abandona tus pretensiones!» Goania prometió hacerlo. A la mañana siguiente le dijo a Jorian: —Como había prevenido, mi espectro apenas había empezado a molestar a Abacarus cuando éste creó un escudo protector alrededor de sus habitaciones en la Academia. Por la noche, cuando llegó a su casa, el espectro le siguió repitiendo el mensaje, pero allí también alzó un muro psíquico de protección.

— ¿Puede fabricarse un escudo protector que le acompañe a todas partes?

—No. Los escudos deben estar anclados al suelo o a algún lugar estable.

—En ese caso, ordenad al espectro que le siga cada vez que vaya de su casa al oratorio.

La noche siguiente, Jorian fue a pasear, bajo el aire frío y seco, a lo largo del sendero que bordeaba el edificio de Filosofía de la Academia. Extrañas luces azules brillaban en las ventanas de la torre del doctor Abacarus, y Jorian dedujo que el brujo trabajaba todavía. Las luces, al fin, se apagaron y Abacarus salió.

Oculto tras un árbol, Jorian le vio recorrer el camino del campus mientras su gordo vientre se sobresaltaba con cada uno de sus pasos. Un espectro recaudador de la misma familia que el que le molestó a él apareció detrás de Abacarus y empezó a mugir:

— ¡Abandona tus pretensiones! ¡Abandona tus pretensiones!

El filósofo se volvió. Jorian no pudo distinguir su expresión, pues estaba muy oscuro y el paseo estaba tan sólo iluminado por la claridad de las estrellas y la débil luz de una lamparilla de aceite colgada de un aplique sobre la puerta principal del edificio. Vio, sin embargo, que el brujo ejecutaba algunos gestos y que entonces aparecía su propio espectro

Librodot

recaudador, que empezó a lamentarse:

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!

Un grupo de estudiantes cruzó el sendero. Se detuvieron y Jorian escuchó que uno de ellos comentaba:

— ¡Por Zevatas! ¡Un duelo de brujos! ¡El espectáculo puede ser divertido!

—A condición de que hagan saltar la Academia en su combate —intervino otro.

—No tengo miedo de los fantasmas —dijo un tercero—. ¡Mirad, os lo demostraré!

Cogió una piedra y lanzó sobre el espectro de Jorian. El proyectil pasó a través de la criatura sin encontrar la menor resistencia y alcanzó al ex rey en pleno pecho.

— ¡Eh! —exclamó éste, empuñando su inútil espada.

Se dirigió hacia los estudiantes, que echaron a correr y desaparecieron. Cuando Jorian se volvió, Abacarus también había desaparecido. Se volvió hacia el Dragón de Plata seguido por su fantasma que, a pocos pasos de él, no dejaba de repetir:

— ¡Paga tus deudas! ¡Paga tus deudas!

Durante los quince días siguientes, Jorian fue continuamente atormentado por la criatura enviada por Abacarus, mientras el espectro recaudador de Goania hacía lo mismo con éste cada vez que se presentaba la ocasión. Jorian descubrió que el brujo había tenido que cambiar sus costumbres.

Mientras que le gustaba trabajar de noche, adoptó horarios de campesino, de pie desde el alba y de vuelta a casa antes de la puesta de sol, para no ser sorprendido sin la protección de sus escudos.

Jorian encontró otras armas en aquella lucha que le oponía al filósofo brujo. Contrató unos muchachos para que pintasen ABACARUS ES UN LADRÓN en las paredes del edificio de Filosofía. Pagó a un mendigo para que llevase por todo el campus una pancarta en la que se podía leer igualmente ABACARUS ES UN LADRÓN. Y, cuando la policía quiso detener al mendigo, los estudiantes tomaron partido por él y provocaron una pequeña revuelta que permitió que el culpable se eclipsara.

Cuando Abacarus planteó una demanda por daños y perjuicios contra Jorian por persecuciones espectrales, éste protestó con otra por el mismo motivo.

El juez, Flollo miró acerbamente a los dos demandantes y declaró:

—No podemos celebrar esos procesos hasta el año que viene. ¿Por qué no van los dos a algún país bárbaro en el que el duelo esté autorizado y terminan de una vez por todas?

Cuando llegó el mes del toro, el doctor Gwiderius se reunió con Jorian y le anunció:

—Mi colega Abacarus me encarga que os diga que está dispuesto a cerrar un trato.

Jorian fue nuevamente al despacho de Abacarus en la Academia y se sentó ante una gran mesa. El brujo declaró:

—Veamos, mi buen Jorian, los adultos no se comportan así. Intentemos encontrar un modus vivendi antes de que los abogados nos arruinen, pues estamos a punto de gastarnos en costas legales más de lo que estamos reclamando.

—Bien, señor, ¿que proponéis? —preguntó el ex rey.

— ¿Hacemos dos partes?

—Nunca. Me parece muy claro según el derecho novariano, el único que he estudiado, que no os debo un céntimo más de lo que ya os pagué. De hecho, incluso pienso que un buen abogado podría pleitear con éxito para el reembolso de los setecientos cincuenta reales que os pagué ya a cuenta.

—Puesto que mi idea no parece seduciros, ¿tenéis alguna proposición que hacerme?

Jorian reflexionó antes de contestar:

— ¿Y si sometiésemos nuestro asunto a un arbitro imparcial? El perdedor pagaría sus honorarios.

Abacarus hizo una mueca, jugueteó un instante con sus dedos rechonchos y declaró:

—No sería una mala solución. Tenemos en Othomae algunos jueces retirados que podrían facilitarnos un veredicto equitativo.

— ¡Oh, no! —exclamó Jorian—. Un juez othomaeano estaría siempre de vuestro lado, pues soy extranjero. Mejor un juez de Kortoli. Estoy convencido...

— ¡Tonterías! En lo que respecta a nuestra magistratura, sé dónde termina y empieza su honestidad. Pero no sé nada de la justicia kortoliana. Y, por lo que han dicho, esa gente está siempre dispuesta a aceptar el soborno.

— ¡La justicia kortoliana es tan justa como la vuestra!

—Quizá, pero, ¿cómo probarlo? ¿Hemos de batirnos como nos sugirió Flollo? Si me provocáis a duelo, elegiré por arma, naturalmente, la magia.

—Esperad —dijo Jorian—. Si encontrase un jurista reputado procedente de un tercer estado novariano, ¿aceptaríais su arbitraje?

—Consideraría eso más favorablemente. Tendría que hacer algunas investigaciones antes de decidirme. ¡Y esta vez pondremos el trato por escrito!

Jorian se levantó.

—De acuerdo. Quedamos en eso. Mientras tanto, si retiráis vuestro espectro recaudador, haré lo mismo con el mío. ¡Aunque no temo a vuestro fantasma, debo reconocer que es difícil pasar una buena noche de sueño en su compañía!

V

LAS NIEVES DE ARAVIA

Jorian no estuvo listo a partir hasta el 2 del mes del toro. Aquella noche, mientras terminaba de hacer sus maletas, Vanora llamó a su puerta.

—Jorian —dijo—, estás loco para emprender solo este viaje. Necesitarás los ojos de un amigo que vigilen los peligros, y sus manos para sacarte de las arenas movedizas y otras trampas.

—Quizá tengas razón, pero, ay, no conozco a nadie que pueda acompañarme. El doctor Karadur es bastante anciano y débil. En cuanto a tu amigo Boso, apenas tiene bastante cerebro para atarse las sandalias, sin contar con que no me tiene mucho aprecio.

—Yo podría ir —dijo ella—. Soy fuerte, ya lo sabes, y estoy acostumbrada a una vida dura.

Jorian sacudió la cabeza.

—No, querida; ya lo he pensado. Tu cuerpo quizá esté a la altura de la tarea, pero me temo que tu temperamento es demasiado tormentoso e inestable para mí. Sin embargo, te agradezco la generosa oferta.

— ¡No seas estúpido, Jorian! Necesitas a alguien y soy la única persona disponible. Tu historia del pito embrujado sólo fue un subterfugio destinado a asustarme. Goania me ha dicho que es imposible lanzar tales conjuros.

—Lo que quiero que comprendas es que no deseo que ninguna mujer me ayude a salvar a mi esposa.

— ¡Oh, esa maldita hija de granjeros! ¡Olvídala! Cuando la encuentres, verás que alguno de los novillos locales ha cubierto a tu vaquilla de concurso agrícola. Después de todo, lleváis dos años sin veros...

Librodot

—Lo mejor será que te vayas a reunir con Boso y me dejes terminar de hacer el equipaje —murmuró Jorian.

—Escucha, querido Jorian, no tienes que acostarte conmigo durante el viaje si no tienes ganas...

— ¡Ya basta, Vanora! — ¡Lárgate o te echo!

— ¡Basura! —le aulló.

Jorian se inclinó para evitar el zapato que ella le tiró a la cara.

—¡Te enseñaré lo que cuesta echar así a una mujer honesta!

El segundo zapato siguió al primero.

La puerta se abrió y el grueso rostro de Bosos apareció en el umbral.

—Por los nueve infiernos, ¿qué pasa aquí?

— ¡Ha intentado violarme! —gritó Vanora, buscando algún nuevo proyectil a su alrededor.

— ¡Qué! —bramó Boso—. ¿Has traído hasta aquí a mi mujer y has intentado forzarla cuando se ha negado a tus caprichos? ¡Yo te enseñaré a forzar a las mujeres de los hombres honrados!

— ¡Miente! —protestó Jorian con un aullido—. No quiero...

Pero no pudo terminar la frase pues Boso se precipitó sobre él como un toro furioso. Los dos hombres rodaron por el suelo, intercambiando patadas y puñetazos. Una silla se estrelló estrepitosamente.

De la escalera llegaron ruidos de pasos y Rhuys entró en la alcoba.

— ¡Vamos, vamos! ¡Deteneos! ¡Si queréis pelear, hacedlo fuera!

Como no le prestaban la menor atención, el posadero desapareció y volvió unos instantes más tarde con un sacatapones de toneles y seguido por sus dos hijos, así como por el mozo de cuadra. Boso apretaba el cuello de Jorian con un brazo e intentaba golpearle en el rostro con el otro, mientras su adversario procuraba detener los golpes y alcanzarle en la tibia.

— ¡Cogedles! —ordenó Rhuys.

Los cuatro hombres asieron a los combatientes e intentaron separarlos, pero sin éxito, pues Jorian y Boso eran ambos hombres grandes y fuertes. Boso aflojó súbitamente su presa y giró para propinar un terrible golpe al palafrenero que, bajo la violencia del impacto, fue a estrellarse contra la pared. Rhuys y sus hijos se lanzaron sobre Boso y, mientras los dos muchachos le sujetaban los brazos, el posadero le asestó un golpe en el cráneo con el sacatapones. Boso se derrumbó. Jorian retrocedió, jadeante; su rostro estaba cubierto de moratones y la sangre le corría por el labio roto.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Rhuys.

Sentado en el suelo, Boso sacudió pesadamente la cabeza y murmuró algunas frases ininteligibles.

El ex rey empezó a explicarse:

—Dama Vanora subió a charlar conmigo y Boso creyó que...

— ¡Miente! —protestó Vanora—. ¡Jorian intentaba violarme cuando Boso llegó a ayudarme!

— ¡Exactamente lo contrario! —aulló Jorian—. Me suplicó...

— ¡Silencio los dos! —tronó el posadero.

Luego, dirigiéndose a uno de sus hijos, le dijo:

—Baltho, ve a buscar a la dama Goania. Los arcanos de su arte le permitirán saber quién miente.

Y, volviéndose a Vanora, añadió:

—No me sorprendería que maese Jorian dijera la verdad. Ya hemos tenido problemas con vosotros en el pasado.

—Vamos, ven Boso —dijo la joven, tomando el brazo de su vigoroso amante—. Todos están contra nosotros. Todo el mundo nos detesta.

Le ayudó a ponerse en pie y ambos se dirigieron titubeantes hacia la puerta. En el umbral, la mujer se volvió y escupió a Jorian.

— ¡Te odio!

— ¡Vuelve, Baltho! —dijo Rhuys llamando a su hijo—. La presencia de la bruja no será necesaria.

—En efecto, ya tenéis la respuesta —le dijo Jorian—. Ahora, ¿puedo terminar las maletas? ¡Por el cinturón de Dios, lady Margalit!

La dama de honor estaba en el quicio de la puerta.

— ¿A qué se ha debido este jaleo? —preguntó.

—Maese Rhuys os lo explicará —respondió el ex rey—. En cuanto a mí, debo partir antes del alba; así que espero que sepáis disculparme.

Rhuys y su escolta salieron.

Margalit se encogió de hombros.

—Sólo quería saber si ponéis alguna objeción en que escriba a mi reina y le diga que estoy bien y que volveré lo antes posible. Un correo parte mañana para Xylar y podría entregarle la carta.

—Hmmm —dijo Jorian—. No me opongo a que la tranquilicéis en cuanto a vuestra suerte, pero no debéis revelar el lugar en que me encuentro actualmente. Si lo hacéis, nos arriesgamos a que desembarque por aquí un escuadrón de lanceros shvenianos encargados de devolverme a Xylar, donde me ofrecerán un tratamiento de corte de pelo que preferiría evitar.

—Puedo decir que escribo desde Vindium, o desde Govannian.

—Sí, pero si le preguntan al correo, dirá dónde le entregaron la carta. —Jorian frunció el ceño—. ¡Lo he encontrado! ¡Redactad la nota sin decir desde dónde lo hacéis, y yo la mandaré con una nota a mi madre para que la mande a Xylar en el próximo correo.

Margalit suspiró.

—De ese modo, con la actual insuficiencia de los servicios postales, la carta no llegará a su destinataria hasta el verano. Mi situación podría cambiar. Por otro lado, me siento responsable ante mi reina. No le gustaría que le entregase un marido sin cabeza.

—Ni a mí tampoco —replicó el ex rey—. Una cabeza no tiene mucho que decir cuando ha sido separada del cuerpo.

—Si partís mañana —dijo Margalit—, tendré que ir ahora mismo a escribir mi carta.

Tres días después de haber dejado Othomae, Jorian llegó al albergue que le habían recomendado, el íbice de Oro, situado al borde de una ruta secundaria en los contrafuertes de los Logrараs. El pico de Aravia, cubierto de nieve, dominaba las vecinas colinas.

Jorian había hecho el viaje en silla, sobre el caballo que compró, un capón joven, poco apto para el combate o la caza, aunque no esperaba dedicarlo a ninguna de aquellas actividades, que le salió bastante barato. Le llamó Fimbri, en recuerdo de un carpintero del que fuera aprendiz en tiempo. En cuanto a la muía, de la que tiraba con una cuerda, la bautizó Filoman, en recuerdo del antiguo rey de Kortoli particularmente débil.

—La senda que conduce al monte Aravia parte de aquí —le explicó Turonus, el posadero—. En vuestro lugar, no intentaría subir a caballo hasta la caverna del viejo Shenderu, pues la última parte del trayecto es demasiado abrupta y rocosa, sin contar con el espesor de la nieve. Si lleváis a la muía tomada de la brida, podréis llegar sin temer nada del

Librodot

fantasma del capitán Oswix.

— ¿Qué historia es ésa?

—Cuentan que en tiempos de mi bisabuelo, Oswix comandaba una pandilla de salteadores que actuaban en estos parajes, aterrorizando toda la región en muchas leguas a la redonda. Finalmente, el Gran Bastardo, pues eso pasaba en su época, envió contra él una compañía de soldados. Los soldados les persiguieron a él y a su banda por las pendientes del monte Aravia. Oswic y sus hombres decidieron hacerles frente, pues eran más numerosos que sus adversarios y la pendiente resultaba demasiado empinada para los caballos, de modo que tenían que seguir a pie la persecución, convirtiéndose en fáciles blancos para los arqueros.

»Oswic les dirigió un inflamado discurso, diciendo que más valía morir de pie que vivir de rodillas y que, si la muerte en combate era una posibilidad, había que pensar que sería certeza si los soldados les capturaban. Blandió la espada y dirigió el asalto.

»Los bandidos estaban bien armado, y desde el primer lance los soldados empezaron a batirse en retirada. Oswic, entonces, alzó muy alta su espada para animar a sus hombres lanzando su grito de victoria. Estaba tan ocupado estimulando a sus tropas que se olvidó de protegerse. Un caballero llegó por su espalda y le cortó la cabeza, que echó a rodar por la pendiente, rebotando en los árboles. Algunos de los soldados juraron que la cabeza siguió lanzando exhortaciones a los bandidos, pero dudo que sea verdad. En efecto, sin pulmones que llevasen el aire a los órganos vocales, ¿cómo iba a gritar una cabeza?

»Sin embargo, el capitán Oswic era un combatiente tan ardiente que su cuerpo sin cabeza siguió blandiendo la espada para animar a sus hombres contra el enemigo. Pero, sin ojos para ver, sus golpes eran ciegos. Algunos bandidos, ante el espectáculo de su jefe reducido a tan triste estado, huyeron hacia el bosque. Todos los gestos frenéticos a que se entregó el cuerpo sin cabeza fueron incapaces de hacerles volver al combate. Y poco después, tres soldados rodearon a Oswic y le hicieron pedazos junto con los bandidos que no pudieron huir a tiempo. Desde entonces, las gentes de por aquí pretenden que en ciertas épocas, especialmente en las noches de luna llena, se ve el cuerpo sin cabeza del capitán Oswic cabalgando por las pendientes del monte Aravia agitando la espada.

—Una hermosa historia —comentó Jorian—. Y el fantasma de Oswic, ¿cabalga en el fantasma de su caballo?

Turonus se rió.

—Nadie lo ha dicho hasta ahora.

— ¿Le contáis esta historia a todos vuestros huéspedes?

—Claro que sí. Es un modo de entretener las largas veladas y a veces incita a mis huéspedes a contar otras leyendas.

Jorian estaba alerta por el nombre del posadero, el mismo que el del canciller de Xylar en la época de su ejecución abortada. Gracias a preguntas laterales, descubrió que aquel Turonus nunca había oído hablar de su homónimo, con el que no parecía mantener ningún parentesco. Jonan, pese a todo, consideró más prudente emplear uno de sus seudónimos, el de Nikko de Kortoli.

— ¿Se puede cruzar el bosque a caballo y luego seguir a pie? —preguntó—. No pienso pasar más de una o dos horas con Shenderu.

Turonus frunció el ceño.

—Sí, es posible, pero hay un tigre en el bosque que hace sus incursiones desde el lado mulvaniano. Abandonar a vuestra montura en las lindes de los bosques es el modo más seguro de perderla.

—En ese caso, ¿podría dejar aquí mi caballo hasta mi vuelta?

—Claro, es la costumbre. Ahora, tendréis que conseguir todo lo necesario para vuestra visita a la Gran Alma. Muchos peregrinos que vienen a consultar al Sabio pasan por aquí en verano, pero muy pocos en esta estación. Y, hablando de nieve, necesitaréis esto.

Turonus fue detrás de la barra del bar y sacó dos marcos ovales de madera con un

entrelazado de tiras de cuero.

— ¿Qué es esto? —preguntó Jorian.

—Raquetas de nieve. Os puedo alquilar un par por diez céntimos diarios. Os resultarán indispensables en el monte Aravia.

Jorian regateó para cerrar el precio en cinco céntimos diarios. No creía en la historia del tigre y sospechaba que el posadero la habría inventado para que dejase a Fimbri en su casa y así cobrarle la pensión del animal. Pero no podía estar seguro y, como no tenía tiempo para enterarse, aceptó la recomendación de Turonus. Cuando éste intentó venderle madera, la rechazó, diciendo:

—He comprado una sierra y un hacha para cortarla yo mismo.

—Bien. Ahora veamos, quizá queráis un guía. Con la nieve es fácil perder la pista y uno puede vagar durante días entre los picos antes de volver a encontrarla. Mi sobrino Kynoc es quien os hace falta, pues conoce la región de memoria.

Tras varias discusiones, Jorian contrató los servicios del sobrino de Turonus, un joven delgado de rostro liso e insignificante.

— ¿Cuánto tiempo necesitaremos para llegar a casa de Shenderu? —preguntó el ex rey.

—Tendremos que acampar al menos una noche antes de empezar la ascensión. Creo que lo mejor será hacerlo antes del límite de las nieves.

Cuando llegó el momento de partir, Kynoc observó la ballesta que Jorian llevaba atada a los lomos de la muía.

— ¿Tenéis intención de cazar en el camino, maese Nikko? —preguntó.

—Quizá —replicó el ex rey—. Harías bien en llevar otra.

De hecho, Jorian no quería cazar especialmente. Quería, sobre todo, encontrar a Shenderu, resolver sus problemas y volver lo más deprisa posible a Othomae. Pero, como en el pasado ya había sido perseguido por los xylarianos deseosos de devolverle a la ciudad para terminar la interrumpida ceremonia de sucesión, prefería mantenerse a cubierto. Iba armado con una espada y una daga, y llevaba también una ligera cota de mallas bajo el jubón.

— ¡Eh! —exclamó Jorian deteniéndose bruscamente.

El tiraba de la muía mientras Kynoc trepaba por la pendiente unos codos por delante suyo. El bosque había empezado a aclarar con la altitud. Una ligera película de nieve cubría el suelo entre los troncos oscuros de los desnudos árboles. Aquí y allí se alzaban los abetos, de verde oscuro a la luz y negros a la sombra.

— ¿Perdón? —dijo Kynoc, volviéndose.

— ¡Mira! —dijo Jorian, señalando una ancha huella en la nieve—. ¿Se trata del tigre que me dijo tu tío?

—Sí, es el viejo Ardyman el Terrible. Sujetad la muía, no vaya a escapar. Pensamos que Ardyman fue expulsado de su antiguo territorio por un felino más joven y que con la edad se ha convertido en un devorador de hombres. Hemos intentado cazarle con perros, pero ese maldito canalla siempre ha conseguido escapar.

La muía parecía haber percibido el olor del tigre, pues no dejaba de sacudir la cabeza y mover los ojos.

Como estaba anocheciendo, Jorian decidió acampar en aquel lugar. Ató cuidadosamente a Filoman, le pasó un bozal alrededor del cuello con un saco de comida y sacó el hacha y la sierra de su equipaje. Abatió y desramó cuatro arbolillos muertos que Kynoc cortó en trozos cilíndricos. Mientras tanto, el ex rey escrutó las tinieblas crecientes para detectar la eventual aproximación de la fiera.

—Lo mejor será encender una buena hoguera —dijo su compañero.

—Sin duda, pero intentemos no quemar nuestra madera, pues la necesitamos para

dársela a Shenderu.

Jorian pasó muy mala noche, durmiendo y despertándose a cada momento, esperando oír los gruñidos de un tigre. Poco antes del alba, constató que Kynoc, en su turno de guardia, se había dormido apoyado en un árbol. Sacudió al muchacho lleno de cólera.

—No te pongas tan nervioso, hombre de las tierras bajas. El tigre no se acercará mientras el fuego arda alto y fuerte, a menos que esté muy hambriento.

— ¿Y quién nos dice que no lo está? —protestó Jorian—. Ahora, vamos. Se anuncia el día.

—Deberíais poneros las raquetas —le dijo Kynoc, echando las suyas al suelo.

El ex rey aprendió que utilizar las raquetas requería un mínimo de práctica. Si se intentaba avanzar de manera normal, se andaba sencillamente sobre las raquetas. Lo que no dejó de hacer Jorian, que no tardó en encontrarse sobre la nieve. Se levantó jurando, bajo la atenta mirada de Kynoc, cuyo rostro estaba hendido por una amplia sonrisa.

—Tendréis que aprender a andar así —le explicó el muchacho, andando como un ganso para enseñarle.

Cuando Jorian terminó por dominar el arte de andar con las raquetas, pudo constatar que la muía se negaba a moverse, fuera por el peso de la leña o porque la pendiente era cada vez más accidentada. Durante el resto del trayecto, Jorian debió tirar de la cuerda con todas sus fuerzas, mientras que Kynoc azotaba la grupa del animal con una rama que el ex rey cortó de uno de los árboles.

—Maese Nikko —dijo súbitamente Kynoc—, venís de las tierras bajas y conocéis el mundo mejor que yo. ¿Es cierto que allí abajo cualquier mujer acepta acostarse con uno con sólo pedírselo?

A Jorian casi se le desorbitan los ojos. Le sofocaba la ascensión, pero el joven y patán montañés no parecía más incómodo que si tan sólo estuviera andando por la llanura. Tras recuperar el aliento, consiguió responder:

—Claro que sí. ¡Pero no todas, eso no!

—Decidme más cosas, por favor. Nunca lo he hecho, ni he visto a nadie que lo hicieran. Sólo sé lo que me cuentan mis amigos de sus aventuras con las mujeres, o las ovejas. Estoy convencido de que la mayor parte de las historias son mentira. Por favor, explicádmelo y decidme cuánto tiempo dura.

Cuando, poco después, hicieron un alto para descansar, Jorian le dio a Kynoc una lección sobre los rudimentos del sexo. El muchacho se bebía las palabras con tal intensidad que Jorian acabó por encontrarlo molesto.

—Os lo agradezco, maese Nikko —declaró Kynoc con más respeto del que manifestase anteriormente—. Mis padres murieron y mi tío y su mujer dicen que no son temas de los que deban hablar las gentes bien educadas.

El sol estaba muy alto en el cielo cuando los dos hombres y la muía empezaron a subir el sendero que conducía a la gruta de Shenderu. Los contrafuertes de los Lograms se amontonaban bajo sus ojos mientras que el claro sol matinal hacía brillar la nieve que coronaba las más altas cimas.

Descubrieron al ermitaño, medio oculto con una manta de lana parda, barriendo la terraza ante la entrada de la caverna. Shenderu era un hombre de edad madura, de sólida osamenta y la piel morena y la barba con estrías grises.

Jorian se dirigió a él en los siguientes términos:

—Os saludo, reverendo padre. Soy Nikko de Kortoli, y vengo por recomendación de vuestro amigo Karadur.

—Ah, el bueno de Karadur —dijo Shenderu en un novariano teñido de un fuerte acento mulvaniano—. ¿Esas cosas que lleva la muía son para mí?

—Sí, salvo las mantas y nuestros propios objetos personales. Necesito vuestros

consejos.

El eremita se sentó en el trozo de suelo rocoso del que había quitado la nieve acumulada durante la noche y dijo:

—Te escucho, hijo.

—Kynoc, descarga a Filoman y dale de comer —le ordenó Jorian a su guía.

Luego, volviéndose hacia Shenderu, continuó:

—Bien, padre Shenderu, mi problema es que...

El sol no estaba muy lejos del cénit cuando el ex rey de Xylar terminó su relato. Dejó hablar libremente a su talento de narrador, pero el sabio no parecía muy divertido. Jorian terminó con las siguientes palabras:

—... así que, ya veis, intenté atacar el palacio frontal-mente para liberar a mi bien amada y fracasé. Recurrí a la brujería, pero sin mayor fortuna. ¿Qué me queda?

Shenderu, con los ojos cerrados, reflexionó largamente, luego, al fin, alzó la cabeza y preguntó:

— ¿No has pensado en la corrupción?

Jorian se dio un golpe en la frente.

— ¡Por todos los dioses! —exclamó—. Ni se me había pasado por la mente.

El ermitaño sonrió.

—Toda empresa de cierta talla, ya se trate de una compañía de infantería, una armada, un navio o un gobierno, exige una gran cantidad de gente organizada en niveles de mando y pirámides jerárquicas. Allí donde exista una multitud, hay al menos un ser capaz de dejarse comprar.

—Pero, ¿cómo encontrar un sobornador de confianza?

—Tienes un hermano que puede acceder al palacio, ¿no es así?

Jorian se sobresaltó.

— ¿Cómo lo sabéis? No debéis ignorar mi verdadera identidad.

—He oído hablar mucho de ti, Jor... ¿Bajo qué nombre te presentaste allí?

—Nikko de Kortoli. Por razones evidentes, ni mi hermano ni yo deseamos revelar el parentesco que nos une.

—Comprendo, maese Nikko. Sin embargo, sé más cosas de ti de las que supones. Pero no temas nada, tengo la lengua tan firme como dice mi fama. Mis medios de subsistencia dependen en gran medida de mi discreción, ¿Sabe tu hermano mantener la boca cerrada?

—Creo que sí.

—Perfecto. Encárgale que descubra quién sería susceptible de dejarse corromper entre los empleados y los lacayos de palacio. Los jugadores inveterados son los primeros que hay que tentar, pues suelen estar entrampados hasta el cuello. Y ahora, acepta una colación en mi compañía antes de regresar al mundo de los comunes mortales.

Mientras reponían fuerza, el cielo se cubrió de nubes.

Kynoc declaró:

—Maese Nikko, me parece que deberíamos irnos ahora si queremos volver sin tener que pasar la noche a la intemperie. Además, se diría que va a llover o a nevar. A menos, claro, que prefiráis pedirle hospitalidad a la Gran Alma.

Jorian sacudió la cabeza.

—No, quiero volver cuanto antes al íbice de Oro. ¡En marcha! ¡Gracias y adiós, doctor Shenderu!

El descenso resultó mucho más fácil que la subida. La muía, libre de su carga de

madera y comida, se mostró muy dispuesta a avanzar, quizá porque barruntaba el olor del cómodo establo de Turonus.

No habían llegado al bosque cuando empezó a caer el chaparrón; el viento redobló y la lluvia que les azotaba el rostro estaba a punto de cegarles. Jorian intentó caminar hacia atrás, pero tropezó sobre una piedra y se encontró tendido cuan largo era.

—Mañana, voy a tener las nalgas moradas —murmuró, levantándose.

Tras una hora de avanzar difícilmente bajo un verdadero diluvio por pendientes deslizantes a causa de la lluvia, al fin llegaron al refugio de los árboles, por poco refugio que diesen sus desnudos troncos. El aguacero se calmó hasta detenerse. Se quitaron las raquetas.

Kynoc estornudó y declaró:

—Maese Nikko, me parece que tendremos que detenernos un rato para secarnos y comer algo.

— ¿Podremos llegar al albergue antes de la noche?

—Estoy seguro, señor. En el crepúsculo, estaremos ya en terreno familiar. Es una región que conozco como la palma de la mano.

—Perfecto. Ata a Filoman mientras corto algo de madera, esperando que no se haya mojado la yesca.

La yesca estaba seca, pero la madera no, de modo que a Jorian le llevó media hora poder encender un fuego. Kynoc y él tendieron sus ropas en unas ramas cercanas y luego exprimieron las mojadas mantas antes de colgarlas igualmente.

Se situaron tan cerca del fuego como se atrevieron, volviéndose lentamente para calentarse por todos lados. El sol de la tarde atravesó las nubes durante un instante, iluminando el bosque con sus rayos dorados. Todo estaba silencioso a excepción del crepitar del fuego y el ruido de las gotas de agua que caían de las ramas.

—No creo que consiga secarme más —declaró Jorian—. Kynoc, en el saco que llevo a lomos de Filoman hay un bidón de aceite y un trapo. Por favor, ve a buscarlos y ayuda a engrasar esta cota de mallas antes que se oxide.

El joven estaba ocupado frotando la cota de mallas cuando Jorian, súbitamente, se puso a escuchar.

— ¿No has oído una llamada? —preguntó.

—Sí, pero tan débil que apenas se oía.

Cuando Kynoc terminó con las junturas, volvió a oírse una llamada, más clara, pero aún muy lejana:

—¡Oh, Joriaaaaaaan!

—¡Síííííííí! —bramó el rey, examinando los alrededores.

— ¿Dónde estáis?

—Aquí.

— ¿Es vuestra la hoguera que veo?

La voz, vagamente familiar, se había acercado.

—Sí. ¿Quién sois?

Algo se movió entre los árboles que, poco a poco, fue adquiriendo la forma de una silueta humana que ascendía por el sendero. Jorian se puso las calzas y el jubón, aún húmedos, y sacó la ballesta y las flechas del morral atado a la muía.

Veía ya claramente al desconocido que avanzaba. Era alguien joven, con ropa de caza, sin más arma que un cuchillo pasado por la cintura.

El personaje que se acercaba le resultaba al ex rey tremendamente familiar, aunque no conseguía situarlo; luego, cuando llegó a la cresta, Jorian exclamó:

— ¡Por el gran Zevatas! ¿No sois hermano gemelo de una dama que conozco?

El desconocido se detuvo, visiblemente sin aliento. Cuando hubo recuperado la respiración, al fin pudo hablar:

—No. Soy la propia dama.

Margalit se quitó el capuchón de plumas, descubriendo sus rizados cabellos.

— ¡Por todos los dioses! Me alegra veros. Pero, ¿qué os trae hasta aquí vestida de hombre?

—He venido a advertiros. Los xylarianos os siguen. Incluso puede que ya estén trepando este mismo sendero.

—Pero... ¿cómo... cómo lo sabéis?

—Os lo contaré. Ha sido Vanora, la criada de Goania. Me pareció entender que ella os pidió que la dejaseis acompañaros en este viaje en calidad de amante y que la rechazasteis. ¿Me confundo?

—No. ¿Y qué pasó?

—La noche después de vuestra marcha, cené con el viejo mulvaniano, dama Goania y sus dos criados. Vanora estaba fuera de sí y se sintió dominada por un brusco acceso de remordimiento. A fuerza de lágrimas y sollozos, nos dijo que la misma mañana de vuestra marcha había enviado una carta a Xylar en la que informaba al gobierno de aquel país el lugar al que os dirigíais. En aquel momento, reconoció, estaba llena de odio y rencor y se felicitaba por poder asistir algún día a vuestra ejecución y aplaudir con los demás cuando cayera el hacha. Pero entonces, avergonzada de su gesto, se sintió totalmente embarazada. No dejaba de llorar y gemir, pidiendo para sí el castigo de los dioses; maldijo contra su pérfida naturaleza que la impulsaba a tan terribles actos.

— ¿Pero vos... cómo habéis...?

—Alguien tenía que venir a advertiros y yo era la única de nuestro grupo que era lo bastante joven y fuerte para hacerlo. Me puse esta ropa del hijo pequeño de Rhuys, pues mis propias vestimentas no son muy adecuadas a las cabalgadas y la escalada. También tomé el mejor caballo de Rhuys, sin su consentimiento, debe no reconocerlo, y me lancé siguiendo vuestra pista.

»La noche pasada llegué al íbice de Oro. Como estaba fatigada, me retiré temprano, pero me desperté cuando empecé a oír jaleo abajo. Esta mañana me levanté antes del alba y, durante el desayuno, la hija de Turonus me ha contado que un tal juez Grallon, un oficial xylariano, había llegado anoche con una escolta de seis hombres, a los que me describió como individuos altos y rubios con aspecto bárbaro. Creí reconocer en ellos a los laceros shvenianos y, para no retrasarme más, me lancé en vuestra busca inmediatamente.»

— ¿Los shvenianos estaban ya en pie cuando salisteis?

—No. La sirvienta me dijo que todos dormían como si hubieran estado borrachos. Pero, desde entonces, se habrán recuperado.

Jorian se mordió los labios.

— ¡Kynoc! —llamó—. ¿Puedes llevarnos al albergue por un camino que nos permita esquivar a nuestros perseguidores?

—Con la muía, no, sire. Esta senda es la única practicable para las bestias. Sin embargo, podría conduciros por un sendero en que, para poder descender, tendríais que agarraros a las raíces de los árboles.

—Sea cual sea mi repugnancia por tener que abandonar a Filoman, la idea del hacha de Uthar me seduce todavía menos —dijo Jorian—. Apaga el fuego, Kynoc. Voy a coger mis alforjas...

— ¡Demasiado tarde! —exclamó Margalit.

Unos gritos nacieron en la parte baja de la pendiente, y a lo lejos, entre los árboles, aparecieron unas siluetas. Jorian reconoció la voz del juez Grallon lanzando órdenes:

— ¡Allí están! ¡Allí, donde se alza el fuego de la hoguera! ¡Desplegaos! ¡Moruvikh, a la derecha! ¡Ingund, a la izquierda!

—No podremos perderle fácilmente en el bosque —dijo Kynoc—. Los árboles no tienen hojas. ¿Deshacemos lo andado?

El joven temblaba de nerviosismo.

—No. En terreno abierto, nos capturarían más fácilmente con ayuda de sus lazos y redes. ¡Ve a buscar la ballesta! Esta cresta nos permitirá contenerles. Esos canallas no suelen llevar armas arrojadizas. Vigila nuestros flancos mientras yo me ocupo de la vanguardia. Margalit, ayuda a Kynoc para que no nos cojan por la espalda.

Jorian tensó la ballesta, se tumbó sobre la capa de hojas muertas en el borde de la cresta y lanzó un profundo suspiro. Tres o cuatro hombres —no consiguió ver su número exacto— se movían entre los árboles. Cuando uno de ellos apareció en el sendero, Jorian gritó:

— ¡Atrás, canalla!

El hombre, un shveniano alto y rubio, se detuvo.

La voz del juez Grallon tronó a sus espaldas:

— ¡Avanza, gallina mojada! ¡No puede alcanzarte!

Jorian esperó hasta tener al hombre en la mirilla, luego, apuntó cuidadosamente, mirando a lo largo de la ranura, ajustó el tiro basándose en la distancia, lo modificó imperceptiblemente para corregir el viento y disparó.

El arco se destensó con un seco chasquido; la flecha salió disparada, se alzó silbando y se clavó en el pecho del shveniano. Kynoc descargó su arma, pero la saeta rozó una rama y ésta desvió su trayectoria.

El hombre que había sido alcanzado lanzó un grito y se derrumbó.

Grallon aulló:

— ¡Abajo todos!

Los otros shvenianos se apresuraron a obedecer y siguieron avanzando arrastrándose, ocultos en los repliegues del terreno.

Kynoc se levantó para volver a cargar y Jorian le gritó:

— ¡Échate!

— ¿Y cómo armo la ballesta? —preguntó el muchacho con voz doliente.

— ¡Mírame a mí! —respondió el ex rey.

Giró sobre la espalda, metió el dedo del pie en la correa

y tensó la cuerda con las dos manos hasta que quedó encajada en los huecos del gatillo. Luego, apoyándose en el vientre, colocó una flecha en la ranura.

—Nunca lo hubiera pensado —dijo Kynoc, admirado.

—Porque estás acostumbrado a los ciervos y a las liebres, que no devuelven las flechas. La próxima vez, espera mi orden para disparar. No podemos perder muchas flechas.

— ¡Adelante! ¡Adelante! —gritaba Grallon—. ¡Rodeadles y atacadles por todos los flancos a la vez! Sólo pueden ser dos o tres.

Jorian empezó a aullar.

—Promus, trae esas jabalinas de una vez y a ver si puedes atravesar a uno de esos canallas. Clotharo, coge las flechas y ocúpate de los que se acercan por el costado. Nors, dispón los escudos. Physo, ¿no te habrás olvidado de afilar las espadas?

Kynoc miró a su alrededor, sorprendido al oír aquellas órdenes dirigidas a guerreros inexistentes. Margalit, que lo había comprendido, respondió con voz alterada y que parecía masculina.

—Ya voy, señor. ¿Qué espada queréis? ¡Dejad que os ate la coraza!

Los shvenianos parecía que dejaban de subir.

Jorian le dijo al muchacho:

—Kynoc, ve entre los árboles y dime lo que hay en el flanco.

— ¡Seguid! —gritó nuevamente el juez Grallon—. ¡Avanzad! ¡Sólo es una trampa, no tiene a nadie! ¡Acercaos y lanzaos sobre ellos?

Una voz gutural le respondió en shveniano:

—En ese caso, ¿por qué no vas tú el primero?

La ballesta de Kynoc silbó y se oyó un grito de dolor. El sobrino de Turonus llegó corriendo:

— ¡He dado a uno! —exclamó, feliz—. Me parece que le he alcanzado en la pierna, pero no volverá a molestarnos.

—Eso los detendrá unos momentos —dijo Jorian—. Pero dentro de una hora o dos, la noche caerá y ni siquiera podremos alcanzar las pendientes del monte Aravia.

—Habría que dejar su compañía —propuso Kynoc.

Jorian se desplazó ligeramente, intentando localizar a los asaltantes. Pero los shvenianos avanzaban reptando por los repliegues del terreno, sin ofrecer el menor blanco, salvo, de vez en cuando, un trozo de nalga cubierto de cuero. Jorian disparó una vez, pero falló.

Finalmente, sin querer continuar en aquella situación sin salida, Jorian abandonó la posición que ocupaba tras la cresta.

—Kynoc —dijo—. Voy a intentar una carga de caballería. Desarzona a Filoman.

— ¿Cómo vais a dirigir a la bestia sin bridas?

—Me fabricaré unas.

El ex rey tomó la cuerda atada al cuello de la muía, se la pasó por la boca y la enrolló alrededor del morro. Filoman, molesta, no dejaba de sacudir la cabeza.

— ¿Ha sido educada para montar? —preguntó Kynoc.

—Pronto lo sabremos. Bueno, con esto podré guiarla siempre que no corte la cuerda con los dientes. ¿Puedes ayudarme a montar?

La muía, que no tenía silla, hizo que Kynoc le ofreciera las manos cruzadas. Jorian apoyó el pie y saltó a lomos de Filoman. No había montado a pelo desde hacía años y esperaba que sus músculos fueran aún lo bastante firmes como para sujetarle.

— ¡Bueno! —exclamó, sacando la espada y clavando los talones en los costados del animal.

Filoman se negó a avanzar. Jorian la golpeó en la grupa con la hoja de la espada, pero la muía se limitó a mover la cabeza y a lanzar una coz. El ex rey tuvo que agarrarse a las crines del animal para evitar la caída.

—Ve a buscarme las espuelas que llevo en las alforjas —le ordenó a Kynoc.

Margalit había anticipado sus deseos nuevamente y ya estaba rebuscando en el equipaje. No tardó en ponerle las espuelas.

— ¡Adelante! —gritó nuevamente Jorian.

La muía resopló y saltó hacia adelante; casi hizo caer al jinete. Cuando hubo recuperado el equilibrio, Jorian intentó guiar al animal gracias a la improvisada brida. Pero Filoman no prestaba atención a la cuerda. Empezó a galopar en círculo, derribando a Kynoc al pasar, y luego se lanzó hacia el bosque corriendo desesperadamente.

Justo delante se encontraba la manta que Jorian puso a secar sobre una rama. La muía se lanzó directa hacia ella, agachando la cabeza, imitada por su jinete que quiso evitar

Librodot

el golpe contra la rama. Se dio de cara con la manta, la arrancó y ésta le envolvió la cabeza y los hombros, cegándole totalmente.

— ¡Alto! —aullaba Jorian—. ¡Alto!

Tiró de la cuerda con todas sus fuerzas, pero en vano.

Ante él, oyó alzarse un aullido de terror, luego, unos gritos en shveniano:

— ¡El fantasma de Oswic! ¡El jinete sin cabeza! ¡Todo está perdido! ¡Huyamos!

Se oyeron los ruidos de unas carreras desesperadas. Un hombre tropezó, se levantó jurando y volvió a correr a toda velocidad. La muía, embalada, se lanzaba a derecha e izquierda, intentando librarse de su jinete. Jorian soltó la cuerda y agarró las crines del animal.

Filoman se detuvo bruscamente y el ex rey de Xylar pasó por encima de su cuello. Aterrizó entre las matas mientras la manta volaba por el aire, liberándole. Arañado y dolorido, se puso penosamente en pie y se lanzó a por la cuerda antes de que Filoman huyese.

Vio entonces un curioso espectáculo. El juez Grallon, con su barba gris, estaba arrodillado en medio del bosque y, con los ojos cerrados, rezaba. No se veía a los laceros shvenianos, salvo a uno que, cojeando, se alejaba; Jorian dedujo que era el que Kynoc había herido en la pierna y que sus compañeros sanos habían abandonado. En lo alto del sendero, a la distancia de medio tiro de ballesta, yacía el cuerpo del hombre al que él mismo abatiera.

El ex rey recogió su espada y avanzó hacia el juez tirando de la cuerda de Filoman.

— ¡Levantaos! —ordenó.

Grallon abrió los ojos.

— ¡Rey Jorian! —exclamó—. Creí que era el fantasma sin cabeza de que nos habló el posadero. Como tengo demasiada edad para huir con esos cobardes supersticiosos, confesaba mis pecados a Imbal, esperando que cada instante fuese el último. ¿Qué exigís de mí? ¿Mi vida?

—Todavía no —replicó Jorian—. Os necesito como rehén. ¡De pie! Tomad esa manta y echad a andar. Al primer gesto sospechoso, os transformo en fantasma sin cabeza.

—Pero, Su Majestad —protestó Grallon—. Sólo cumplo con mi deber. No quiero decir con ello que debáis imitarme y participar en la ceremonia de sucesión.

—No hablemos de eso. ¡Recoged la manta!

Jorian notó que el juez miraba a sus espaldas con expresión inquieta. Se volvió bruscamente y distinguió una forma con rayas de color naranja y negro entre los árboles. El tigre, pues de él se trataba, se dirigía hacia el lugar en que estaba tendido el shveniano al que alcanzase Jorian. El felino inclinó la cabeza para olisquear el cuerpo, luego la alzó para mirar a los dos hombres que se alejaban. Sus grandes ojos amarillos parpadearon; luego, bajó de nuevo la cabeza. Sin el menor gruñido, clavó los colmillos en la carne de la víctima.

El shveniano, que todavía no estaba muerto, lanzó un débil gemido, pero el tigre sujetaba la presa firmemente y empezó a retirarse tranquilamente hacia el bosque arrastrándole consigo.

—Su Majestad, si se me permite, es un miserable —dijo Grallon—. Odovald era el mejor elemento de la escuadra, y le habéis abatido. Si estuviéramos en Xylar, responderíais de este crimen.

— ¡Huevos de caballo! —replicó Jorian con una mueca—. Le dije que me dejara en paz. Y no me hizo caso, por lo que tuve que defenderme. Además, no he sido yo, sino el tigre, quien le ha matado. Ahora, basta de trucos legales. ¡Adelante!

Poco después del crepúsculo, el juez Grallón, con las muñecas atadas por una tira arrancada de la manta de Jorian, atravesaba titubeante el patio de El íbice de Oro, seguido por el ex rey, que le apoyaba en la mejilla la ballesta, Margalit y Kynoc, este último tirando de la muía.

A una orden de Jorian, el joven entró en el albergue para salir acompañado de su tío Turonus que, al ver el espectáculo, silbó suavemente.

— ¿Qué ha pasado, maese Nikko? —preguntó—. ¿Una disputa, una emboscada? No quiero nada así en mi establecimiento...

—Poco me importa vuestro establecimiento —replicó el ex rey—. Vuestros huéspedes querían mi cabeza. Dadme la cuenta, por favor.

Turonus sacó del bolsillo del mandil una pila de tablillas de maderas unidas con un cordón. Las miró buscando la de Jorian y, al encontrarla, se la entregó.

—También la suya —exigió Jorian.

Le entregó la bolsa a Margalit pues no quería tener que ocuparse simultáneamente de la bolsa y del arma. Mientras Margalit contaba la cifra exigida, los shvenianos aparecieron en el umbral del albergue.

— ¡Honorable! —gritó uno de ellos echando mano al pomo de la espada—. ¿Qué os ha pasado?

— ¡Retroceded! —se apresuró a ordenar el juez—. ¡Hacedlo antes de que este loco me atraviese con una flecha!

—Ahora, Honorable —dijo Jorian sonriendo—, vamos a dar un paseo. Kynoc, ensilla el caballo del juez y ayúdale a subir; luego, ocúpate del de la dama y del mío.

Unos minutos más tarde, Jorian y Margalit tomaban la ruta que conducía Othomae. Jorian conducía la muía mientras que el juez, agarrado a las crines de su montura con las

manos atadas, era duramente sacudido sobre la espalda de un caballo tan viejo y gordo como él.

—Os estaré eternamente agradecido por lo que habéis hecho, lady Margalit —declaró Jorian—. ¿Por qué tantos esfuerzos y riesgos para salvar una vida tan indigna como la mía?

—Como os he dicho antes, me siento responsable por vos ante los ojos de Estrildis. De hecho, no os he salvado, pues los shvemanos ya andaban tras vos. Ha sido vuestro propio valor quien os ha sacado adelante.

El ex rey ahogó una carcajada:

—Si supierais lo mal que lo he pasado sobre esa maldita muía, con la manta que me cegaba... en fin, Karadur siempre me reprocha que sea tan modesto. En todo caso, me advertisteis y así pude disponer de los momentos necesarios para prepararme. Cuando decidáis casaros, sabed que os merecéis al mejor de los esposos. Ah, si yo no fuera un hombre casado y fiel...

Sintiendo que estaba a punto de decir algo que más tarde lamentaría, Jorian se cayó y se contentó con mirar la ruta que se extendía ante él.

VI EL REY Y LA SIRENA

CABALGABAN en la oscuridad desde hacía horas cuando el juez Grallon preguntó:

— ¿Dónde me conduce Su Majestad? Voy a necesitar todo un día para volver.

—No volveréis —replicó Jorian—. Os llevó a Othomae.

— ¡Por la verga de hierro de Imbal! ¿Por qué? ¿Pensáis ejecutarme allí?

—En lo más mínimo, Honorable. Os voy a confiar una misión para la que sois el único adecuado.

— ¿Una misión? ¿Os habéis vuelto loco? ¿Qué misión podría efectuar por vos?

—Servir de mediador en un conflicto. Recibiréis los honorarios habituales y seréis devuelto a Xylar sin sufrir el menor daño.

— ¡Es la proposición más extraña que me hayan hecho nunca! —exclamó Grallon—. ¿Cómo podéis confiar en mí contando con un veredicto favorable después de lo mal que me habéis tratado?

—Porque os conozco desde hace mucho tiempo, desde la época en que era rey. ¿Aceptáis?

Grallon dudó antes de responder.

—Sólo si me garantizáis que podré cumplir con mi oficio honorablemente, sin condiciones ni restricciones.

—Tal es mi deseo. No os pido que juzguéis en mi favor debido a mis relaciones con Xylar, y mucho menos que toméis partido por mi adversario a causa de las medidas draconianas que he tenido que adoptar para protegerme.

—En ese caso, perfecto —dijo Grallon—. Mientras tanto, sufriré el martirio de ir atado a lomos de esta maldita bestia. ¿No podríais soltarme las manos? ¿Queréis que pasemos la noche fuera?

—No. Pronto llegaremos a otro albergue.

— ¿Quién es esta joven?

—Ya lo sabréis.

—Decidme solamente si es hombre o mujer.

—Tampoco. Ah, me parece ver una luz entre los árboles. Cuando entremos, no os olvidéis que soy Nikko de Kortoli, maese Grallon. Y no intentéis pedir ayuda, pues somos muy conocidos en territorio de Othomae. ¡Ya sabéis el amor recíproco que sienten Othomae y Xylar! ¡Se limitarían a invitarme a daros una patada en el culo en su nombre!

En la posada, Jorian tomó una habitación doble. No dio ninguna explicación sobre la presencia de Margalit ataviada con ropa masculina. Si alguien notaba las formas indudablemente femeninas que se dibujaban bajo su jubón, se guardó de hacer la menor observación ante una persona de tan fiero aspecto como el ex rey de Xylar.

Dejando que el tabernero les calentase algunos restos como cena, Jorian hizo subir a su habitación a sus dos compañeros de viaje. Mientras dejaba las maletas, Margalit se quitó el sombrero con pluma, liberando sus rizados cabellos.

— ¡Ahora os reconozco! —exclamó el juez Grallon—. Sois la dama de honor de la reina, Margalit de Totens. Había oído que desaparecisteis de palacio. ¿Qué hacéis aquí? ¿A qué toda esa historia de un demonio púrpura que os arrebató de las habitaciones de la reina?

—Un poco de brujería que funcionó mal —replicó Jorian.

— ¡Pero eso no explica cómo pudo estar a vuestro lado en las laderas del monte

Aravia! ¡Y además disfrazada de hombre! ¡Se volatilizó del palacio en el mes del águila y casi estamos en primavera! ¿Qué habéis estado tramando los dos durante todo este tiempo?

—Basta de preguntas —le cortó Jorian—. ¡Vos sois el prisionero, no nosotros!

El juez se volvió hacia Margalit:

—Pero vos, lady Margalit... ¿Qué hacéis aquí? ¿Tramáis algo con este rey fugitivo?

—Bien... a decir verdad... —empezó Margalit.

Luego vio que Jorian se ponía detrás del magistrado y le hacía un signo de silencio poniéndose la mano en la boca.

—Tendréis que hablar con maese Jorian —continuó.

— ¡Ah, si estuviéramos en Xylar, ya estaríais entre rejas por ayudar a conspirar a este rey felón!

— ¿Felón? —preguntó Jorian.

— ¡Felón, sí! Es un crimen odioso el que un rey escape a un destino fijado por nuestras leyes de inspiración divina. Si algún día podemos obligaros a que volváis a cumplir con vuestro papel en la ceremonia interrumpida con tanta impiedad, seréis azotado antes de ser decapitado gracias a vuestra irreligiosa actitud.

—Gracias por la advertencia —dijo Jorian—. Procuraré no dejarme coger.

El juez cerró los puños, pataleó y adquirió un tono rojizo a causa de la virtuosa indignación que sentía, pero tal era su cólera que no consiguió articular la menor palabra. Finalmente, bajó los brazos, arqueó los hombros y se limitó a murmurar:

— ¡Que vergüenza! ¡Que vergüenza! ¡Habéis perdido todo sentido de la moral!

—Perdido o no —replicó el ex rey—, el posadero nos ha preparado algo de comer. Me parece que una tripa llena os permitirá soportar mucho mejor mis depravaciones.

Después de cenar, Jorian se apresuró a volver con sus compañeros a la habitación.

—Margalit —dijo—, el juez ocupará la cama y nosotros, por turno, dormiremos a su lado mientras el otro le vigila.

Grallon gimió:

—Si se enteran que he pasado la noche en la misma cama que esta joven, mi reputación en el seno de la magistratura quedará manchada para siempre, sin hablar de lo que tendré que oír de mi propia esposa.

—Cuando digo «dormir», quiero decir dormir, nada más —replicó Jorian—. De todos modos, si no abrís la boca, nadie sabrá nada. ¿Qué os parece, Margalit?

Ella se echó a reír.

—En el punto en que estoy, un escándalo más o menos poco importa. Os lo prometo, Honorable: no haré ningún intento poco honroso.

—Y ahora —dijo el ex rey—, su Honorable me entregará las botas, el cuchillo y la bolsa.

— ¡Ah! Así que Su Majestad es ladrón además de raptor, ¿eh?

—En lo más mínimo. Todo os será devuelto en su momento. Sólo quiero asegurarme de que, si el encargado de vigilaros se duerme, no aprovechaseis la ocasión para apuñalarnos en el sueño y luego huir. Margalit, mientras estéis de guardia, por favor, instalaos sobre las cosas del juez.

El regreso a Othornae exigió media jornada más que el viaje de ida. Jorian se dio cuenta de que la presencia de los dos compañeros frenaba su marcha inevitablemente, tanto por la edad de uno de ellos como por la fatiga que demostraba su caballo. Llegaron al mediodía de la cuarta jornada después de salir de El íbice de Oro y estaban demasiado agotados para ocuparse en el acto del asunto que oponía a Jorian y Abacarus. El ex rey hizo, sin embargo, llegar mensajes a Goania y a Karadur, así como al brujo filósofo, por mediación

de uno de los hijos de Rhuys.

A la hora de la cena, Goania y Karadur se reunieron con los viajeros en El Dragón de Plata. Iban seguidos por Boso, a quien Jorian saludó de mala gana.

— ¿Dónde está Vanora? —preguntó.

—Supongo que Margalit te habrá puesto al corriente de su traición y de su confesión —respondió la bruja—. Le notifiqué que si volvía hacer algo parecido me libraría de ella. Se arrastró durante unos días por la casa, pero, cuando gracias a mi segunda visión descubrí que había escapado de los laceros estabas en ruta hacia Othomae, reunió sus pocas cosas y desapareció. Debió pensar que la matarías a tu vuelta.

—No mato mujeres —dijo Jorian—. ¡Pero me hubiera gustado arrancarle la piel de las nalgas!

Cuando al fin estuvo convencido de la identidad del juez Grallon, el doctor Abacarus aceptó el arbitraje de tan distinguido jurista. Jorian y él redactaron sin más querellas una exposición de los hechos y se la entregaron a Grallon. Luego, cada uno de ellos hizo valer sus argumentos mientras el otro podía rechazarlos.

Cuando terminaron, el juez Grallon se retiró a deliberar. Mientras esperaban, Abacarus y Jorian jugaron a las damas para matar el tiempo. El ex rey se consideraba un buen jugador, pero el brujo le batió tan fácilmente que Jorian sospechaba que habría recurrido a la magia para ganarle.

Grallon volvió finalmente y declaró:

—Tras madura reflexión, debo pronunciarme en favor de maese Jorian. Doctor Abacarus, vuestro acuerdo estipulaba que mis honorarios serían pagados por el perdedor. Diez reales, por favor.

Abacarus contó el dinero con la expresión de alguien que está mordiendo un limón.

—Diez reales es muy buena suma para una mañana de trabajo —murmuró.

—Es la tarifa habitual, señor. Vuestro contrato prohíbe

igualmente que cualquiera de las partes pueda volver a molestar a la contraria por mediación de espectros, cobradores o cosas parecidas. ¿Está bien?

Abacarus, con los labios fruncidos, asintió.

Jorian acompañó al juez.

—La primera diligencia de estación parte mañana hacia Xylar —dijo—. Os he reservado plaza. Permitidme que os dé las gracias por el equitativo veredicto que me habéis dispensado.

—No me debéis gratitud alguna —gruñó Grallon—. No he hecho más que lo que creía justo. No os ocultaré que no he sido totalmente insensible al hecho de que, si Abacarus acababa llevándoos a la cárcel por deudas, nuestras oportunidades de devolveros a Xylar se verían muy menguadas. Por otra parte, ese canalla merecía perder. Me dijo al oído que, si fallaba a su favor, estaba dispuesto a compartir la suma conmigo.

Aquella noche, en el albergue, Jorian le informó a Margalit de la inminente marcha del juez.

—Supongo que debería volver con él a Xylar —le dijo.

—Mejor que no. ¿Recordáis que os acusó de ser cómplice de mis crímenes? Si volvéis a Xylar, os denunciará a las autoridades.

»A su modo, es un verdadero fanático. Bajo mi reinado, era un perfecto presidente de tribunal, imposible de romper e intimidar. Ya visteis que no se amilanó aunque tuve su vida en mis manos. Pero esas virtudes son muy molestas cuando uno está al otro lado de la ley que él defiende, por absurdo que suene. Y prefiero que vuestra cabeza siga donde está.

Le habló a continuación de su charla con Shenderu y concluyó preguntando:

— ¿Conocéis a alguien cercano de la corte que sea susceptible de dejarse comprar?

Shenderu me dijo que los jugadores suelen ser los más fácilmente sobornables.

Margalit frunció el ceño.

—Esperad que lo piense. ¡Ah! ¡Sí! El delegado de Estrildis. Se llama Thevatas. Es ciego seguidor de las carreras de caballos, pero no creo que nunca se haya entregado a las malversaciones. Cuando vuelve de las carreras, si ha ganado, no deja de elogiar la belleza y la velocidad del caballo sobre el que apostó, pero, si ha perdido, no deja de repetir que el animal sólo era bueno para la carnicería.

—Si conozco bien a esa gente —dijo Jorian—, se habrá gastado todo el dinero de mi bien amada para suplir sus pérdidas. Ya veremos lo que podemos hacer con él.

-¿Y eso?

—Más vale que no sepáis nada. Me basta con deciros que me iré el mes que viene. Entretanto, tengo que encontrar un modo de ganarme la vida. El molino está cerrado hasta la colecta de primavera.

Cuando Jorian acompañó al juez Grallon hasta la diligencia, le dijo:

—Honorable, os recomiendo que advirtáis al Consejo de Regencia que no envíe más escuadras en mí busca. Tengo cierta influencia ante el gran duque y éste me ha asegurado que consideraría cualquier nueva tentativa como motivo de guerra contra Xylar.

Era un farol; Jorian nunca había visto al gran duque y había esperado al último minuto para lanzar aquella advertencia para que el juez Grallon no tuviera tiempo suficiente como para verificar la historia.

—Oído queda, Su Majestad —murmuró el magistrado subiendo a la diligencia, que se alejó traqueteando por el camino de Xylar.

A Jorian le habría gustado volver a su Ardamai natal tras la marcha de Grallon, pero perdió la primera estación de la temporada hacia Vimdium y la siguiente saldría en tres semanas. No podía emprender aquel viaje a caballo pues Fimbri, el capón en que se dirigió al monte Aravia, sufría alguna enfermedad equina de los pulmones que le dejaba inútil para los largos viajes. Jorian tenía demasiado buen corazón como para vendérselo al descuartizador y siguió ocupándose de él hasta que un día lo encontró muerto en la cuadra. El carnicero recuperó los huesos de Fimbri al precio más bajo del mercado.

El ex soberano decidió no comprar de inmediato otro caballo. Un buen caballo le costana más de lo que podía permitirse, y, además, había cabalgado tantas leguas que de momento estaba más que satisfecho.

Ganó algunos reales trabajando como ayudante de Tremorin, un maestro de armas de la ciudad de Othomae. Incluso estudió instalarse con aquella profesión por su cuenta, pero una rápida encuesta le demostró que era imposible. En primer lugar, los tres armeros de la ciudad se aliarían para librarse del recién llegado, incluso contratando esbirros para que le diesen una paliza o le matasen. Además, si conseguía establecerse, el gran duque cargaría sus ganancias, además de con los impuestos habituales, con una sobretasa por su condición de extranjero.

Un día, Jorian vio en el cartel de anuncios de la plaza un prospecto que anunciaba:

MERLOIS, HIJO DE GAUS, PRESENTA

su extraordinario, inigualable e insuperable compañía de teatro, los Incomparables, en dos nuevas obras de Pselles de Aussar: EL VAMPIRO INOCENTE y HABITACIÓN EQUIVOCADA, lo mismo que una reposición del gran clásico de Physo, LA CORONA DE OROPEL.

También había información acerca de la hora y el lugar de las representaciones, lo mismo que sobre el precio de las localidades. Jorian consiguió saber que el cartel había sido colocado por un hombre que Merlois envió por delante. Este le dijo que la compañía llegaría al mediodía.

Cuando Merlois descendió del carruaje, encontró a Jorian esperándole. Con gritos de alegría, el viejo comediante y el ex soberano se abrazaron. Merlois murmuró:

— ¿Qué nombre utilizas ahora?

—Nikko de Kortoli. ¿Así que al fin tienes compañía propia?

—Sí. Estaba ya un poco viejo para andar subiendo a balcones, matar dragones y repartir estocadas entre mis compañeros, tal como exigen las tiránicas leyes de mi profesión. Oh, claro, todavía interpreto pequeños papeles; soy un buen brujo en El 'vampiro inocente. Cuento contigo para asistir a las representaciones bajo pena de provocar mi augusto enfado. Toma, llévate estos billetes.

— ¿Podría llevarme uno para una de mis amigas? —preguntó Jorian.

¡Ja, ja! ¡Siempre el mismo! ¡Claro que sí, toma! Si quieres, tráete todo un harén.

—No tanto. Se trata de una camaradería fraternal. Mi corazón sigue perteneciendo a Estrildis, cautiva en Xylar. Supongo que El vampiro inocente no será un espectáculo de miedo, ¿verdad?

— ¿Y cómo? La sangre se te helará en las venas, tu palpitante corazón se detendrá y tus ojos se saldrán de las órbitas como los de un caracol.

—Y Habitación equivocada, ¿es una comedia?

— ¿Sale el sol por el este? ¿Devora el tigre a sus presas? ¿Cae el agua en forma de cascada desde lo alto de las montañas? Es el manantial, la cima, el apogeo, el epítome de la comedia. Te morirás de risa, te retorcerás hasta que las costillas te duelan tanto como si te hubiera machacado a mazazos todo un regimiento de salvajes ellornianos. Tengo que advertir a las personas de corazón débil que no asistan al espectáculo porque se podrían morir de risa. Sin embargo, hay algo que me inquieta.

— ¿A saber?

—Es una pieza muy corta, en dos actos. Necesito reforzarla un poco para que el caprichoso público no se sienta un poco timado. Tuvimos malas críticas en Vindium.

— ¡Hummm! —dijo Jorian—. Desde mi evasión de Xylar, he aprovechado algunas veces mis talentos de narrador. Y, gracias a los cursos que me diste como previsión a mi huida, me vanaglorio de tener cierta experiencia en escena.

Merlois asestó una enorme palmada en la espalda de Jorian.

—Justo lo que necesito! —exclamó—. Zevatas te ha enviado como respuesta a mis plegarias, o, al menos, lo habría hecho si se lo hubiera pedido. Subirás a escena entre los dos actos y contarás una de tus fascinantes, cautivadoras, embrujadoras y fantásticas historias. Recuerdo que yo mismo tuve el privilegio de oírte cuando yo enseñaba el arte de la comedia al rey Jorian.

— ¿Me pagarás?

—Claro. La tarifa habitual fijada por el Gremio de Actores menos tu cotización a la cabala de los explotadores. Cuando yo sólo era un comediante, pensaba que los productores eran los peores tiranos, opresores, chupones y bandidos del mundo. Y ahora que soy productor, me parece que los actores son los más vagos, inestables, vanos, arrogantes, caprichosos, irracionales, indignos de confianza y disolutos que existen; en pocas palabras, que no son buenos para nada.

Cuando el telón cayó al final del primer acto de Habitación equivocada, Jorian le rogó a Margalit que le perdonase y se dirigió hacia las bambalinas. Unos instantes más tarde, Merlois subía al escenario para presentar al «célebre, renombrado, encantador, universal, divertido, en resumidas cuentas, el irresistible narrador Nikko de Kortoli».

Jorian hizo una reverencia y declaró:

—Voy a contar la historia de un antiguo rey de Kortoli llamado Forbonian, que amó a una sirena. Sabed que desde el reinado de Ardyman el Terrible, todos los soberanos de Kortoli llevan un nombre que empieza por «F». Este Forbonian era bastante buen rey, no tan brillante como Fusinian el Zorro, pero bastante más que Forimar el Esteta. Forbonian tenía por costumbre mezclarse con su pueblo para ver cómo ejercitaba su talento sus subditos, sin desdeñar la ocasión de echar mano a un arado, practicar el oficio de tejedor o

empuñar un martillo. Así se encontró un día en la aldea de pescadores de Storum y se puso ayudar a los hombres a recoger la red que habían lanzado.

»La red parecía anormalmente pesada y, cuando con numerosos esfuerzos y gruñidos reales la llevaron a la orilla, descubrieron que una sirena verdadera y palpable estaba presa en las mallas. No parecía especialmente contenta por haber sido arrancada de su elemento natural y empezó a lanzar imprecaciones a los pescadores en su propio idioma, por lo que nadie la entendió.

»Un viejo lobo de mar tomó la palabra:

»—Su Majestad, estamos en un problema. Aunque no entiendo lo que dice, sé por mi bisabuelo que las sirenas amenazan a los que las capturan con las peores tormentas y naufragios, y que esas calamidades que anuncian nunca dejan de producirse. Tenemos que matarla y mandarla al interior antes de que vuelva con los suyos y vuelva la naturaleza y a ellos contra nosotros.

»—Me parece una medida muy radical —replicó el rey—. No puedo hacer eso con esta hija del mal. Yo también me sentiría muy mal si la gente de su pueblo me atrapase en una red y me llevase a su líquido elemento. Dejad que la lleve a palacio. Intentaré ganarme su amistad tratándola bien.

«Forbonian reunió a su guardia personal. Los hombres fabricaron una litera con unos postes y ataron bien a la sirena, aunque ella se debatió y mordió incluso a uno de los guardias con sus afilados dientes de pescado. Cuando estuvieron de regreso en la ciudad de Kortoli, el rey ordenó a sus hombres que echaran a la sirena a la real piscina, labrada a cielo abierto en uno de los patios del palacio. Su encuentro con el agua pareció calmarla un poco, aunque continuó lanzando injurias y maldiciones.

»Aquel mismo día, Forbonian empezó a educar a la hija del mar. Su primera tarea consistió en establecer un medio de comunicación. Empezó a recompensarla con un pececillo cada vez que ella aprendía una nueva palabra novariana. Pasados quince días, la sirena sonreía abiertamente cuando se acercaba la hora de la lección. Y un día le dijo al rey:

»—Rey, sois buen hombre. Mi amar vos.

»Forbonian pasaba cada vez más tiempo junto a su sirena, incluso olvidando los asuntos reales. Como nadie podía pronunciar su nombre en su lengua materna, el soberano la bautizó corno Lelia.

«Permitidme el inciso de precisar que las verdaderas sirenas no se parecen a las que pintan los artistas. Si imagináis una parte inferior más o menos parecida a la cola de una marsopa y un busto híbrido del de un ser humano y una foca, os haréis una idea de su apariencia. Ella tenía unos brazos casi humanos, salvo que sus manos eran palmeadas. Su rostro era más o menos humano, pero tenía la mente y el mentón huidizos. Cuando nadaba, se levantaba para llevar la nariz por delante, como las focas, mientras que la cabeza, el cuello y el cuerpo formaban un solo bloque. Bajo el agua, sus narices se cerraban herméticamente, como las de un otario.

»Además, tengo que añadir que las verdaderas sirenas no pueden apoyar las nalgas en los bajíos para peinarse sus largos cabellos colocados por encima del majestuoso pecho. No tienen nalgas, sus senos son pequeños y apenas se destacan de su silueta pisciforme; sus cabellos son una masa de pelo corto, de foca, aplastado sobre el cráneo. Creo que pocos de nosotros encontraríamos atractivas a tales criaturas, aunque, como el tigre o el caballo, poseen una belleza propia.

»Sin embargo, un sentimiento de simpatía mutua nació entre Lelia y el rey, de modo que el monarca cada vez pasaba más y más horas al borde de la piscina para instruirla. Incluso llegó a desvestirse para bañarse con ella, pretendiendo que ella le enseñaría nuevos modos de nadar.

»La esposa del rey Forbonian era Dionota, hija del usurpador hereditario de Govannian. Dionota era una mujer encantadora, pero, ¡ay!, poco tratable. Su voz era hueca a fuerza de gritarle a su marido o a cualquiera que se encontrase al alcance de su voz en sus numerosos ataques de cólera. Y entonces estaba celosa de Lelia a pesar de las confirmaciones de Forbonian que decía que la sirena no significaba para él más que un caballo o un perro.

«Finalmente, un día en que el rey estuvo ocupado fuera del palacio, Dionota entró en el patio donde se encontraba la piscina y volcó en ella un cubo de lejía. Quizá pensó que la lejía mataría a Lelia en el acto, pero, en todo caso, no era consciente de los avances de la sirena en el dominio del novariano, lo que le permitiría contarle a Forbonian la tentativa de la que había sido víctima.

»Los gritos de Lelia atrajeron al rey, que descubrió a la sirena retorciéndose de dolor sobre las piedras del borde de la piscina; con la piel irritada y cubierta de llagas. Llamó al médico real, que usó varios frascos de bálsamo para curar las heridas de Lelia, y luego mandó vaciar y limpiar la piscina antes de que la llenaran de nuevo.

»Lelia le contó a Forbonian lo del cubo de lejía, aunque ignoraba lo que era la lejía, pero las causas de sus sufrimientos eran fáciles de adivinar. Loco de rabia, el rey fue junto a Dionota y gritó:

»— ¡Esta vez ha terminado, maldita zorra! ¡Haz las maletas y lárgate! Disuelvo nuestro matrimonio y te devuelvo a tu padre.

»—Dicho y hecho. Un mes más tarde, Forbonian recibió una carta del usurpador hereditario de Gonnannian que le decía:

»"¡Maldición! Creí haberme librado de esta maldita gritona cuando te la endosé, pero mi suerte no ha durado. Voy a tener que casarla con el tirano de Boaktis, cuya mujer acaba de morir."

»Forbonian se echó a reír, pues no ignoraba las disensiones que existían entre el usurpador y el tirano. Así, bajo el pretexto de cimentar su eterna amistad, el usurpador iba a hacerle una verdadera jugada a su enemigo.

»Ya no había más obstáculos entre el rey y su sirena. Un día, el monarca le declaró:

»—Lelia, te amo con todo mi corazón. ¿Querrías casarte conmigo?

»—Pero, mi rey, ¿cómo? —Contestó la sirena—. Vos y yo somos de especies diferentes.

»—Oh —replicó Forbonian—. Encontraremos una solución. ¿De qué sirve ser rey si no puedo hacer cosas imposibles para el común de los mortales?

»Forbonian fue a ver al gran sacerdote de Zevatas para pedirle que santificase su unión, pero éste se negó con un estremecimiento de terror. Los sacerdotes de Heryx tuvieron la misma reacción. Finalmente, el soberano se contentó con promulgar un real decreto que hacía de Lelia su legítima esposa.

»Y se planteó el problema de la consumación de aquel matrimonio tan poco convencional. Las puertas que daban acceso al patio fueron cerradas cuidadosamente y no hubo más luz que las del cielo estrellado y las pocas velas que el rey hizo instalar en las losas que rodeaban el estanque. Forbonian le dijo a su esposa:

»—Mi muy querida Lelia, si quisieras subir a esas piedras, podríamos hacer lo que tenemos que hacer.

»A Lelia no le gustaba estar fuera del agua, pues decía que el aire seco le irritaba la piel, pero, con todo, lo intentó.

«Sabiendo que su intimidad estaba a salvo, el rey, un hombre de más o menos mi talla, se despojó de la ropa y empezó a acariciar a la sirena. Cuando la juzgó preparada, quiso tomarla pero, aunque lo intentó, no consiguió penetrarla. Acabó por gritar:

»—¡Por todos los diablos, Lelia? ¿Cómo lo hacéis?

»—Lo siento —respondió ella—, pero mi orificio se cierra cuando estoy fuera del agua. Aunque quisiera, no podría abrirlo. Además, encuentro muy desagradable que me aplastes con tu peso contra las piedras. Nosotros siempre copulamos en el agua.

»—Entonces, a la piscina —dijo el rey.

»Ambos se dejaron caer al agua y Lelia siguió contando:

»—Nosotros empezamos por acércanos de costamos, luego giramos para darnos la

cara y, cuando nos hemos enlazado, giramos para poder respirar por turnos. Como sabéis no somos peces y no tenemos branquias, por lo que, como vosotros los humanos, debemos respirar.

»Durante todas aquellas explicaciones, el agua fría desanimó a Forbonian, pero, acariciando y abrazando a Lelia, consiguió recuperarse. Cuando intentó interpretar el papel de tritón recién casado, se dio cuenta de que no encontraba el ritmo adecuado, pues su sirena se quedaba debajo del agua más tiempo del que él podía resistir. A cada nuevo intento emergía tosiendo y escupiendo, borrada cualquier idea amorosa por la urgente necesidad de liberar de sus pulmones el agua tragada.

»Al tercer intento, tras haberse recuperado largamente del precedente intento, consiguió unirse con su amor. Lelia estaba en un estado de profunda excitación. En un lance de pasión, la enrolló con sus aletas los brazos y le atrajo bajo la superficie de las aguas. Para ella, era cosa corriente permanecer bajo el agua un cuarto de hora o algo más sin tener que subir a respirar, pero el pobre rey no estaba dotado de tan anfibias capacidades.

»Lelia no tardo en notar que en lugar de deshacerse de pasión, el pobre Forbonian estaba desmadejado. Presa de pánico, lo sacó a la superficie, lo echó sobre las piedras y se subió también ella y empezó a pedir ayuda.

»Los guardias se precipitaron al patio y descubrieron a la sirena inclinada sobre el desnudo cuerpo del rey, apretándole la caja torácica. Dos guardias la cogieron de los brazos mientras el oficial le gritaba:

»—¡Has querido ahogar al rey, bruja acuática! ¡Pedirás que te matemos antes de que hayamos acabado contigo!

»Lelia quería explicar lo que era la respiración artificial, pero en su confusión olvidó el novariano que sabía y empezó a expresarse en el idioma del pueblo del mar. Los guardias iban a llevársela cuando el rey se apoyó en los codos, gimiendo, y boqueó:

»—¿Qué hacéis?

»Cuando se lo contaron, entre dos toses espetó:

»— ¡Soltadla! He arriesgado mi vida como un loco y ella me ha salvado.

»Forbonian promulgó un nuevo decreto, anulando su matrimonio con la sirena. Devolvió a Lelia al mar y poco después se casó con la hija de un mercader de Kortoli que le dio muchos herederos. Pero, durante años, cuentan que en las noches de luna llena se iba al borde del mar y, en la vieja playa de Storum, conversaba con alguien o algo que parecía estar en el agua. La moraleja de esta historia, si me permitís apuntarla, es que el matrimonio es un asunto lo suficientemente complicado como para añadir complicaciones inútiles.

»Y ahora creo que el cambio de decorado habrá terminado y mi viejo amigo Merlois estará ya dispuesto a anunciar su segundo acto. Señoras y señores, muchas gracias.»

Las historias de Jorian tuvieron tanto éxito que Merlois decidió conservar aquel número durante toda la estancia de su compañía en Othomae. Insistió para llevar a un sastre al ex rey y en comprarle un atuendo más teatral que su jubón y sus calzas de todos los días. El sastre, Henvin, solía proporcionar los disfraces de las mascaradas de la nobleza. Vistió a Jorian con un traje negro con lentejuelas que brillaban cuando se movía.

—Si fueran un poco más anchas, podría usar las mangas para volar —dijo el rey con aspecto de estar poco convencido.

—Pareces todo un héroe de novela —comentó Merlois—. ¿Qué dirías de un empleo permanente? Viajarías con mi compañía y podrías interpretar pequeños papeles además de las historias que narrarías entre los actos.

—Me alegro y te agradezco la oferta, pero, de momento, no puedo aceptarla. Cuando haya recuperado a mi mujer y si todavía me necesitas, podremos hablar de ellos. Tengo ciertos talentos, humildes, en el ejercicio de diversas profesiones, como relojero, campesino, carpintero, contable, geómetra, soldado, marino, armero, narrador, poeta y, me atrevería a decir, actor, carrera que quizá llegué a seguir algún día.

Entre su trabajo en la compañía de Merlois y las labores en la armería de Tremorin,

Jorian consiguió ahorrar algo de dinero. Tras enterarse de que el secretario de la Academia había muerto, fue a ver al doctor Gwiderius y consiguió convencerle de que tomase a Margalit para reemplazarle.

— ¡Nunca había visto tanto desorden en un archivo! —exclamó la joven tras el primer día de trabajo—. El antiguo secretario debió abandonar hace mucho tiempo cualquier idea acerca de lo que es la clasificación. Procuraré ordenar ese caos, pero no resultará fácil.

— ¿Cómo reacciona el cuerpo educativo? —preguntó Jorian.

—Casi del mismo modo que el resto de los hombres. Algunos toman por un monstruo a esa mujer que es la primera en ocupar tal puesto. Otros... bueno, al menos podré esperar un intento de seducción diario.

—No es sorprendente. Sois una criatura especialmente agraciada.

—Gracias, Jorian, aunque no lo acepte, lo consideraré como un cumplido.

Durante el mes del carnero, Jorian tomó la diligencia hacia Vindium; cruzó un paisaje lavado por las lluvias de finales de invierno donde no tardarían en crecer las flores de la primavera. En Vindium cambió de coche hacia Kortoli.

Tras la muerte de su padre, Evor, los hermanos del ex rey dejaron la ciudad de Ardamai para ejercer su oficio de relojeros en Kortoli, la capital. Su madre, sin embargo, se quedó en Ardamai, donde vivía con su hija y otros miembros de la familia.

—El trabajo en el campo es perfecto si se quiere una vida tranquila y se tienen pocas ambiciones —le explicó su hermano mayor, Sillius, en uno de sus encuentros—. Aquí todo es más caro, naturalmente, pero el volumen de negocio compensa con creces la diferencia de precios.

Dos de los hijos de Sillius se colgaban de los faldones de su tío del que tanto habían oído hablar pero al que nunca habían visto.

—Kenn —le preguntó Jorian a su hermano pequeño—, ¿crees que podría hacer que el Consejo de Regencia de Xylar te confiase de nuevo la tarea de limpiar y arreglar sus relojes?

—Deben hacerlo por esta época —respondió Kerin, que no sólo era más joven que Jorian, sino más delgado y atractivo—. Sin duda, proporcionaste un buen negocio a los relojeros haciendo colocar tantos relojes en tus días de rey.

—Era mi pasión. Un día tendremos que intentar construir un reloj como el que vi en la Casa de la Sabiduría de Iraz, que funciona con pesos en lugar de con agua. Los ingenieros aún no lo han hecho andar, pero el principio parece prometedor.

—Ya empiezas otra vez, Jorian —suspiró Sillius—. Siempre con fabulosas nuevas ideas, aunque nunca has sido capaz de dominar el delicado trabajo de relojero.

—Quizá sea torpe con las manos, pero eso no implica que me pase lo mismo con el cerebro —replicó Jorian—. Trabajaré con un modelo grande y, cuando lo haya conseguido, lo haréis igual pero con piezas tan pequeñas como escamas de pescado. Kerin, ¿podrías ir a Xylar para solicitar un nuevo contrato de mantenimiento y las reparaciones de los relojes de palacio? Cuando me fui, había veintiséis.

—Claro. Esperaba que llegase la ocasión de tal aventura.

—En ese caso, te diré lo que quiero que hagas...

Cuando Jorian terminó de explicar los planes que había concebido para sobornar a Thevatas, el delegado, Sillius declaró:

—Me gustaría que no metieras a Kerin en tus líos. Un día descubrirán que es tu hermano y los xylarianos se harán con su cabeza en lugar de con la tuya.

— ¡Tonterías! —exclamó Kerin—. No soy un padre de familia como tú y sé tener la boca cerrada. La fiesta de Se-lindé está ya muy cercana ¿Por qué no nos tomamos unos días de vacaciones y nos acercamos a Ardamai y le damos una sorpresa a la familia? Hace siete años, pronto ocho, que te fuiste, y no has visto a tu sobrina ni a tu sobrino que viven allí. En

cuanto a mamá, no nos perdonaría...

VII

LA TORRE DEL SOPHI

JORIAN regresó a Othomae en diligencia en el mes del león. Como era la fiesta de Narzes, Goania le invitó, junto con Margalit, a cenar.

—Pero será a vuestra costa y corriendo vuestros propios peligros —les advirtió—. Desde que Varona desapareció, he intentado enseñar a Boso a hacer la comida, pero es como pedirle a un caballo que toque el laúd.

Dejando aparte el que la carne estaba demasiado hecha, la comida no fue tan catastrófica como pudo temer la hechicera; Jorian, incluso declaró:

— ¡Estaba delicioso, Boso. Te predigo un brillante futuro como cocinero en una de las grandes tabernas de la ciudad donde la gente de la nobleza disfruta yendo a comer, beber, bailar y observarse los unos a los otros.

Boso abandonó su aire brusco habitual e incluso se pavoneo con cierta modestia.

—Lo hago lo mejor que puedo, maese Jorian —declaró.

— ¿Qué pasa con tus planes relativos a Estrildis? —preguntó Goania.

—No perdéis de vista lo esencial, mi querida tía —dijo

Jorian—. Bien, he pasado muchas horas en Ardamai conspirando con Kerin. Debería estar en este preciso instante en Xylar revisando los relojes del palacio. Cuando reciba un mensaje que anuncie que «el pez ha mordido el anzuelo», me pondré en camino acompañado por Karadur.

— ¡Vaya! —exclamó el viejo brujo—. ¡Dices que te gustaría llevarme contigo, hijo mío! Soy ya demasiado viejo y frágil para lanzarme de nuevo a una de esas temerarias empresas...

—Imposible hacerlo de otro modo —cortó Jorian—. Os necesito, entre otras cosas, para descubrir esa maldita corona que nos servirá para comprar al traidor. Hace tres años que la enterramos y no estoy seguro de poder encontrarla con la simple ayuda de mi memoria.

— ¡Pero no puedo emprender una cabalgada muy larga a lomos de cualquier cuadrúpedo testarudo!

El ex rey pensó durante unos instantes y dijo:

— ¿Y si nos hiciésemos pasar por charlatanes mulvanianos? Ya sabéis, una de esas bandas que circulan en carreta, diciendo la buena ventura y robándoles los pollos a los campesinos. Podría comprar un carro y lo decoraríamos como uno de esos vehículos que emplean los mulvanianos y así viajarías en su interior.

—Bien, en ese caso...

— ¡Esperad! —intervino Margalit—. Os acompaño.

— ¡Qué? —exclamó Jorian—. Sería un viaje penoso y muy arriesgado, mi lady. Por lo mucho que os estimo, debo pediros...

—Es mi deber con mi reina y, además, quiero estar cerca de vos cuando la rescatéis.

—No veo ninguna razón...

—Ya lo veréis. Vuestro encuentro podría requerir mis servicios. Por otra parte, si

vais disfrazado de mulvaniano, ¿no sería mejor que fuerais acompañado de una esposa cuya presencia será necesaria para testimoniarlo?

Discutieron durante un momento y Jorian, aunque encontró poco convincentes los argumentos de Margalit, terminó por ceder. No estaba del todo descontento de hacer el viaje en su compañía. La apreciaba enormemente y admiraba su buen sentido natural así como su actitud ante lo imprevisto.

—Iremos un poco estrechos en un carro —dijo—. En fin, pienso que mi muía tirará de él si la enjaezo adecuadamente, pero tendré que comprar un caballo nuevo. —Asumió con aspecto preocupado—. No sé si mis fondos me lo permitirán.

—Por eso no te preocupes —le dijo Goania—. Siempre puedo prestarte lo que necesites, ¡cuando dejes de llamarme «tía»! ¡No soy miembro de tu familia!

—Muy bien, tu... dama Goania. Muy amable por vuestra parte. Y ahora, veamos qué personajes representaremos en Xylar. El padre Karadur podría predecir el futuro. Yo tengo ciertas dotes de juglar y podría practicar los juegos de azar que tanto les gustan a los foráneos. Rudops, uno de aquellos canallas que contraté cuando quise huir del reino, me enseñó el arte. En cuanto a Margalit... naturalmente, ¡seréis una danzarina mulvaniana!

—Pero yo no conozco las danzas mulvanianas...

—Poco importa. Yo las he visto en Mulvan. Karadur y yo te enseñaremos.

— ¿No te parece que yo soy un poco alta para pasar por una mulvaniana?

—No del todo. Además, a Xylar van muy pocos mulva-nianos. La gente no podrá comparar.

— ¡Un instante! ¡Eso no es todo! Hace dos años, un grupo de cantantes y bailarines mulvamanos llegó a Xylar, y Estrildis y yo asistimos a una de sus representaciones. Como podréis adivinar, los guardias del palacio no nos dejaron ni un solo instante del tiempo que estuvimos fuera. Pero los bailarines, tanto los hombres como las mujeres, iban desnudos hasta la cintura.

—Así es como se practica en Mulvan —explicó Jorian—. Incluso las damas de alto rango cuando asisten a recepciones llevan motivos pintados en el pecho.

— ¡Me niego a exponerme con un atuendo tan indecente! Se oyeron muchas historias en Xylar. Los sacerdotes de Imbal quisieron prohibir el espectáculo o al menos obligar a los actores a que se cubrieran. El asunto estaba a punto de llegar a los tribunales cuando la compañía se marchó.

—Mi lady —dijo Jorian con firmeza—, sois vos la que queréis acompañarnos en este viaje. ¡Aceptad bailar con los senos desnudos o quedaos aquí!

Margalit suspiró.

—Si los sacerdotes de Imbal ponen pegas, ¡será culpa vuestra! Pero nuestra piel no es tan morena como la de Karadur. ¿Cómo remediarlo?

—Hay un tipo en la ciudad, Henvin el Sastre, que vende pelucas, tintes y todo lo necesario para modificar la apariencia. Merlois me lo presentó.

— ¿Habrá que pintarse la cara cada vez que nos lavemos?

—No. Me dijeron que esos tintes empiezan a borrarse sólo pasados quince días.

—Pero tú, hijo mío —dijo Karadur— vas a tener que aprender a hacerte el turbante.

El mulvaniano salió de la estancia y volvió poco después con una larga pieza de tela blanca.

— ¡No te muevas! —le dijo a Jorian.

Lo enrolló con destreza alrededor de la cabeza del ex rey de modo que sus cortos cabellos negros quedaron casi totalmente disimulados. Goania le acercó un espejo.

—Parezco un potentado mulvaniano —dijo Jorian—. Sólo me falta tener la piel un poco más morena.

—Y ahora —dijo el brujo—, hazlo tú.

El ex rey pasó la hora siguiente aprendiendo a anudar el turbante. En sus primeros intentos, el turbante se deshacía apenas se movía, cayéndole sobre los hombros. Sus compañeros se retorcían de risa. Al fin consiguió hacer un turbante que se aguantaba en su sitio aunque moviese la cabeza.

—Tienes que afeitarte —le dijo Karadur—.

— ¡Qué! ¡Me gusta la barba!

—En Mulvan, como deberías saber, sólo los filósofos, los santos y los miembros de la casta más pobre llevan barba. Además, no debes olvidar que cuando huiste de Xylar llevabas un tupido bigote negro; los xylarianos no dejarán de reconocerte con tan piloso adorno.

—Pero una barba como la mía...

—Sí, pero el juez Grallon te ha visto recientemente con esos pelos hirsutos cubriéndote el rostro. Sería muy descuidado por tu parte. Podríamos volver a ver al juez cuando lleguemos a Xylar.

Jorian suspiró.

—Justo en el momento en que pensaba haber alcanzado el summun de la belleza masculina llegáis vos y lo estropeáis todo. Margalit, ¿no crees que debemos irnos?

Se levantó.

—Lo mejor será que no vayas a El Dragón de Plata con eso en la cabeza —dijo Goania—. No hace falta que la gente sepa que Jorian y el gran místico mulvaniano, el doctor Humbugula, son una sola persona.

—Me lo quitaré antes de llegar. ¿Preparada, Margalit?

Jorian se despidió ceremoniosamente, inclinándose y procurando ejecutar los gestos que vio hacer en Mulvan. Al fin salieron. La noche era oscura y había caído una espesa bruma; cerca de la modesta morada de Goania no había iluminación pública. La lamparilla que tenía la bruja sujeta sobre el portal formaba un débil halo, pero, cuando cerró la puerta, la oscuridad fue casi total.

—Tomadme del brazo, Margalit —le ofreció Jorian—. Uno podría romperse un tobillo fácilmente en este suelo. ¡Maldición! ¡Está más oscuro que los pozos del noveno infierno mulvaniano!

Avanzaron prudentemente. El ex rey escrutaba las tinieblas, diciéndose que sería una total idiotez perderse en un trayecto de unos cuantos centenares de brazas.

Súbitamente, oyó unos pasos fugitivos a sus espaldas. Se preparaba para volverse cuando recibió un terrible golpe en la cabeza. Se derrumbó, percibiendo débilmente el grito de Margalit.

Recuperándose un poco, rodó de espaldas para intentar ver a su agresor. Le pareció ver una forma balanceando un hacha. Creyó distinguir que la silueta alzaba el arma por encima de su cabeza.

Sabía que debía lanzarse hacia un lado para evitar el golpe, pero estaba tan débil y atontado que no pudo más que mirar estúpidamente el hacha que bajaba.

Una segunda silueta, la de Margalit a juzgar por sus contornos, derribó a la primera. Jorian escuchó un «cerdo» lanzado con voz furiosa mientras el agresor se volvía hacia la mujer. Este dio un salto hacia atrás, pero la mujer resbaló en el mojado pavimento y cayó. El desconocido se volvió hacia Jorian y alzó el hacha para terminar con su trabajo.

Una nueva forma surgió de las tinieblas. El golpe mortal no alcanzó su objetivo. Jorian se levantó temblándole las piernas y distinguió dos cuerpos enlazados que luchaban furiosamente lanzando fuertes rugidos y juramentos. Uno de los combatientes tomó el brazo de su adversario y lo retorció violentamente. El hacha cayó al suelo con un ruido metálico.

— ¡Le tengo, maese Jorian! —exclamó la voz chirriante y jadeante de Boso—.

¡Matadle ahora!

Jorian agarró el hacha a tientas. La blandió por encima de los dos hombres, entornando los ojos en la oscuridad para no fallar el blanco. Los combatientes eran dos hombres enormes ataviados con burdas telas indefinibles y, en medio de las tinieblas espesadas por la bruma, no conseguía distinguir sus rostros.

— ¿Qué esperáis? —preguntó Boso.

La dirección de la voz le permitió al fin averiguar a Jorian saber adonde lanzar su ataque. Golpeó con el canto del

hacha en el cráneo de su agresor y, al tercer golpe, éste acabó por caer.

— ¿Por qué no le habéis matado? —preguntó Boso.

—Porque quiero saber qué y quién le esperaba —respondió el ex rey.

Se dirigió inquieto hacia Margalit, que ya estaba en pie.

— ¿Estáis herida? —le preguntó.

—No, sólo ha sido un golpe muy doloroso. ¿Quién era ese rufián?

—Eso es lo que pretendo averiguar. Boso, cógele de una pierna y yo haré lo mismo con la otra. ¿Cómo has llegado tan oportunamente?

—Oí gritar a la dama y me lancé a la calle.

—Muy cerca de ellos, un rectángulo de luz se dibujó entre la bruma. Era Goania, que había vuelto a abrir la puerta y que esperaba en el umbral con una candela. Jorian y Boso tiraron del cuerpo del hombre desvanecido hasta el interior. La hechicera se inclinó sobre él para iluminarle. El desconocido era alto y fuerte; un trozo de tela le ocultaba el rostro. Jorian dejó el hacha que seguía portando en la mano, una herramienta bastante corriente, y arrancó la máscara.

— ¡Malgo el Alguacil! —exclamó—. ¡Me tenía ganas desde la paliza que le propine, pero de ahí a querer asesinarme!

Goania echó un cubo de agua fría sobre el rostro del hombre que, tosiendo y escupiendo, recuperó el conocimiento.

—Lo mejor será que le atemos —sugirió Jorian—. Es un tipo muy fuerte.

—Yo me encargaré —dijo la bruja.

Salió de la habitación y volvió al poco con dos trozos de cuerda. Les dijo algo y, como serpientes amaestradas, una se enrolló alrededor de las muñecas de Malgo y la otra de los tobillos.

—Dos espíritus menores cuyos servicios me he asegurado —explicó.

Jorian se deshizo del turbante. La tela estaba rasgada en varias partes, allí donde el filo del hacha había penetrado, y se veía manchada de sangre, pues ésta manaba de una herida que tenía en el cuero cabelludo.

— ¡Mi turbante más hermoso! —se quejó Karadur.

—Os compraré otro —prometió el ex rey—. Henvin el Sastre tendrá alguno probablemente. Os lo debo, pues los pliegues de esa pobre tela han salvado mi miserable vida.

Se volvió hacia Malgo, que se encontraba sentado en el suelo, apoyado en un diván y lanzando furiosas miradas a su alrededor.

— ¡Ahora, habla!

— ¡Vete a la mierda! —le escupió el alguacil.

— ¿Por qué has intentado matarme?

— ¡No te importa!

— ¿De verdad? —Preguntó Jorian con una sonrisa maliciosa—. Dama Goania, ¿podría

requerir vuestra ayuda para llevar a este miserable canalla a mi terreno? No dudo que poseeréis algunos ingeniosos ingredientes en vuestro repertorio mágico.

—Déjame pensar —pidió la bruja—. Está ese demonio de la séptima esfera que está enamorado locamente de mí y que hará cuanto le pida. Naturalmente, no puedo acceder a sus deseos sin verme reducida a un montón de cenizas. Pero, por el contrario, si lo lanzo sobre Malgo, se dedicará, qué duda cabe, a interesantes experiencias, empezando en las partes del cuerpo más queridas para los hombres.

— ¡No, no, hablaré! —exclamó Malgo con un brillo de miedo en la mirada—. Quería matarte porque, por tu culpa, he perdido mi empleo.

— ¿Y eso? —exclamó el ex rey—. ¡No tengo nada que ver con esa historia! Ignoraba que te hubieran despedido.

—Fue por culpa tuya, porque te fuiste a quejar al gran duque.

— ¡Estás delirando! No he visto nunca al gran duque y no me he quejado ante nadie, aunque los dioses saben que tenía razones para hacerlo. ¿Quién te ha contado todo eso?

—Me niego a decirlo.

—Goania, ¿podríais llamar a vuestro ardiente admirador?

—Lo diré, lo diré. No dejes que esa bruja lance sus demonios contra mí. Ha sido el doctor Abacarus, de la Academia. Le pagué una fuerte suma para que me mostrase gracias a sus dotes adivinatorias la causa de mi despido y me dijo que el responsable eras tú.

—Has tirado el dinero —replicó Jorian—. Abacarus quería vengarse de mí porque le gané en un litigio que nos enfrentaba a causa de una deuda.

—Puedo ver por qué Malgo perdió el puesto —intervino Goania—. Conozco muy bien a la gran duquesa, Ninuis, pues pertenecemos al mismo comité de ayuda a los pobres, y es una charlatana impenitente. Me contó que el magistrado instructor sorprendió al alguacil entregándose a actos contra natura con un joven prisionero dentro de su celda. Debido a un punto legal que desconozco, era imposible poner ninguna querella contra Malgo pero, con todo, le pusieron de patitas en la calle.

—Ahora ya lo sabes todo —le dijo Jorian—. ¿Qué hacemos con este idiota?

—Si fuera cosa mía, le mataría —dijo Boso.

—Una idea generosa, sí, pero luego tendríamos que librarnos del cadáver. Y el tipo quizá tenga algunos amigos que se pusieran a buscarle. Supongo que es ciudadano d«.' Othomae, lo que no es mi caso.

—Con todo, le mataría —insistió Boso—. Si un hombre intentase asesinarme...

—Comprendo tus sentimientos, amigo Boso; pero debemos considerar el aspecto práctico de las cosas. ¿Hay otras sugerencias?

—Podríamos ponerle en manos de la justicia —sugirió Karadur.

—Eso sí que no —opinó Goania—. Jorian tiene razón. Aunque os parezca difícil de creer, Malgo tiene amigos muy importantes. Son toda una banda los miembros de su especie, empezando por lord... mejor callo su nombre. Ese noble tiene mucha influencia y no cabe duda que su intervención bastaría para liberar a Malgo. Si hacemos que le detengan, las vías de la justicia seguirían corriendo indefinidamente y este monstruo quedaría en libertad para seguir cometiendo nuevos desmanes.

Margalit declaró:

—He oído hablar mucho de la corrupción que reina en las altas esfera de Vindium, pero, por lo que decís, aquí no están las cosas mucho mejor.

—Efectivamente —aprobó Goania—. La única diferencia es que el gran duque dispone de más medios para ocultar las perversiones a que se dedican sus dignatarios.

— ¿De qué tiene poder ese lord que decís? —preguntó Jorian—. Gwitlac el Gordo, ¿pertenece a la misma cofradía que Malgo?

— ¡Chiten! —dijo Goania mirando a su alrededor con nerviosismo-^. No digas cosas parecidas en el interior de las fronteras del gran ducado a menos que quieras que la desgracia se apodere de todos nosotros. Para responder a tu pregunta, diré que el gran duque, en ese aspecto, es normal. Es un asunto puramente político; ese lord es uno de sus más fervientes partidarios. Ninuis detesta a ese hombre, pero no ha conseguido todavía apartarle de Gwitlac.

—En ese caso, no hay que pensar en que detengan a Malgo —concluyó Jorian—. De todos modos, sería más juicioso entregar a Abacarus a la justicia; Malgo sólo ha sido su instrumento.

—Así es, pero las mismas objeciones se aplicarían en su caso. Abacarais negaría y, ¿qué valdría la palabra de Malgo contra la suya.

— ¿No le podríais dar a Malgo un filtro de amor o algo parecido para que obedezca a Jorian ciegamente? —preguntó Margalit.

—Me temo que Malgo nunca sería un buen servidor, sean cuales sean los sortilegios que pudiéramos emplear —contestó Goania—. Quizá cumpliera las órdenes de Jorian, pero eso no le impediría robarle las cosas ni entregarse a orgías pederásticas en la alcoba de su amo en cuanto éste saliera por la puerta. Y si le obligamos a amar a Jorian, quizá manifestase su amor de un modo que no merecería toda la aprobación de nuestro amigo.

—De un modo u otro, hay que hacerle pagar —opinó Boso—. Sólo sería justicia. Si se tratase de mí, no sería un hombre cuando saliera de aquí.

—Quizá tengas razón —dijo Jorian—. Pero no quiero tanto vengarme como apartarle de nuestro camino. No podemos dejarle ir libremente, y Goania cree que no podemos reducirle de un modo útil mediante la magia. Goania, ¿podríais lanzar sobre él un hechizo que le obligase a cumplir ciegamente cualquier orden de mi parte?

—Sí, con ciertas limitaciones.

— ¿Le obligaréis a matarse? —preguntó Boso con una amplia sonrisa.

—No, aunque quizá valiera la pena pensarlo.

—De todos modos, tampoco eso funcionaría —declaró la hechicera—. Ningún hechizo podría obligarle a ir contra sus impulsos naturales.

— ¿Y si le ordenamos que mate a Abacarus? —propuso Jorian—. Sería justo.

—No te regocijes tan pronto —le tranquilizó Goania—. Abacarus es muy ladino. Si le conozco bien, habrá tomado precauciones. Déjame que eche un vistazo con mi segunda visión.

Se quedó inmóvil durante un largo rato sentada en su silla, con los ojos cerrados, respirando pesadamente, y, al fin, anunció:

—Justo lo que pensaba. Ha alzado una pantalla que anularía tu orden si Malgo la atravesaba. Y Abacarus volvería a lanzar a Malgo en tu contra, como una bala que rebotase.

—A la larga, podría resultar molesto —dijo Jorian.

El ex rey reflexionó durante unos momentos y añadió:

—Tengo una idea que podría resultar eficaz. Goania, ¿cuánto tiempo puede funcionar un encantamiento?

—De uno a tres meses. Depende de muchos factores. —Entonces, por favor, echadle ese sortilegio. —Muy bien. Dejadme sola con Malgo. Os llamaré cuando haya terminado.

Se reagruparon en la cocina. Desde el salón llegaban los cánticos y encantamientos de Goania y, súbitamente, sonó una voz ronca y cascada que no era ni la de la bruja ni la de Malgo. Jorian empezó a pasar el tiempo contando una historia.

—Estoy seguro —empezó— que todos conocéis mis historias acerca del rey Forimar el Esteta. Estuvo a punto de arruinar Kortoli olvidando los asuntos de Estado para consagrarse a artes como la música, la pintura y la poesía, campos a los que aportó una notable

contribución.

»Kortoli estaba en aquellos tiempos invadida por los ejércitos de Aussar al mando de Doubri el Perfecto, un sacerdote fanático que intentaba imponer a todas las naciones la austeridad puritana que hacía reinar en su propio país. El asedio de la ciudad de Kortoli pudo salvarse gracias al regreso de la escuadra naval bajo las órdenes de Fusonia, el hermano de Forimar.

»Forimar mandó a Fusonio a Salimor, en el Extremo Oriente, bajo el pretexto de establecer relaciones comerciales, pero, en realidad, para librarse de su hermano, cuyas críticas incesantes sobre sus extravagancias y su poca disposición para ocuparse de los asuntos públicos habían acabado por hartar. Pero, como precio por su ayuda, Fusonio exigió que su hermano abdicase en su favor.

»Fusonio tuvo que vencer una conspiración destinada a devolver a Forimar al trono. Para prevenir cualquier nuevo intento en este sentido, nombró al ex rey embajador en la lejana Salimor. En tiempo normal, Fusonio habría mandado a su hermano a bordo de un navio de guerra, pero había oído que los bárbaros de Shven estaban reuniendo una flota en la bahía de Norli para saquear las costas novarianas. Pensó, consecuentemente, que era preferible quedarse con la flota entera al alcance de la mano.

»Confió el transporte de Forimar a un corsario, el capitán Joelid, al que dio órdenes de conducirle a Salimor. Joe-lid tenía cartas de marca del nuevo rey de Kortoli, pero, como el reino estaba en paz en aquellos momentos, tenía que asumir el papel de un tranquilo mercader.

»Fusonio dispuso una guardia compuesta por diez soldados como escolta de Forimar, pero, sobre todo, para velar porque su hermano no aprovechase alguna escala para escapar. Los soldados eran jóvenes solteros que se habían ofrecido voluntarios, pues habían oído las historias que alababan la belleza y disponibilidad de las chicas de Salimor, que bailaban vestidas como las bailarinas mulvanianas que Margalit tuvo ocasión de ver. Fusonia puso al mando de aquel destacamento al teniente Locrinus, a quien entregó una carta para el Sophi en la que le pedía a aquel potentado que velara para que Forimar permaneciese a perpetuidad en el más agradable de los cautiverios.

»El capitán Joelid levó anclas en compañía del teniente Locrimus y del ex rey Forimar. Como no encontró ningún cargamento interesante en Kortoli, Joelid decidió costear hasta Vindium.

»Llegado a su destino, el teniente Locrinus tomó disposiciones para que el ex rey no pudiera dejar el navio y huir, pero no tenía ninguna autoridad sobre el capitán Joelid, que se dirigió a tierra para solucionar sus negocios. Tras buscar en vano un cargamento durante todo el día, el corsario entró en una taberna donde dio con uno de sus colegas precedente de Salimor, un tal Dimbakan.

»Visitando mercaderes y almacenes, Joelid oyó hablar de una operación que resultaría muy rentable para el valiente capitán que supiera aprovecharla. Se trataba de algo así como un comercio triangular entre Vindium, Janareth y Tarxia. El pensamiento de los beneficios hizo que Joelid espumeara de alegría, pero no podía poner rumbo a Janareth, Tarxia y Vindium y llevar a Forimar a Salimor.

»Así que, cuando Joelid y Dimbakam hubieron vaciado algunas jarras de licor de Vindium, cerraron un trato. Joelid entregaría a Forimar y a su escolta a Dimbakan, que levaría anclas hacia Salimor en pocos días, y, a cambio, le entregaría parte de la suma que Fusonio le pagó por transportar a su hermano hasta Salimor. Empezó por ofrecer el diez por ciento, pero Dimbakan, que no era lego en la materia, estuvo a punto de morirse de la risa. Tras regatear, se pusieron de acuerdo en que Dimbakan se llevase los dos tercios.

»A1 día siguiente, Joelid informó a Forimar y a sus hombres que irían a Salimor no a bordo de su nave, sino en la de Dimbakan, el Itunkar. Locrinus protestó vigorosamente. Joelid le dejó elegir: bajar a tierra y partir a bordo del Itunkar, o quedarse a bordo y escalar en Janareth y Tarxia.

»Como corsario, Joelid comandaba una tripulación demasiado numerosa para el tamaño de su navio. Sus hombres eran duros como cuero, y parecían muy dispuestos a entregarse a la piratería en caso de que las ocupaciones legales empezasen a echarse en falta. Como no estaba a

la altura de poder enfrentarse al capitán, Locrinus aceptó el cambio de planes a desgana. Sus soldados y él desembarcaron y, escoltando a Forimar, cruzaron los muelles hacia el lugar en que se hallaba fondeado el Itunkar. Dos días más tarde, el capitán Dimbakan se hacía a la mar.

»Forimar se encontró a bordo de un navio largo y estrecho con flotadores que le permitían afrontar cualquier tiempo y con dos extrañas velas triangulares. El viaje duró casi un año y el ex rey se alegró cuando llegaron al fin a la capital, Kwatna. Había tenido tiempo para aprender la lengua del país lo suficiente como para poder conversar con salimorianos e iba vestido con un simple paño anudado alrededor de su cintura como si fuera un taparrabos.

»Desde que Fusonia dejara Salimor, el Sophi que reinaba había muerto y era su hijo, Mynang, su sucesor, quien lo hacía entonces. El nuevo Sophi recibió a Forimar con benevolencia y mostró un sincero interés por las costumbres y técnicas novarianas.

»Forimar hizo meritorios esfuerzos para cumplir con su papel de embajador de un modo creíble, pero no tardó en dejar aparecer la melancolía y el aburrimiento, pues, a decir verdad, tenía muy pocas cosas que hacer. Kortoli y Salimor estaban demasiado lejos como para preocuparse de sus alianzas y aventuras militares respectivas, lo mismo que los navios mercantes que llegaban de Novaría cargados de abalorios y objetos diversos para volver a partir con cargamento de té y especias que sólo lo hacían con meses de diferencia.

»Forimar volvió a sus antiguos amores, las artes. Estudió la pintura, la escultura y la música de Salimor. Se apasionó, sobre todo, con el baile. Una danzarina de la compañía real atrajo su atención y el ex rey creyó adivinar que no le resultaba totalmente indiferente. Consiguió persuadir al maestro de ballet para que le presentara a la joven, llamada Watki. Cuando, torpemente, hizo alusión a la posibilidad de volver a verla a solas, ella le respondió:

»—Oh, eso no será problema, señor. Iré a vuestra casa esta misma noche.

»Y, de hecho, cuando Forimar volvió a su cuarto después de cenar, encontró a Watki que, totalmente desnuda, le sonreía como una invitación.

»Aunque tenía más de cuarenta años, Forimar no se había acostado con una mujer en toda su vida. Viendo sus dudas, Watki le preguntó lo que le pasaba. El reconoció que era novato en los temas amoroso, lo que hizo que la chica se retorciese de risa como si fuera la cosa más divertida que hubiera oído nunca. Consiguió decirle, no obstante, entre dos carcajadas:

»—Eso no tiene importancia, mi querido embajador Porimar. —Los salimorianos le llamaban así, en efecto, porque la letra "F" no existía en su lenguaje—. Venid a mi lado y os enseñaré cómo se hace.

»La hilaridad de Watki cortó toda la iniciativa de Forimar, pero la joven se apresuró para ayudarle a recuperarla. Un poco más tarde, el rey exclamó:

»— ¡Por Zevatas, cuando pienso en todo el tiempo perdido! Pero, dime, Watki, amada mía, ¿qué pasaría si quedaras embarazada?

»—Oh —respondió ella—, no te preocupes. Tenemos una hierba que lo evita. Ahora duerme un poco y luego volveremos a empezar.

»Así, Forimar y Watki se convirtieron en amantes oficiales, estatuto que todos los salimorianos, desde el Sophi, consideraban con benevolente sonrisa. Forimar era formidablemente feliz. Pero, como no podía hacer el amor durante todo el día con Watki, y sus otros deberes eran prácticamente inexistentes, se interesó cada vez más por las artes del país.

»En Kortoli se sintió interesado por la arquitectura, llevando a la nación a la ruina haciendo construir templos costosísimos y otros edificios. Le sugirió a Mynang que erigiera un faro como el de Iraz, del que había oído hablar pero que sólo había visto en dibujos, pero todavía más grande y hermoso. El Sophi, subyugado por las ideas exóticas de Forimar, le pidió que trazase los planos.

»Forimar se dedicó a ello, y al terminar les ordenó a sus ministros que reunieran a los obreros y los materiales necesarios. Marcó un nuevo impuesto para financiar la empresa. Aquello provocó serios descontentos en el pueblo, sobre quien más pesaba la nueva tasa. Pero Forimar, sumido en el éxtasis de contemplar día tras día su torre adquiriendo forma y, noche tras noche, dedicándose a las danzas salimorianas en compañía de Watki tanto en posición horizontal como vertical, era ignorante de todo lo que pasaba.

Librodot

»Pasaron los meses y la torre, situada en medio de una plaza frente al mar, continuaba alzándose hacia los cielos. El Sophi estaba tan impaciente de verla terminada que hizo azotar a los obreros para estimularlos. Un poco más de un año después de poner la primera piedra, la torre estaba terminada, a excepción del arreglo interior. Mynang decretó un día de fiesta para celebrar la inauguración del monumento.

«Alzaron un estrado ante el edificio para permitirle al Sophi dar un discurso. Decoraron la plaza con flores y cintas de colores. Forimar participó en el desfile, avanzando justo detrás de Mynang, instalado en un palanquín dorado. Las fanfarrias avanzaban con una armoniosa marcha, seguidas de la guardia real.

»La procesión se iba acercando a la plaza donde ya se habían reunido miles de salimorianos cuando la tierra empezó a temblar. Forimar había estado tan absorto por su pasión por las artes y por Watki que no se había dado cuenta que Salimor era un país que padecía frecuentes seísmos. La mayor parte de las casas eran estructuras bajas y ligeras, de bambú, con techos de hojas de palma que, en conjunto, resistían sin daños los terremotos. Sólo algunos nobles y el Sophi residían en casas de piedra.

»El suelo volvió a moverse y la torre empezó a gemir y a oscilar. La multitud amontonada en la plaza se dispersó en todas direcciones. Los primeros fugitivos que subían por la calle por la que avanzaba el cortejo se tropezaron con los músicos.

»Las sacudidas se acentuaron. La torre chirrió cada vez más y empezó a vacilar, hasta que cayó en medio de una cascada de piedras que golpearon el suelo con un estrépito que pudo oírse a leguas a la redonda y que, saltando y rebotando, destrozaron la ciudad de Kwatna con casi tanto interés como el propio seísmo. Del edificio sólo quedó un enorme amasijo de bloques de mampostería medio sumergido en una nube de polvo.

«Gracias a los signos de los adelantados, la plaza estaba casi desierta cuando la torre cayó. Sin embargo, hubo varias decenas de muertos, algunos alcanzados por las piedras, otros pisoteados por la multitud. Los heridos, igualmente, fueron muy numerosos. Algunas casas de Kwatna, entre ellas una parte del palacio, resultaron destruidas, provocando más pérdidas en vidas humanas y mobiliarios diversos.

»La multitud, que se había lanzado por la calle que seguía el cortejo, derribó a los porteadores de la litera de Mynang, de suerte que éste se encontró sobre el suelo. Intentó restaurar el orden, pero nadie le prestó atención. No tardó en difundirse un rumor como un reguero de pólvora: el Sophi Mynang se había ganado la cólera de los dioses, que se habían vengado de él lanzando aquel temblor de tierra. Algunos decían que el Sophi era el responsable, mientras que otros echaban la culpa al extranjero, es decir, a Forrnar. Mynang fue reconocido cuando intentaba regresar a palacio. El populacho, enardecido por un santón, se lanzó sobre él y le hizo pedazos.

»Forimar habría conocido una suerte parecida si, en medio de la enloquecida multitud, una mano morena no le hubiera tomado de la muñeca al tiempo que le decía una voz familiar:

«— ¡Venid, deprisa!

»Watki le arrastro bajo el porche de una casa. Forimar se encontraba en casa de unos amigos de Watki, que la dejaron instalarse en una habitación retirada en la que poder ocultarse.

«Algunos salimorianos se preocuparon al saber lo que le había ocurrido a Mynang. El hijo mayor del difunto Sophi, nacido de una concubina, no tenía más de seis años. El mayor, nacido de una esposa legítima, tenía cuatro años. (Las leyes de Salimor prohibían que las mujeres reinasen.) Cada uno de los dos niños tenía sus partidarios y, durante todo un día, cualquiera habría dicho que la sucesión se zanjaría mediante una guerra civil.

»Watki le dijo entonces a Forimar que había un nuevo pretendiente al trono. Este no era otro que el capitán Dimbakan, el mismo que llevó al ex rey de Kortoli desde Vindium. Dimbakan arengó a las multitudes exponiendo la forma de gobierno que había observado en Vindium, una república, con altos funcionarios elegidos a intervalos regulares por el pueblo y sin nobleza hereditaria. Aquella idea era totalmente nueva para los salimorianos, pero la aceptaron con entusiasmo. Dimbakan prometió que, en cuanto estuviera en el poder, organizaría un referéndum para decidir si había que abolir la

monarquía y se elegía al siguiente encargado de la nación.

»Unos días más tarde, Dimbakan se proclamaba regente y se instalaba en el palacio real. Los hijos de Mynang desaparecieron, tras ser asesinados o raptados, Forimar nunca lo descubrió. Pasó el tiempo y empezaron a pedirle a Dimbakan que celebrase las prometidas elecciones, pero él siempre encontraba alguna razón que le obligaba a postergarlas. Acabó por anunciar que, para ceder al unánime deseo de su pueblo, por mucho que le costase, se convertiría en el próximo Sophi. En cuanto a la unanimidad, no podemos más que aportar las palabras de Forimar tal y como él mismo las contó.

«Durante una visita que le hizo al ex rey de Kortoli, Watki le dijo:

»—Amor mío, dado que la compañía real de bailarinas ha sido disuelta y no puede ofrecerme ningún buen regalo, he decidido casarme.

«— ¿Casarte conmigo? —exclamó Forimar—. ¡Oh, que alegría más suprema! ¡Ahora mismo!

»— ¡Qué! —gritó Watki—. ¡Casarme yo con un fugitivo extranjero! ¡Grandes dioses, vaya idea! Nunca. He encontrado un hombre ideal, un compañero calderero! Por tu parte, lo mejor será que tomes el primer barco que vaya a tu patria antes de que algún fanático te reconozca.

»— ¡Pero si decías que me amabas! —baló Forimar.

»—Sí. Y era verdad. Pero no es ése el problema. ¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio?

»—En Novaría, son sinónimos.

»— ¡Vaya país de bárbaros! —Comentó Watki—. Aquí, el matrimonio es la conclusión de alianzas entre familias, la puesta en común de recursos y la fundación de una unidad familiar estable y autónoma. Es una base mucho más sólida ante una feliz y larga cohabitación que el simple amor.

»— ¡En tu boca, el matrimonio parece un sórdido asunto comercial!

»—¿Y por qué no? —replicó Watki—. Comer regularmente es la cosa más importante de la vida, mucho más que el amor, pues, aunque uno puede vivir sin amor, no puede vivir sin comer. Y una pareja bien avenida come mejor junta que separada. Y ahora prepara tus maletas, pues mañana parte un barco hacia Vindium. Te procuraré un disfraz para que puedas cruzar la villa con seguridad.

»Y así fue cómo Forimar dejó el país de Salimor. Unos años más tarde, el rey Fusonio se dirigió a Vindium. Como era su costumbre, entró en una taberna para mezclarse entre el pueblo de incógnito. Allí se instaló junto a un grupo de pescadores, fácilmente reconocibles por el olor. Un hombre delgado de barba grisácea le pareció vagamente familiar. Finalmente, sin poder aguantar más, se dirigió a la mesa vecina y, apoyando la mano en el hombro del desconocido, le preguntó:

»—Perdón, amigo mío, pero ¿no te conozco?

»El hombre alzó la cabeza y contestó:

»—Soy Porimar de Kortoli, pescador a bordo del... ¡Oh! —Entornó los ojos—. Creo que me conocéis y que yo también os conozco. Vayamos a algún lugar donde podamos hablar tranquilamente.

»Encontraron un rincón apartado y Forimar (o Porimar, como se hacía llamar por entonces) contó sus aventuras. Fusonia le dio las más recientes nuevas de Kortoli. Los dos hermanos, aunque mantenían una amistosa conversación, se observaban con circunspección. El rey le preguntó a Forimar:

»— ¿Qué tal te va en tu nueva vida?

»Forimar se encogió de hombros.

»—No muy mal. He descubierto que hay tanto arte en perseguir un banco de peces y lanzar las redes como en pintar un retrato o rimar un poema.

Librodot

»— ¿Hay algo que pueda hacer por ti, salvo, naturalmente, permitirte regresar a Kortoli?

»—Sí. Darme el dinero necesario para comprar mi propio barco y tener mi propia tripulación.

»—Lo tendrás —prometió Fusonio.

«Mantuvo su palabra y, a veces, cuando los asuntos de Estado eran más aburridos que de costumbre, el rey Fusonio se preguntaba si, después de todo, no sería más feliz su hermano que él. Sin embargo, cuando reflexionaba sobre las contrariedades y peligros que dominan la existencia de un pescador, rechazaba tales pensamientos y los achacaba a un exceso de romanticismo y sentimentalismo, y se resignaba a sacar todo el provecho posible del papel que le reservaron los dioses.»

Cuando Goania les llamó, volvieron al salón y encontraron a Malgo de pie, con el rostro carente de expresión. Las cuerdas mágicas que le ataban muñecas y tobillos colgaban flojas, inofensivas, en manos de la bruja.

—Ahora, dale una orden, Jorian —dijo—. Sé tan breve como te resulte posible.

— ¡Malgo —espetó Jorian—. ¿Me obedecerás?

—Sí, sire —gruñó el alguacil.

—Entonces, sal de Othomae ahora mismo, dirígete a levante, hasta Vindium, y enrólate como marinero en un navio que parta hacia el imperio Kuromon, las islas Gwoling o Salimor. Toma el primer navio que leve rumbo a uno de esos tres destinos! ¿Entendido?

—Sí, sire. ¿Puedo ir a mi cuarto a por provisiones para el viaje?

—Sí, pero no retrases sin razón. ¡Ahora, vete!

Y, como un cadáver ambulante, Malgo se dirigió lentamente hacia la puerta y desapareció en mitad de la noche.

Jorian declaró:

—Cuando el encantamiento pierda su fuerza, estará camino del Extremo Oriente. Y, una vez a bordo de la nave, de nada le valdrá cambiar de opinión. Si sobrevive al viaje, no podrá volver antes de un año largo, y de aquí a entonces la espera será larga.

— ¿Puedo vendarte la herida? —preguntó Goania.

—Es inútil, sólo es un arañazo. Gracias tanto a mi grueso cráneo como al mejor turbante del doctor Karadur, sólo me duele un poco la cabeza. Y gracias por haberme salvado la vida, Boso.

—Oh, de nada. También vos me la salvasteis un día, cuando caímos al lago Volkima. Y dijisteis que os gustaba mi cocina.

Por segunda vez en la noche tomaron el camino del albergue. Jorian le dijo a Margalit:

—Es raro, he peleado tres veces con Boso y no sólo con palabras, sino también a puñetazos y con espada. Todo empezó cuando supe que era el hijo del hombre que construyó el carillón de agua municipal de Othomae, privando así de su trabajo al encargado del gong de la ciudad. Cualquiera de nosotros habría podido matar al otro. Creía que me odiaba y, sin embargo, le saqué del lago cuando la torre encantada se derrumbó. Y ahora ha sido él quien ha impedido que mi cráneo se rajase como un vulgar melón.

Margalit, apresurándose tras él, declaró:

—Leí una vez en los Aforismos de Achaemo que uno debía tratar a sus amigos como si éstos se fueran a convertir algún día en enemigos, y a cada uno de sus enemigos como si algún día se fueran a convertir en amigos.

Jorian sonrió en la oscuridad.

—Sabio y universal consejo —dijo—. Pero dudo que pueda imaginaros como enemiga, Margalit.

Librodot

VIII

LOS PANTANOS DE MORU

EN el mes del dragón, Jorian recibió una carta sin firmar y redactada de mano de Kerin y que decía: El pez ha mordido el anzuelo. Cuando hubieron reunido todas sus cosas, Jorian, Karadur y Margalit se pusieron en marcha. El viejo mago y la joven, esta última vestida con los mismos ropajes masculinos que llevó al monte Aravia, viajaban en un carro provisto de un techo de tela y con dos grandes ruedas, tirado por Filoman, la muía. El ex rey de Xylar se pasó agotadoras jornadas adiestrando al testarudo animal a obedecer los tirones de las tiendas y no se sentía especialmente contento con los resultados obtenidos.

En cuanto a Jorian, cabalgaba a lomos de un caballo nuevo, Cadwil, una bestia de mucha mejor calidad que la del difunto Fimbri. Cuando estallaba una tormenta, se encerraba en el carro en compañía de sus dos compañeros y ataba a Cadwil a la parte trasera del vehículo.

Cerca de la frontera de Xylar, Jorian tomó un camino menor que conducía hacia el sur, a través de un bosque sofocante lleno de los follajes de finales del verano, en dirección a los pantanos de Moru. Cuando la ruta se convirtió

en una simple senda, se detuvo, ató a los animales y dejó que Margalit se encargase de ellos. Le confió igualmente su ballesta y le enseñó a utilizarla. Le alegró observar que, al contrario que la mayor parte de las mujeres, era lo bastante fuerte como para tensarla.

Jorian y Karadur partieron a pie. Debían fiarse de una copia de un mapa procedente de los archivos del gran duque y de la memoria que el ex rey pudiera haber conservado de aquellos lugares que atravesó durante su huida, tres años atrás. Las moscas zumbaban por encima de sus cabezas. Jorian debió incluso decidirse a matar un insecto que le picoteaba la nuca. Los bosques estaban llenos de los metálicos chirridos de las cigarras.

Durante la primera estancia de Jorian en aquella región, Rhithos el Herrero lanzó un encantamiento de confusión sobre el bosque que rodeaba la casa. Lo hizo para hacerles un favor a los silvanos, los aborígenes, para apartar a los cazadores y leñadores de sus dominios. A cambio, los silvanos les procuraban alimento a Rhithos y a Vanora, que por entonces era su esclava. Pero cuando el herrero intentó matar a Jorian para embrujar una espada mágica que estaba fabricando, fue el contrario del ex rey el que sufrió un destino fatal. El encantamiento quedó roto.

Hacía apenas una hora que seguían el sendero, avanzando lentamente a causa de la edad de Karadur, cuando Jorian echó súbitamente la cabeza hacia atrás al tiempo que algo le rozaba. Se oyó un ruido mate y el ex rey vio que una flecha se clavaba en el tronco de un árbol. Fue a retirarla. La punta estaba empapada en alguna materia viscosa.

—Debe proceder de los silvanos —dijo el mulvaniano—. Sin duda estará envenenada.

—Pensé que vivían varias leguas más al este, cerca de la casa de Rhithos.

—No es así, ocupan toda la linde del bosque en el norte de los Lograms.

— ¿Por qué me han disparado?

—Porque mataste a su aliado el herrero. Lo mejor sería que volviéramos al carro...

Una nueva flecha surcó el aire y fue a clavarse en un árbol, esta vez a sus espaldas.

— ¡Abajo! —gritó Jorian echándose al suelo en medio del camino—. ¿Se contentan con advertirnos o es que disparan así de mal?

—Ni idea —replicó Karadur acuclillado penosamente.

El ex rey había empezado a retroceder arrastrándose. Una flecha le atravesó el jubón de cuero; la arrancó con un gesto furioso.

—¡Así que quieren matarnos! —exclamó—. ¡Veo a uno de esos miserables.

Una pequeña silueta desnuda y cubierta de pelo, con orejas puntiagudas y cola, desapareció entre los árboles.

— ¡Y no tengo mi fiel ballesta! ¿Podéis encontrar un hechizo que nos saque de aquí?

—Si dejasen de disparar con sus cerbatanas, podría lanzar un hechizo de confusión. Es una operación mágica relativamente sencilla.

— ¡Eh, silvanos! —aulló Jorian apoyándose en los codos—. ¡Somos amigos! ¡Acercaos y discutamos como personas razonables!

Debió pegarse al suelo cuando una flecha estuvo a punto de alcanzarle.

— ¡Retroceded, deprisa! —exclamó al sobrepasar a su compañero arrastrándose como un gusano.

—No puedo ir tan deprisa como tú —dijo Karadur, sin aliento.

— ¡Ah! Si pudiera acercarme lo suficiente para coger a uno... Escuchad —murmuró Jorian—. Voy a fingir que me han alcanzado y a simular que agonizo. Haced lo mismo.

Un dardo que iba a alcanzar al rey en el rostro fue desviado, en el último instante, por una rama.

— ¡Ah! —exclamó Jorian cayendo presa de terribles convulsiones.

A sus espaldas, Karadur le imitó y los dos se quedaron tendidos, totalmente inmóviles.

Tras lo que pareció una eternidad, un ruido entre el follaje les anunció la llegada del pueblo del bosque. Tres silvanos aparecieron en el sendero, armados con cerbatanas de bambú. Cuando estuvieron a pocos pasos, Jorian saltó y se lanzó sobre el primero de ellos. Dado que la pequeña criatura le llegaba por la cintura, consiguió dominarla fácilmente.

Los otros dos retrocedieron a toda prisa, parloteando en su extraño idioma. Y, cuando se llevaron la cerbatana a los labios, Jorian apretó con el filo del cuchillo la garganta de su prisionero.

— ¡No disparéis si apreciáis la vida de vuestro amigo! -gritó.

Hubieran comprendido o no sus palabras, los dos silvanos titubearon. Karadur, que se había mantenido a espaldas de Jorian, se adelantó y se dirigió a los silvanos en su chirriante dialecto. Estos le respondieron y bajaron las armas.

— ¿Qué dicen? —preguntó el ex rey de Xylar.

Dicen que matan a todos los miembros de «gran pueblo» que se aventuran por aquí. Desde la muerte de su amigo el herrero, sus bosques se han infestado de criaturas de nuestra especie.

—Decidles que, si nos dejan tranquilos, lanzaréis un nuevo hechizo de confusión.

—Es exactamente lo que me proponía hacer.

Karadur y los silvanos siguieron hablando.

Luego, el mulvaniano recogió algunas ramitas y encendió una pequeña hoguera en medio del sendero. De uno de los numerosos compartimentos de su maletín sacó un pellizco de polvo que echó en las llamas salmodiando curiosos encantamiento. Los vapores que se liberaron hicieron estornudar a Jorian que seguía apretando firmemente a su cautivo.

—Dicen que puedes soltar sin temor a su compañero --dijo el viejo brujo.

—Ignoro hasta qué punto se puede confiar en estas criaturas.

—Oh, estoy convencido...

—Sí, sí. Pero, hasta ahora, no me ha ido muy bien confiando en vuestras certezas. ¿Cuál es el juramento que más les ata?

—Creo que por el alma de Thio.

—Entonces pedidles que juren hacer la paz con nosotros por el alma de Thio. Tendré que soltar a este tipo algún día, pues no puedo hacer un hoyo en el suelo para recuperar la corona y sujetarle al mismo tiempo.

Tras unas cuantas palabras, Jorian liberó al prisionero. Los tres silvanos desaparecieron entre la vegetación. El ex rey de Xylar le preguntó a su compañero:

— ¿Cómo sabéis tanto sobre ellos?

—Tuve que pasar unos exámenes sobre el tema cuando estudiaba brujería en Trimandilam.

—Pero, ¿por qué, si sabíais su idioma, no dijisteis nada antes?

—Estaba demasiado asustado y, además, estaba sin aliento.

Siguieron su penoso avance. Jorian sudaba abundantemente, apartaba las moscas y echaba miradas ansiosas a su alrededor. El día se estiraba interminablemente.

En el mediodía, llegaron a uno de los brazos de los pantanos de Moru. Un pequeño cocodrilo se deslizó al agua, provocando arrugas en la superficie negra e inmóvil sobre la que revoloteaba una bandada de libélulas.

—Es extraño —dijo Jorian consultando el mapa con el ceño fruncido—. Se diría que esto es parte del ramal norte del pantano de Kadvan, pero deberíamos estar más al sur, por aquí. —Señaló un punto en el mapa—. Creía conocer esta región como la palma de la mano... ¡Por Zevatas! Ya sé lo que ha pasado. El encantamiento de confusión me ha confundido también a mí.

Karadur alzó las manos al cielo.

— ¿Qué esperabas, hijo mío? No dispongo de ningún modo para protegerte de sus efectos.

— ¿No os sentís afectado?

—No realmente, pues no estuve en estos parajes como hiciste tú cuando eras rey. Tengo pocos conocimientos que mi sortilegio pueda emborronar.

Jorian se encogió de hombros.

—Bien; en ese caso, no tenemos más opción que continuar. ¡Seguidme!

Se lanzó a practicar una desesperada exploración de los pantanos, apartando arbustos y hundiéndose en el barro. El agotamiento de Karadur les forzaba a detenerse cada vez más frecuentemente. Cien veces, Jorian, fiándose del sol, intentó dirigirse siguiendo lo que tomaba por una línea recta para descubrir que había girado en redondo y se encontraba avanzando en dirección opuesta a la deseada. Al atardecer seguían perdidos.

—Y yo que pensaba que estaríamos de vuelta en el carro con la corona antes de que cayera la noche —rezongó Jorian—. Puedo atestiguar que vuestro encantamiento funciona a las mil maravillas. Si lo hubiera sabido, me habría traído comida y mantas. No nos servirá de nada seguir nuestro camino a ciegas y sin lámpara que nos ilumine.

— ¿Tendremos que pasar la noche en el suelo? —preguntó Karadur, inquieto.

—Así parece. Esperemos que el tigre que vi en el monte Aravia no pase por aquí. Aunque para él no sería una distancia imposible de recorrer.

Jorian encendió una pequeña hoguera y pasó una noche incomodísima apoyado en un árbol, dando cabezadas y preguntándose si los ruidos que oía serían los de algún predador que acechaba a su alrededor o los gruñidos de su propio estómago vacío. Karadur parecía apañarse bastante mejor; sentado, con las piernas cruzadas, se sumió en un trance místico y se despertó al alba con aparente buena forma.

Anduvieron durante toda la mañana mientras el frescor de la noche fue dando cabida al sofocante calor del día. El ex rey de Xylar acabó por declarar:

—Creo que estamos llegando. La configuración del terreno me parece familiar, a menos que el encantamiento también haya afectado los pocos recuerdos que todavía conservo. ¿Tenéis don de segunda vista a corto alcance que pueda decirnos dónde se encuentra la corona!

—No; eso es una especialidad de Goania. Déjame pensar; ¿lo enterramos bajo un tocón?

—Sí. Allí hay uno. ¿Quizá sea el bueno?

Pero no lo era, lo mismo que no lo eran ninguno de los otros seis que miraron.

—Me parece que tengo una pesadilla en la que tengo que cavar eternamente bajo una serie interminable de árboles muertos —dijo Jorian—. ¡Ah... creo que reconozco aquél!

Unos minutos más tarde, el ex rey lanzaba un grito de triunfo al sacar de entre las hojas muertas un montón de harapos podridos que envolvían un pesado objeto. Esos trapos no eran otra cosa que lo que quedaba de las ropas que Jorian se quitó cuando encontró a Karadur en aquel lugar durante su huida. En medio de los jirones, brillante y resplandeciente, descansaba la corona de Xylar.

Jorian la levantó para admirar los reflejos del sol matinal en las piedras preciosas, que lanzaron destellos azules, púrpura y verdes al ser bañadas por la luz del sol.

— ¡Al fin! —exclamó—. ¡Qué placer haber acertado aunque sólo sea una vez...! ¿Qué es eso?

Sonó un ruido sordo. El ex rey se puso en pie y examinó los alrededores. Muy cerca se oían crujidos de ramas y sonoras pisadas.

— ¡Es un dragón paaluano! —gritó Jorian—. ¡Deprisa, trepemos a un árbol!

En lugar de apresurarse a hacerlo, Karadur deshizo la cuerda que llevaba enrollada alrededor de la cintura, la puso ante sí y empezó a recitar encantamientos. El extremo de la cuerda se alzó como la cabeza de una cobra furiosa y luego, cuando estuvo a la altura del hombre, el viejo la agarró con las dos manos y se la colocó alrededor de las piernas. La cuerda siguió subiendo hasta apoyarse casi totalmente en el otro extremo, alzando al mulvamano casi tres brazas por encima del suelo.

El dragón avanzaba rápidamente hacia los pies del árbol en que se había refugiado Jorian. Apoyó las engarriadas patas en el tronco y se alzó cuan largo era, pasando la cabeza entre el follaje y proyectando una larga y feroz lengua. El ex rey trepó aún más alto para ponerse fuera del alcance del monstruo.

El dragón dejó el árbol y su ocupante para interesarse por Karadur, encaramado en la punta de la cuerda hechizada; inclinó la cabeza hacia un lado, luego al otro, y se acercó a la extraña liana, lamiéndola con la punta de la lengua.

Jorian pensó que, incluso con su pequeño cerebro de reptil, el dragón tendría el buen juicio necesario para clavar los colmillos en la cuerda y empezar a sacudirla para hacer caer a Karadur de su precario asidero. Sin siquiera reflexionar, se lanzó hacia abajo, sacó la espada y echó a correr hacia el lagarto que seguía examinando la cuerda. Golpeó la cola del animal, hiriendo ligeramente la espesa piel cubierta de escamas.

Con un ronco mugido, la bestia giró su enorme cabeza para ver lo que había alcanzado. Jorian, que había previsto aquella reacción, volvió a envainar la espada y huyó mientras el dragón se lanzaba pesadamente tras él.

El ex rey se guardó mucho de correr con todas sus fuerzas, pues sabía que si tropezaba y caía el monstruo le devoraría antes de que tuviera tiempo siquiera de levantarse. Avanzó prudentemente, evitando las raíces y las ramas caídas. El dragón se encontraba a sus espaldas. Por el sonido, Jorian adivinó que su perseguidor se acercaba, pero mantuvo el paso.

Corrió y corrió. Su corazón latía desesperadamente y su aliento era cada vez más entrecortado. Al fin, le pareció que el dragón ya no le ganaba terreno.

Pero, en aquel momento, a pesar de todas sus precauciones, metió el pie en un agujero oculto por las hojas muertas y cayó al suelo cuan largo era. Se incorporó precipitadamente, esperando que los colmillos se cerrasen sobre él. Un rápido vistazo le dijo que el monstruo aún se encontraba a unas cuantas brazas. Echó a correr.

Cuando sus pulmones parecían a punto de estallar, se dio cuenta de que su perseguidor también iba frenando. Se arriesgó a echar una mirada hacia atrás. El dragón seguía avanzando, pero cada vez más lentamente, como un juguete que se va quedando sin cuerda.

Jorian dejó de correr, pero sin perder de vista al dragón. Un sabio de Iraz le dijo en una ocasión que los animales de sangre fría como los lagartos tenían corazones menos eficaces que los de los pájaros y los mamíferos, y que por ello no podían soportar largos esfuerzos violentos. Aquella teoría acababa de ser demostrada.

El dragón se detuvo y tendió su gran cuerpo en el suelo del bosque. No se movió más y habría podido pasar por muerto si no hubiera movido la lengua y la caja torácica. Jorian, recuperándose penosamente, le observó desde lejos. Tras un buen rato, el lagarto se levantó sobre sus cortas patas y se alejó a trompicones. El ex rey temió durante un momento que se dirigiera a Karadur, pero se fue en dirección opuesta. Cuando ni le vio ni le oyó más, Jorian volvió al lugar en que había dejado la corona.

El brujo seguía subido a la cuerda.

— ¿Puedo bajar sin riesgos? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí. Al menos de momento. ¿No os disteis cuenta de que podía morder la cuerda y tiraros al suelo?

—Oh, lo pensé, pero como soy tan anciano y no puedo subir a los árboles, y como no teníamos escala como en el parque del gran duque, sabía que la cuerda me sustentaría gracias a la fuerza de mi encantamiento.

Se deslizó a tierra y, a una orden, la cuerda se hizo un montón a sus pies. La recogió, la enrolló alrededor de la cintura y siguió hablando:

—Gracias por haberme salvado la vida poniendo en peligro la tuya. Sean cuales sean tus defectos, eres un verdadero héroe, hijo mío.

—No, no —protestó Jorian con aspecto embarazado—. Si hubiera tenido tiempo para pensar, creo que hubiera pasado tanto miedo que no habría hecho nada.

— ¡Jorian! —exclamó Karadur con firmeza—. ¿Recuerdas lo que te he dicho más de cien veces acerca de esa molesta tendencia que sientes a menospreciarte?

—Perdonadme. No había corrido tanto desde el día en que el padre de Estrildis me estuvo persiguiendo con una hoz la primera vez que fui a su granja para intentar seducir a su hija. —Tomó la corona—. Temía, sobre todo, que el dragón se la tragase. Habría tenido que matarle y destriparle para recuperarla, e ignoró cómo hacerlo. Ahora, partamos de aquí antes de que llegue alguno más.

—No había visto ninguno las otras veces que estuvimos en Moryu. ¿De dónde vienen?

—Era un dragón de Paalua, más allá del océano Occidental. Los paaluanos tenían por costumbre saquear las cosas de los otros países para apoderarse de sus habitantes y devorarlos; aunque eran muy civilizados en determinados aspectos, conservaban esta práctica tan poco sociable. Hace ya varias generaciones, desembarcaron en las costas de Ir con la esperanza de llenar sus despensas con prisioneros novarianos. Llevaron unos cuantos dragones de éstos como monturas de caballería, y cada uno de los dragones llevaba media docena de soldados a la espalda. Luego, cuando los paaluanos fueron derrotados, algunos de estos monstruos acudieron a refugiarse al sur, en los pantanos, donde sobrevivieron y empezaron a reproducirse. Siempre ha habido rumores acerca de su existencia, pero esta es la primera vez que me encuentro con uno de ellos.

Estudiando cuidadosamente el mapa y el terreno, terminaron por encontrar el camino que les llevaba a la carreta, a pesar del hechizo de confusión que contribuyó a que se perdieran en varias ocasiones. Jorian, como era el modo más cómodo de llevarla, se había puesto la corona de Xylar.

Mientras se acercaban al claro donde dejaron el vehículo, un sonido de voces puso en alerta al ex rey. Siguiendo avanzando con pasos furtivos, haciendo un gesto para que Karadur se quedase a sus espaldas y mantuviera silencio.

Jorian no tardó en distinguir dos siluetas junto al carro. Avanzando un poco más, constató que se trataba de dos hombres vestidos con harapos que sujetaban a Margalit, que no dejaba de debatirse. Un tercer ladrón, del que sólo veía la parte inferior, estaba descargando lo que encontraba en el interior del carro. El caballo y la muía pacían plácidamente.

El ex rey se deslizó tras un árbol antes de sacar la espada para evitar que el sol se reflejara en la hoja y alertara a los salteadores. Karadur, unos pasos tras él, murmuraba un encantamiento.

Jorian se tensó y saltó al centro del claro con una carga rápida y silenciosa. Llevaba recorrida la mirad de la distancia que le separaba de su objetivo cuando uno de los bandidos le vio y gritó:

— ¡Aldol, cuidado!

El tercer ladrón, el que vaciaba el carro, giró. Era más bajo que Jorian, pero ágil y nervioso. Antes de que el ex rey, blandiendo la espada, le alcanzase, Aldol sacó su arma, una cimitarra de doble filo.

Llevado por el impulso, Jorian no pudo detenerse. La punta de su espada se clavó hasta las guardas en el pecho de Aldol mientras, al mismo tiempo, éste abatía su arma sobre la cabeza de su adversario. La hoja curva golpeó en la corona de Xylar provocando un ruido metálico.

Ligeramente aturdido, Jorian intentó retirar la espada, pero ésta parecía incrustada en la espina dorsal de Aldol. Mientras aumentaba sus esfuerzos para recuperar su arma, el hombre golpeó de nuevo, un golpe de revés dirigido a la nuca de Jorian. Este echó hacia atrás el brazo izquierdo al sentir el filo de la hoja penetrando el cuero, la tela y la carne. Aldol vaciló y, al cederle las rodillas, se derrumbó, arrastrando la espada de Jorian en la caída.

Sus cómplices soltaron a Margalit y tomaron sus armas. Luchando para desclavar la espalda, Jorian se dijo: esta vez es el fin; me habrán transformado en filetes antes de que -pueda sacar la espada,

Pero, para su mayor sorpresa, una expresión terrible se pintó súbitamente en los rostros de los dos supervivientes en el momento en que se disponían a rematarle. En lugar de atacar, los rufianes dieron media vuelta y huyeron por el sendero rumbo al camino principal. No tardaron en perderse de vista.

Jorian, al fin, liberó la espada. El ladrón ensartado gemía débilmente. El ex rey apoyó la punta de la espada en el corazón del hombre y, con un vigoroso empujón, le redujo al silencio definitivamente.

—Jorian! —gritó Margalit lanzándose en sus brazos—. ¡Llegasteis justo a tiempo! ¡Decían que me iban a violar no sé cuántas veces antes de cortarme la garganta!

—Cuidado, no vayas a hacerte daño.

— ¿Estáis herido?

—Un simple arañazo. ¿Qué pasó?

Se quitó el jubón y la camisa. La cimitarra de Aldol había sido detenida por el cubito y una herida de un dedo de ancha le sangraba en el antebrazo. Mientras Margalit lavaba y vendaba la herida, le contó lo que había ocurrido:

—Me estaba lavando la cara en el río cuando estos canallas se me echaron encima. La ballesta estaba en el carro y no podía servirme de nada. Sin embargo, me parece que a uno de ellos le puso un ojo morado.

La joven inclinó la cabeza y, al ver que tenía la blusa totalmente rota, se echó los trozos sobre el pecho antes de continuar.

— ¿Qué me pareció ver cuando os lanzasteis sobre el jefe de los ladrones? ¿No

eran como tres o cuatro Jorian quienes, blandiendo la espada, con la testa coronada, se lanzaban como jabatos? Fue un espectáculo terrible.

—Sólo una ilusión —explicó Karadur—. Bastó para hacer huir a los otros dos. Puedo aseguraros, lady Margalit, que si os quedáis algo de tiempo en compañía de Jorian, nunca conoceréis el aburrimiento. La vida a su lado es una continua sucesión de peligros.

—No comprendo por qué —dijo Jorian con voz quejosa—. Soy un hombre pacífico que no pide otra cosa que poder ganarse la vida honradamente.

—Quizá naciste en un día dedicado al dios de la guerra novariano... ¿cómo se llama? —preguntó el brujo.

—Heryx. No nací ese día.

Se quitó la corona en la que la espada de Aldol había marcado una profunda huella y añadió:

—Este invento me ha salvado la vida, lo mismo que vuestro turbante. No creo que esta marca haga que baje su precio.

Margalit se extasió ante la belleza de la corona; preguntó:

—Jorian, ¿estáis seguro de querer desprenderos de ella para recuperar a Estrildis?

— ¡Claro que estoy seguro! —replicó secamente el ex rey—. Ya lo había dicho, ¿no?

Bajó los ojos al cadáver del bandolero y declaró:

—Habrá que librarse del cadáver de este canalla antes de que atraiga a las bestias de presa. Además, no tardará en oler mal con este calor.

— ¡Jorian! —exclamó Karadur—. Antes de que lo hagas, ¿no deberíamos declarar este asesinato ante algún representante legal?

—Sí, pero, ¿de qué ley?

— ¿Estamos en Othomae o en Xylar?

Jorian se encogió de hombros.

—La frontera nunca ha sido definida claramente tan al sur. Cuando yo era rey de Xylar, intenté persuadir a los othomaeanos para que participaran en una comisión territorial mixta pero, temiendo algún engaño, pusieron tantas dificultades que decidí dejarlo. A decir verdad, esta región no tiene gobierno y carece de leyes.

Despojó al cadáver de la bolsa y las armas, se lo echó a los hombros, dio diez pasos, lo dejó caer al borde del camino y volvió a la carreta.

Durante el resto del día, así como durante todo el día siguiente, decoraron el carro con brillantes colores y símbolos astrológicos. Jorian se afeitó y Margalit y él se prepararon para teñirse la piel de un color más oscuro.

Cuando llegó el turno de Margalit, la joven declaró:

—Por favor, Jorian, alejaos y cazad un poco. No quiero detectar vuestra mirada atenta mientras me encuentre desnuda ante padre Karadur.

Jorian sonrió ampliamente y contestó:

—Si insistís... aunque todavía es un hombre.

—Dada su edad, no siento lo mismo que sentiría ante vos. Ya conocéis a esos magos, probablemente tendrá varios siglos de edad.

— ¡Cómo exagera la gente! —protestó Karadur—. Sí, puede que mi longevidad se haya visto acrecentada por la práctica de la austeridad y el ocultismo, pero todavía no he llegado a los primeros cien.

—La vida de los brujos quizá no dure siglos —dijo Jorian—, pero con tan pocas distracciones debe parecerles muy larga. Felicidades, doctor. ¡Tenéis noventa y tantos años y parecéis un muchacho de setenta!

— ¡No te burles, impertinente! Y, ahora, toma la ballesta y ve a buscar una liebre o cualquier otro bicho mientras me ocupo de la dama.

Al día siguiente, tomaron la ruta principal que unía Othomae y Xylar. Karadur tomó el nombre Mabahandula, un seudónimo que ya había empleado en el pasado. Quiso darle a Jorian un nombre mulvamano igual de polisílabo, pero éste protestó

—Me cuesta trabajo acordarme del vuestro. ¿No pareceríamos muy ridículos si no recordase cómo me llamo cuando me preguntaran?

Jorian se convirtió en Sutru y Margalit recibió el nombre de Akshmi. El ex rey llevaba un turbante, un blusón púrpura con muchos botones de cristal y pantalones bombachos sujetos por los tobillos, todo ello comprado a Henvin el Sastre. El disfraz mulvaniano de Margalit consistía en una larga pieza de tela de veinte codos enrollada varias veces alrededor de su cuerpo de un modo muy complicado.

Atravesaron tranquilamente Xylar, deteniéndose aquí y allá para reunir algunas monedas diciendo la buena ventura, cantando y bailando. Margalit ejecutó las danzas que Jorian y Karadur le habían enseñado, haciendo tintinear unos pequeños címbalos que llevaba en los dedos, mientras el mago golpeaba en un tamboril y el ex rey tocaba la flauta. Su herida estaba infectada y el uso del brazo izquierdo resultaba doloroso.

Jorian interpretaba las raras frases musicales que recordaba de Mulvan, repitiéndolas incansablemente. Aunque Karadur no dejaba de rezongar que generaciones de músicos mulvanianos debían estar agitándose en sus tumbas ante el tratamiento que Jorian infligía a su arte, los habitantes locales no encontraban nada que decir. Como el propio Jorian observaba, carecían de elementos de comparación. Con la práctica, el trío fue mejorando. El resultado, a falta de representar los mejores momentos del arte mulvaniano, resultaba un buen espectáculo.

Un día grisáceo, Karadur preguntó:

— ¿A qué distancia estamos de la siguiente urbe, hijo mío?

Jorian reflexionó frunciendo el ceño.

—Si no me equivoco, es Ganaref. A mi entender, no llegaremos antes de la caída de la noche. Podríamos llegar antes apremiando a Cadwil, pero Filoman parece que cojea. Necesita nuevas herraduras en las patas delanteras; el herrero de Othomae no hizo muy buen trabajo.

— ¿Tendremos que acampar de nuevo al borde del camino? —preguntó inquieta Margalit.

—Quizá no sea necesario. Pronto llegaremos al desvío donde el camino se bifurca para alcanzar el castillo de Lorc, donde encontraremos refugio. —Alzó los ojos—. Si no me equivoco, vamos a mojarnos.

Karadur dijo:

— ¿No me dijiste, Jorian, que el castillo del barón Lorc estaba encantado?

—Así lo dicen, pero nunca he profundizado en esa cuestión. No presto mucha atención a las leyendas.

—Quizá deberías hacerlo —replicó el hechicero.

La tormenta rugió.

Margalit y Karadur tomaron la palabra al mismo tiempo. El mulvaniano quería que se apartasen del camino para montar la tienda, mientras que la joven deseaba apresurarse para llegar a Ganaref. Discutían cuando Jorian exclamó:

— ¡Ah! Allí está, me parece, el camino que conduce al castillo de Lorc.

Margalit se inclinó hacia adelante.

—Está medio cubierto de vegetación. ¿No vive nadie?

—No que yo sepa. ¡Ya empieza a llover!

Librodot

Gruesos goterones se estrellaron en la tela del carro.

—Con esto se resuelve el problema —indicó Jorian—. Pasaremos la noche en el castillo. Dadme la capa, por favor.

Se la puso y bajó a guiar al caballo de la brida por el sendero cubierto de hierba.

—No me gustaría encontrarme con el fantasma de mi antepasado —dijo Margalit con un estremecimiento.

— ¿Descendéis del barón Lorc?

—Efectivamente.

—En ese caso, si hay fantasma, se mostrará amistoso. Seguidme.

Penetraron lentamente en el bosque y, evitando algunos arbolillos que habían crecido en mitad del camino, empezaron a subir por una pendiente. La lluvia caía cada vez más fuerte. Jorian estuvo empapado en poco tiempo y juzgó preferible volver al carro.

En la cima de la colina, los árboles se aclararon y dejaron ver un tapiz de vegetación menos espeso en el lugar en que antaño creciese el césped del castillo, abandonado hacía mucho tiempo. Los derruidos muros del edificio se alzaban sobre algunos arbustos que se recortaban, negros y amenazantes, contra el cielo gris.

El portal, medio caído, daba acceso al patio del castillo que no sólo había sido invadido por las malas hierbas y los arbustos cuyas raíces habían levantado las losas, sino también estaba lleno de agujeros, manifiestamente fruto de la mano del hombre, que a los viajeros les costó trabajo sortear.

—Los cazadores de tesoros han pasado por aquí —constató Jorian—. Y también los habitantes de Ganaref. Se han llevado el rastrillo y todas las piedras que han podido arrancar. Vamos a ver si queda algo de techo que nos proteja de la lluvia. Esperadme aquí mientras echo una mirada.

Bajó del caballo, le entregó las riendas a Margalit y penetró en el castillo, cuyas puertas colgaban sobre rotos goznes. En el interior, tuvo que escalar pilas de escombros procedentes del techo. Avanzó con muchas precauciones.

Al fin volvió y les dijo a sus compañeros:

—He encontrado una habitación que parece protegida de la intemperie. Atad a los animales a las estatuas que rodean la fuente y seguidme.

Sacó del carro las mantas y otras cosas necesarias, transportando a hombros los objetos más pesados. Apenas el trío se había instalado cuando cesó la lluvia. El sol poniente tino de púrpura las nubes desgarradas.

— ¡Maldición! —gritó Jorian, estornudando—. Me gustaría secarme. A ver si funciona alguna chimenea. Felizmente para nosotros, ya habían sido inventadas en tiempo de Lorc.

Volvió al carro en busca de un hacha y, cuando el crepúsculo caía, volvió con una brazada de ramas.

—La madera está verde y mojada —dijo—. Tendréis que

recurrir nuevamente a vuestro fuego mágico, doctor Karadur.

Intentaban encender el fuego cuando Jorian se alertó por unos ruidos procedentes del exterior.

—Visitantes —suspiró dirigiéndose a la puerta andando de puntillas.

Volvió junto a sus compañeros y murmuró:

—Son siete u ocho, con caballos; salteadores o buscadores de tesoros. No puedo estar seguro con esta penumbra, pero dos de ellos se parecen a los que nos atacaron en los pantanos de Moru. Margalit, ¿queréis ir a buscarme la espada? Está en la habitación con las demás cosas.

— ¿De qué serviría una sola espada contra ocho bribones? —protestó Karadur—. Morirías como un héroe, pero, ¿acaso nos interesa?

— ¡Algo habrá que hacer! Están junto al carro. No tardarán en empezar a buscarnos. Incluso suponiendo que no nos encuentren, se llevarán el carro y los animales.

—¡Aquí está el arma —dijo Margalit.

Karadur reflexionó unos instantes y dijo:

—Me parece que sería mejor intentar asustarles. Lady Margalit, por favor, dadme una manta... ¡Así! —La echó sobre los hombros de Jorian—. Cuando entren, te harás pasar por el fantasma del barón. Volved a la habitación, lady Margalit.

Envuelto en la manta, Jorian descendió los peldaños de la escalera. Emergió en el umbral, apenas visible en las cada vez más espesas tinieblas, y con una voz sepulcral espetó:

— ¿Quién osa turbar el descanso del barón Lorc?

Mientras hablaba, sujetaba la espada por el pomo por debajo de la manta. Si descubrían que era un disfraz, no le encontraría indefenso. Refugiado en la escalera, sólo le podrían atacar de dos en fondo.

Los siete hombres miraron a su alrededor murmurando inquietamente. Uno de ellos lanzó un gritó apagado.

— ¿Quién osa violar la morada del barón Lorc? —murmuró Jorian dando un paso hacia adelante.

El ladrón que se encontraba más cerca retrocedió apresuradamente. Otro dio media y se lanzó aullando hacia el portal:

— ¡Huyamos! —Tropezó en una piedra, se levantó y echó a correr nuevamente.

En un parpadeo, todos echaron a correr a ciegas en la oscuridad. Jorian siguió avanzando muy lentamente, por si alguno tenía idea de volverse para mirar a sus espaldas. No tardó en escuchar el ruido producido por unos jinetes saltando a la silla y, luego, el sonido de cascos que se alejaban. Cuando el ex rey llegó a la puerta, el patio estaba vacío a excepción de su caballo, la muía y el carro.

Se libró de la manta y se limpió con el brazo el sudor que le cubría la frente.

— ¡Ya podéis salir! —gritó—. Se han ido.

—Os felicito, joven —dijo una voz a sus espaldas.

Los cabellos del ex rey se erizaron en su nuca, pues aquella voz no era ni el chirriante chorro de Karadur ni el puro tono de contralto de Margalit. Aunque débil y susurrante, era todavía más grave que su propia voz. Giró bruscamente, asomando la espada.

A pocos pasos de él flotaba una forma vaga y translúcida. Se convirtió poco a poco en la silueta medio transparente de un hombre mayor, bajo y rechoncho, vestido con unos hábitos tan pasados de moda como su forma de hablar.

Jorian se sobresaltó violentamente; tenía la lengua como pegada al paladar. Al fin, consiguió croar:

— ¿Sois... sois vos... el... el barón... Lorc? Quiero decir... su... su fantasma...

—Claro, claro. A decir verdad, soy lo uno y lo otro. No has dispuesto con negligencia de esos malandrines. Yo mismo no habría...

El fantasma se interrumpió cuando Karadur y Margalit bajaron por la escalera. Jorian escuchó el quejido de sorpresa de la joven. Tras recuperar un poco de sangre fría, el ex rey recordó del personaje que debía ser. Tomando su mejor acento mulvaniano, empezó con las presentaciones:

—Distinguido señor, os presento a unos amigos que viajan en mi compañía: la danzarina Akshmi y el doctor Maha... Mabahandula de Mulvan. En cuanto a mí, soy Sutru de Mulvan. Y éste es el barón Lorc.

Con los ojos desorbitados en la oscuridad, Margalit consiguió esbozar una torpe reverencia.

El fantasma sonrió.

—Me queréis hacer creer que sois mulvanianos. Pero os observo desde que habéis penetrado en mis dominios en ruinas y os he oído hablar en novariano como cualquier otro habitante de las Doce Naciones. Ni me habéis engañado ni puedo ignorar que sois novarianos ataviados como orientales. ¿A qué se debe tamaña impostura?

—Pues bien, hicimos cuanto pudimos señor. Mirad, señor. Venimos de muy lejos y nos ganamos la vida dando espectáculos a lo largo del camino. Permitid que os presente a lady Margalit de Totens, que me ha dicho que era una de vuestras descendientes. Este es el doctor Karadur que, por su parte, sí es un verdadero mulvaniano.

El fantasma se inclinó y declaró:

—A decir verdad, me alegra encontrarme con un pariente. No te puedo besar la mano, pues no estoy lo suficientemente materializado, pero, por favor, considera la intención. Zevatas sea loado, pues, después de todos estos lustros encuentro visitantes que no huyen aterrados al ver mi aspecto. Sabed que sólo soy un inofensivo espectro al que la monotonía de su estado aburre profundamente. ¿Os quedaréis aquí esta noche para acompañar a la solitaria aparición en que me he convertido y contarme lo que ha ocurrido en el mundo recientemente? Desde la muerte de mi leal amigo Alaunus, no disfruto de la compañía de un mortal.

—¿Quién era? —preguntó Jorian.

—Alaunus era un viejo borracho que vivía de la mendicidad y los comercios inmorales en Ganaref. De vez en cuando, venía a vaciar una jarra y charlar conmigo. Era, en leguas a la redonda, el único mortal que no me tenía miedo.

—Pero, ¿por qué os quedáis en estas ruinas y no os dirigís al mundo del futuro? —preguntó sorprendido Jorian.

—Es una larga y penosa historia. ¿No sería mejor que encendierais una hoguera y preparaseis algo de comer mientras hablo? ¡Qué anfitrión sería si os dejase aquí de pie toda la noche! Por favor, tomad asiento, al menos en lo que podáis encontrar que no haya sido destruido por las garras del tiempo.

Cuando Jorian acabó de encender el fuego y Margalit servido su modesta cena, el barón empezó:

— ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Iba a contaros cómo me encontré encadenado a estos lugares. Sabed que, durante el último año de mi existencia, un milagrero llamado Aurelion llegó al palacio pidiendo hospitalidad. Mi salud ya era mala, debido a problemas del corazón, y Aurelion decía que a cambio de una modesta suma en oro podría transmutar el plomo en diez veces su peso en oro. Además, afirmó, aquel oro alquímico poseía tales virtudes que, reducido a polvo, me curaría de todos mis males y daría la vida eterna.

»Cuando mi hija vino a visitarme acompañada de su esposo, me advirtió que aquel personaje no era más que un charlatán, pero Aurelion era tan convincente y su aspecto tan seductor que le di el oro que pedía y le rogué que continuase adelante.

»Durante casi todo un año, el alquimista permaneció en el castillo efectuando, decía, los preparativos. Exigía sin cesar cada vez más escudos para procurarse los raros ingredientes que iba a buscar a la ciudad de Xylar. Estudió grimorios antiguos que llevaba con él y se entregó a operaciones mágicas en la torre que le reservamos.

»Y, mientras tanto, fue pasando el tiempo, y empecé a impacientarme ante la riada de promesas que no paraba de hacerme Aurelion. Acabé por decirle que o fabricaba pronto el oro o que se marchase, pues me estaba arruinando. Me dijo que la transmutación se efectuaría a la noche siguiente.

»Que fuera un verdadero mago o brujo además de un canalla, no lo dudo, pues no son habilidades incompatibles. Evocó un demonio verdadero para que le ayudara en sus tareas. ¿Ha asistido alguno de vosotros a una evocación mágica? ¿Sí? En ese caso, no habré de insistir en las molestas etapas del pentáculo, las fumigaciones, los encantamientos, los gestos mágicos y todo lo demás. Me basta con decir que aquel chalado colocó cien libras de plomo en una mesa y se dedicó a un poderoso conjuro. Cuando el humo y las llamas se hubieron disipado, los lingotes centelleaban con el brillo del oro auténtico.

»Yo me sentía loco de alegría porque aquella fortuna fuese a añadirse a los bienes de mi familia, sobre todo también ante la perspectiva de librarme de todas aquellas enfermedades a que está sometida la carne moral. Sin pensar en otra cosa que no fuera disfrutar de la dulzura del oro, avancé en cuanto el metal se hubo enfriado lo suficiente y rasqué uno de los lingotes con la punta de la daga; el lingote mostró el grisáceo tinte del plomo. Temiendo lo peor, hice lo mismo con todos y vi también que todos eran de plomo.

»— ¡Ah, señor! ¿Qué es esto? —le grité a Aurelion.

»Este se volvió hacia su demoníaco asistente y le aulló:

»— ¿Qué pasa, malandrín? ¡Nos han engañado!

»El demonio, furioso, replicó:

»— ¡He seguido tus órdenes como he hecho antes en el pasado! ¡No es culpa mía que el mortal haya descubierto tus engaños antes de que pudieras desaparecer!

»El brujo y el demonio siguieron insultándose hasta que este último desapareció con un relámpago y un trueno. Mandé a mis guardias expulsar al alquimista del palacio a latigazos.

»Y, mientras le llevaban encadenado hacia el portal y dos vigorosos guardias le azotaban la espalda desnuda y sanguinolenta, se volvió hacia mí y me gritó:

»—¡Barón Lorc, te maldigo con la maldición de Gwitardus! Cuando mueras, tu espíritu será condenado a vagar por este castillo hasta que consigas convencer a una reina para que friegue el suelo de tu morada.

»No volví a ver a Aurelion. Algunos meses más tarde, la condición de mi corazón se agravó y, una mañana, me levanté y descubrí mi cuerpo rígido e inmóvil tendido en la cama. Comprendí que había muerto durante el sueño. Debía descubrir que la maldición del alquimista operaba perfectamente, pues a mi sombra le resultaba imposible abandonar el castillo.

»Mi hija y su esposo llegaron para disponer mis funerales y velar por la ejecución de mi testamento. Vivieron durante algún tiempo en el castillo, pues mi hija era la principal heredera. Pero, ay, cada vez que yo quería hablar con alguien, el interesado se petrificaba de horror. Mi sombra no puede ser percibida a la luz del día, pero, como habréis constatado, se hace visible de noche.

»Sin embargo, ni de noche ni de día, nadie quería acompañar a un viejo fantasma solitario. Durante el día, oían una voz desencarnada y huían como una nave de pájaros asustados por el vuelo de un águila. Y por la noche, les hablase o no, echaban a correr sólo con verme. Poco a poco, los guardias y los criados salieron a buscar trabajo en otra parte. Finalmente, mi hija y mi yerno les imitaron, dejándome solo.

»A1 principio, no me sentía muy descontento, pues mi esposa me había precedido en la muerte y temía encontrarla en el mundo futuro. Aquella perspectiva no me seducía mucho, y podéis juzgar por ella la felicidad marital que conocí estando vivo.»

—No os inquietéis —le calmó Karadur—. Según nuestros sabios, allí se llega casi sin recuerdos de este mundo. Además, he oído que la gente del mundo del futuro se cuenta por miles de millones. Las oportunidades de encontrar a vuestra antigua esposa son tan pequeñas que no vale la pena considerarlas.

—Me tranquilizas el corazón —dijo el fantasma—. Pero, sin que haya una reina que friegue el suelo, ignoro si algún día llegaré a esa esfera. Estoy condenado a pasar aquí la eternidad mientras el castillo se derrumba a mi alrededor. Si tuviera menos materiales con las que pudiera efectuar las reparaciones que aliviaran la decrepitud de los años... Pero las cosas son como son y los que no destruye el tiempo lo hacen los cazadores de tesoros.

Mientras los otros comían, el fantasma se lanzó a relatar largamente sus pasadas experiencias; el año del hambre, su combate para defender el castillo contra una banda de forajidos y las grandes cacerías en las que participó. Parecía una persona cuya compañía resultaba agradable, dotado de una modesta inteligencia, de talentos limitados y de intereses muy restringidos. Margalit y él entablaron una larga discusión sobre su genealogía y la rama de la que descendía la joven. Hablaron de un «primo Gerion», de una «tía-abuela Bria» y de otros parientes cuyos nombres no significaron nada para Jorian.

Librodot

Luego, el voluble espectro llegó a revolución xylariana que, varias generaciones antes, privó a la nobleza de sus privilegios feudales.

— ¡Una monstruosa locura! —exclamó.

El barón pasó la hora siguiente maldiciendo las injusticias realizadas contra sus pares y las iniquidades del Consejo de Regencia que dirigía la nación desde entonces.

Jorian encontró al fantasma bastante amable, pero terriblemente pesado. Hicieron falta muchos bostezos por parte de los tres viajeros para recordarle al barón que, contrariamente a él, los mortales necesitaban dormir de vez en cuando.

IX EL DELEGADO

PARA dirigirse a una alteza real en mulvaniano —le explicaba Karadur a Margalit—, hay que utilizar la fórmula de cortesía. Las frases en las que el soberano, o la soberana, son sujeto u objeto deben ser puestas en tercera persona del singular de subjuntivo. Para cualquier otro miembro de la familia real, o bien para un sacerdote en el ejercicio de sus funciones, se utiliza la tercera persona del singular del indicativo precedida del indicativo honorífico...

—Pero, doctor —le interrumpió Jorian—, no es necesario perder el tiempo con Margalit enseñándole tan sutiles distingos. En primer lugar, no nos vamos a ver con la familia real, y, segundo, nadie en Xylar notará la diferencia. Enseñadle la forma de hablar entre personas del mismo rango y no se hable más.

—Pero, hijo mío, si debe personificar a una mulvaniana, no querría que destrozase mi hermosa lengua natal.

—Jorian tiene razón —dijo Margalit—. Me parece que estas lecciones son bastante fastidiosas sin que añadan refinamientos que no son totalmente indispensables.

El mago suspiró.

—Muy bien, lady Margalit. Sufrid un poco más y permitid que os explique el significado de las vocales nasales...

—Lo mejor sería una enseñanza acelerada —dijo el ex rey—. Mañana llegaremos a la ciudad de Xylar y, afortunadamente, me parece que ya conoce las expresiones que le resultarán más útiles, como «no comprendo bien el novariano» y «no, gracias, mi cuerpo no se vende».

— ¿Adonde nos dirigiremos al llegar?

—Kerin y yo hemos quedado en la fonda El Zorro y el Conejo.

El posadero, Sovar, consideró con ojo receloso a sus tres exóticos forasteros, pero una propina de un león de oro xylanano apaciguó sus temores en un momento. Les dio dos habitaciones, una para una persona, Margalit, y otra doble para los dos hombres.

Mientras se instalaban, Jorian le preguntó a Karadur:

—Doctor, por favor, preguntadle a nuestro anfitrión si Synelius el Boticario ejerce todavía.

— ¿Por qué?

—Porque es preferible que evite aparecer ante él. Cuando yo era rey, me abastecía en casa de Synelius, y si me ven preguntar por él y dirigirme a su casa, alguien podría establecer la relación a pesar de mi traje y mi raro acento.

— ¿Qué quieres de ese Synelius?

—Un bálsamo para mi herida. El brazo todavía me duele y me gustaría que fuerais a

comprarlo.

—Ah, mis viejos huesos —gimió Karadur, actuando.

Un poco más tarde, mientras Jorian se aplicaba el bálsamo en la herida, Sovar llamó a la puerta y anunció:

—Abajo hay un hombre que pregunta si han llegado los mulvanianos. ¿Pregunta por vosotros?

—Bajo ahora mismo —dijo el ex rey.

Abajo se encontraba su hermano Kerin. Resistiendo a los deseos de estrecharle entre sus brazos, le golpeó en las manos al estilo mulvaniano e inclinándose profundamente murmuró:

—Sutru de Mulvan a vuestro servicio. ¿Qué puede hacer este ser indigno por un tan noble señor?

Luego, con un susurro, añadió:

—Sobre todo, no alces la voz.

Kerin, ante el disfraz y las costumbres de su hermano, se mordió los labios para no soltar una carcajada.

Consiguió decir:

—Ah, ya entiendo. ¿Y si cenásemos juntos?

—Imposible. Un mulvaniano no puede comer con un extranjero. Sería una profanación.

—Sin embargo, me dijiste que asististe a una recepción que daba el emperador mulvaniano —comentó Kerin, sorprendido.

—Efectivamente. Pero era un espectáculo de bailarinas, no un banquete. Sólo nos sirvieron zumos de frutas y supongo que eso no cuenta.

Luego, alzando la voz y recuperando el acento, continuó:

—Pero que su señoría cene solo y luego se reúna conmigo en mis modestas habitaciones.

Kerin comió en un rincón mientras los pretendidos mulvanianos, cenando por su cuenta, le ignoraban ostensiblemente. Un poco más tarde, cuando en la sala sólo quedaban unos pocos clientes dedicados a sus propios asuntos, Jorian llamó la atención de Kerin y le guiñó un ojo acompañado con un ligero movimiento de cabeza. Cuando el ex rey hubo desaparecido por la escalera, su hermano se levantó y le siguió. En la habitación, se abrazaron propinándose palmadas en la espalda y sonriendo abiertamente.

—Bien —dijo Jorian—, ¿podrá liberarla Thevatas?

—Eso dice. ¿Tienes lo necesario?

—Así es. Está en este saco con la ropa sucia. Puedes palparla a través de la tela. ¿Cuándo podrás hacerlo?

Kerin se encogió de hombros.

— ¿Mañana por la noche?

—De acuerdo, pero pronto, al menos una hora antes de la puesta del sol. No me gustaría dejar la ciudad cuando las puertas estuvieran cerradas por la noche. Cuando en el palacio descubran su desaparición, todo el mundo va a estar tan agitado como si vivieran en un avispero.

Mientras el sol descendía por el horizonte, Jonan, cada vez más nervioso, se acercó varias veces al umbral del albergue para mirar el cielo, dando algunos pasos calle abajo para echar un vistazo al reloj de agua expuesto en la vitrina de Vortiper & Hijos.

Al fin, Kerin, con aspecto preocupado, llegó apresuradamente y murmuró:

—Thevatas me ha dicho que la operación se retrasaba.

— ¿Por qué?

—Te lo explicaré. Entremos a la posada. Esperaré en el salón tomando una cerveza mientras subes a tu habitación. Nuestra reunión debe ser muy discreta.

—Me parece razonable —dijo Jorian—. ¿Cuándo te ha informado Thevatas de este contratiempo?

—Debía encontrarle en la plaza de Psaan y guiarle hasta aquí, pues no sabía dónde te hospedabas. Como no aparecía, empecé a mirar por los alrededor pensando que hubiera un malentendido. Le vi salir de la tienda del boticario. Cuando le pregunté, me ha dicho que ella tenía frecuentes dolores de cabeza y que le había enviado a buscar un remedio a casa de Synelius. Por eso se retrasarán.

Con el corazón a toda marcha, Jorian llegó a su habitación. Karadur y Margalit le esperaban y le miraron con aire inquisitivo.

—Debemos no impacientarnos —explicó brevemente el ex rey de Xylar.

—Hijo mío —protestó Karadur—. Cae la noche y las puertas de la ciudad estarán cerradas. ¿Cómo vamos a huir?

—Me gustaría saberlo. Quizá consiga convencer, mediante soborno, al portero para que nos abra.

198

— ¿No podríamos cruzar las murallas de la ciudad con ayuda de la cuerda mágica del doctor como hacen los héroes de las novelas? —preguntó Margalit.

—Sería posible, pero tendríamos que abandonar los animales y el carro. A pie, no tardarían en atraparnos.

— ¿No sería más prudente pasar aquí la noche? —propuso el viejo hechicero—. Los que franquean las puertas de madrugada nunca son interrogados.

—Sí, pero para eso nadie tendría que darse cuenta de la desaparición de Estrildis. La alarma, estoy seguro, se dará en un momento y todos los guardias, soldados, espías y soplones de Xylar empezarán a buscarla. Mirarán en todos los rincones.

—Sólo nos queda rezar para que el delegado y tu reina no puedan salir de palacio —murmuró Karadur—. Si llegan aquí, estamos perdidos.

— ¿No podríais mandarnos al mundo futuro como hicisteis hace tres años? —preguntó Jorian.

—Lo siento, pero no. Ese encantamiento es uno de los más poderosos que domino y exige extraordinarios preparativos que llevan meses. En fin, dicen que la decapitación es una de las formas de ejecución menos dolorosa.

—Quizá, pero nunca he oído la opinión del decapitado.

—De todos modos —continuó el mago—, si empiezan a buscarnos, veré lo que pueden hacer mis hechizos de ilusión.

— ¿Y si volviera al palacio y dijera que me raptasteis y que acabo de escapar para volver a toda prisa a Xylar? —sugirió Margalit.

—Eso no funcionaría —dijo Jorian—. El juez Grallon sabe que vos y yo manteníamos amistosas relaciones en Othomae que no tenían nada que ver con las que mantienen un raptor y su cautiva. Pensad que, si debo perder la cabeza, eso no implica que debáis perder también la vuestra. Puedo daros a los dos direcciones de otras posadas, algunas de no muy buena reputación, pero donde os recibirán sin hacer preguntas. Si los funcionarios del gobierno os interrogan, sólo tenéis que responder que no sabéis dónde me encuentro.

— ¿Y vos? —preguntó inquieta Margalit—. ¿Por qué no os ocultáis?

—Quizá me resigne; pero esperemos a saber si viene Thevatas, con o sin Estrildis.

Luego, decidiremos.

Bajaron a cenar. Aunque la comida de Sovar era excelente, Jorian dejó la mitad. Kerin había vuelto a la plaza de Psaan para esperar a Thevatas. Cuando uno de los clientes del albergue empezó a mostrarse demasiado agresivo a causa de la bebida, Jorian se vio tentado a pegarle una patada y echarle a la calle. Reinaba en él tanta tensión que tenía la impresión de ir a estallar si no podía canalizarla mediante alguna acción violenta. Consiguió dominarse difícilmente y Sovar en persona expulso al camorrista.

Un poco más tarde se reunieron en la habitación doble y, desmoralizados, elaboraron planes destinados a salvar la piel. Consideraron varias posibilidades según Thevatas volviera o no, lo hiciera con o sin Estrildis, o que llegara la guardia a detener a Jorian.

Al fin, llamaron suavemente a la puerta y la voz de Kerin dijo con un murmullo:

— ¡Aquí están!

Jorian saltó, derribando la silla, y fue a abrir la puerta. Tres personas estaban en el umbral; el joven, alto y agraciado Kerin; un hombrecillo gordo de media edad y una mujer baja envuelta en una capa que le caía hasta los tobillos y le ocultaba el rostro.

—Entrad —murmuró el ex rey.

Cerró la puerta tras el trío y se volvió hacia ellos.

— ¿La tenéis? —susurró el hombrecillo.

—Así es. Y ella, ¿es ella?

Apartó el capuchón. Los cabellos rubios y el rostro redondo de Estrildis aparecieron a la luz. Parecían mirar fijamente ante sí sin poder ver nada.

— ¿Dónde está? —preguntó Thevatas—. Debo volver ahora mismo para que sirva mi coartada.

Jorian volcó el contenido del saco de tela sobre la cama, tomó la corona del lienzo sucio y se la entregó a Thevatas, que la sopesó cuidadosamente antes de volver a guardarla.

— ¡Perfecto! —comentó, disponiéndose a salir.

—Un instante —le detuvo el ex rey—. ¿Qué pensáis hacer? ¿Fundirla en lingotes?

—No. Acaricio planes más ambiciosos —dijo el hombrecillo riendo sofocadamente—. La próxima vez que volváis a Xylar, encontraréis que me he convertido en un importante personaje, quizá incluso uno de los miembros del Consejo de Regencia. Mientras tanto, mantened la boca cerrada y yo haré lo mismo. ¡Adiós!

El delegado se marchó apresuradamente.

Jorian se volvió hacia Estrildis.

— ¡Querida! —exclamó.

Ella pivotó la cabeza hacia él lentamente, pero parecía no reconocerle.

— ¿Qué te pasa, amor mío? —preguntó Jorian, alarmado.

Ella no respondió.

—Tu mujer parece estar bajo la influencia de un encantamiento o una droga —observó Karadur—. ¿Hueles su aliento?

El ex rey aspiró y dijo con voz onerosa:

—Hay algo extraño... ¿Cómo la reanimamos?

Margalit tomó a la mujer por los hombros y la sacudió ligeramente.

— ¡Señora! ¡Su Majestad! ¡Estrildis! ¿No me reconocéis?

—Tengo alguna experiencia en este campo —intervino el brujo—. Dejad que pruebe.

Se dirigió hacia el lavabo y mojó la esquina de una toalla en agua y volvió junto a

Estrildis, a la que restregó suavemente con la tela humedecida, repitiendo su nombre incansablemente.

Jorian deshizo el cordón que sujetaba la capa de Estrildis y se la quitó. Su primera impresión fue que su esposa favorita había engordado en los tres años que llevaban separados. Luego, la examinó más detenidamente.

— ¡Margalit. —gritó—. Decidme la verdad, ¿está encinta?

Margalit bajó la cabeza.

—Sí, está encinta —murmuró.

— ¿Lo sabíais desde que el demonio os llevó por los aires?

—Tenía serias sospechas. No tenía la regla en la fecha prevista.

— ¿Cuándo nacerá el bebé?

—Dentro de un mes o dos, creo.

—Yo no soy el padre. ¿Quién lo es?

—Preferiría que os lo dijera ella misma.

Jorian se volvió hacia Estrildis, que parecía volver en sí. Con los ojos entornados, miró a su alrededor, por la habitación, y dijo casi sin aliento:

— ¿Dónde estoy?

Luego lanzó un aullido:

— ¡Margalit! ¿Estoy soñando?

—No, querida mía. Soy yo, Margalit —respondió la joven.

—Pero, ¿cómo estás tan morena, pareces un nómada de Fedirum? ¿Has estado al sol todo un día?

— ¡Estrildis, querida! —exclamó Jorian.

Ella le miró con aire ausente.

— ¿Eres Jorian? ¿Tan moreno tú también?

—Estás en el albergue El Zorro y el Conejo, una notable hostelería de la ciudad de Xylar. Hemos venido a arrancarte del cautiverio. Pero observo que las cosas han cambiado.

Ella le miró durante unos momentos, sin decir nada; luego, bajando la vista a su vientre, le dijo con voz quejumbrosa:

— ¡Oh, Jorian, .lo siento! No he podido impedirlo.

— ¿De qué se trata?

—Es un joven de una familia noble unida a la regencia.

— ¿Su nombre?

—Yo... yo... no te lo diré. Le matarías y yo... le amo.

Ella estalló en sollozos.

Jorian recogió la silla volcada, se sentó y hundió el rostro entre las manos antes de soltar con voz ronca:

—Sentaos todos. Hemos de pensar en lo que debemos hacer.

—Qué lástima que dejásemos marchar a ese hombre con la corona antes de descubrir todo esto —se lamentó Karadur.

—Lo hecho, hecho está —replicó Jorian con filosofía—. Ya habrá vuelto a palacio, y sólo mediante un asedio podríamos recuperarla. Pero no le aconsejo que se cruce en mi camino en una noche sin luna. Estrildis, ¿deseas casarte con ese hombre?

—Sí, pero el Consejo de Regencia no aceptará nunca anular mi matrimonio contigo, pues espera que yo seré el cebo que permita tu captura y que te corten la cabeza.

—Jorian —preguntó Margalit—, si supierais quién es el padre, ¿me mataríais?

Jorian suspiró profundamente.

—Ese fue el primer pensamiento que se me pasó por la cabeza, pero luego...

-¿Sí?

—Luego, la razón se lo llevó. Si le mato, ¿qué me quedará sino una esposa lloriqueante por su amante asesinado y cargando con un hijo que no es mío? Y yo que me imaginaba que nuestro encuentro sería la más emocionante historia de amor de todos los tiempos... ¿Por qué no me dijisteis nada?

Margalit se encogió de hombros.

—No podía prever cómo terminaría todo esto.

— ¿Qué queréis decir?

—Bueno, podríais haber muerto. Estrildis podría haber muerto, o el joven sir... el joven en cuestión podría haber sufrido un accidente, ¿quién sabe? ¿De qué habría valido advertiros sino para haceros más desgraciado? Además, en primer término, mi lealtad ha de ser con ella. Ya os lo dejé ver una o dos veces.

—Es verdad. ¿Se veían mucho estos dos?

—Durante el año pasado, la visitaba todos los días. Luego, ella me pidió que les dejase solos durante sus conversaciones.

Jorian le preguntó a Estrildis:

—Dime, querida, ¿qué tiene ese hombre que te ha hecho cambiar?

—Oh, es guapo, valiente y generoso como un caballero de los tiempos feudales. Y procede de una noble familia.

—Como un caballero de novela, querrás decir. Todavía existen caballeros en Othomae. Algunos no son muy malos tipos, pero la mayoría son brutos envilecidos siempre dispuestos a cortar la garganta de los viajeros por un quítame allá esas pajas. Por mi parte, soy sencillo, trabajador y parco, y mis antepasados, como los tuyos, eran campesinos y mercaderes. Pero, ¿por qué cuando Thevatas te trajo hasta aquí actuabas como si estuvieras drogada?

—Porque lo estaba. Ese canalla me drogó.

-¿Y eso?

—Vino a verme esta tarde para decirme que podía sacarme de palacio para reunirme con mi esposo. Me negué. Por mucho que te aprecie, Jorian, mi corazón pertenece a... al otro.

— ¿Y luego?

—Thevatas se marchó. Volvió después de cenar para anunciarme que había conseguido un té muy raro procedente del imperio de Kuromon. Traía la tetera envuelta en una servilleta para mantenerla caliente y me invitó a degustar esa maravilla en su compañía. Encontré un gusto extraño en aquel brebaje y, después, lo único que recuerdo es haber caída en tal estado de sopor que no sabía lo que me hacía. Recuerdo vagamente que Thevatas me puso esta capa de campesina y que me condujo fuera, diciéndoles a los guardias que yo era una de sus amantes.

—Eso explica por qué Thevatas fue al boticario —concluyó Kerin.

Jorian permaneció silencioso un buen rato mientras los demás no le quitaban los ojos de encima. Sus expresiones reflejaban una mezcla de curiosidad, esperanza y temor. El ex rey declaró finalmente:

—No veo otra manera de salir de este embrollo que echar a correr y huir lo más lejos posible. Kerin podría llevar a Estrildis a palacio y dejarla ante el portal. Ella encontrará cualquier historia que explique cómo aprovechó un descuido para salir a dar un paseo sin

esco...

Un golpe seco en la puerta le interrumpió. Tomó la espada, abandonada hasta entonces en un rincón, la desenvainó y, pegándose a la puerta, murmuró entre dientes:

— ¡Si son los espadachines de la Regencia, no me cogerán vivo! ¡Atrás todos! ¡Seáis quien seáis, entrad! No está cerrado.

Un joven delgado y altivo, de sorprendente belleza, con unos pocos años más que el hermano pequeño de Jorian, se encuadró en el umbral. Al ver la hoja desnuda de Jorian exclamó:

— ¡Ah! —Llevó la mano al pomo de la espada.

— ¡Corineus! —gritó Estrildis.

Jorian retrocedió un paso.

—Un misterio aclarado —dijo—. Bien, entrad y cerrad la puerta. ¡No os quedéis ahí plantados como un imbécil!

El joven obedeció con premura y penetró en la alcoba declarando:

—Veo que queréis matarme para lavar vuestro honor. Estoy a vuestra disposición.

Se puso en guardia.

—Me menospreciáis, joven —replicó Jorian—. Sé todo lo relativo a vuestras relaciones con mi esposa, pero no quiero causar inútiles sufrimientos, ni privar a ese niño de un padre. Además, no deseo educarle por mi cuenta. Así que vuestros son los dos, madre e hijo. Todos vuestros.

Sir Corineus, absorto, parpadeó.

— ¿Habéis oído esto? Tenía entendido que Jorian era un valiente, no un infame cobarde.

—Mi bravura no tiene nada que ver con todo esto. Si nos batimos, u os mato, o me matáis. No estoy totalmente dispuesto a morir y, en lo relativo a mataros a vos, ¿de qué me serviría? ¿Para qué habrán de valerme vuestros despojos? Vuestra piel tendría muy poco valor como cuero, y nosotros no devoramos a nuestros enemigos como hacen los paaluanos.

— ¡Carecéis de sentido caballeresco y del honor! ¡Habláis como un mercader, como cualquier gusano, rapaz y calculador!

Jorian se encogió de hombros.

—Como os plazca. Si me provocáis, cambiaréis de opinión. Pero, si no lo hacéis, no os haré nada.

—No sois un caballero, pues, si lo fuerais, habría exigido una reparación en el momento en que insinué que erais un cobarde.

—Mi querido muchacho, vivís en el pasado. Todas esas nociones ya no circulan en Xylar desde hace un siglo.

—Quizá para vos no, pero para mí sí. ¿Cómo debo insultaros para que os batáis conmigo?

—Estáis sometiendo mi paciencia a duras pruebas, joven, pero, sin embargo, seré razonable. ¿Por qué tenéis tantos deseos de que crucemos las espadas?

—Porque mientras viváis, no podré casarme con Estrildis. Uno de nosotros debe morir. ¡En guardia!

Corineus se precipitó contra Jorian blandiendo la espada.

Un instante más tarde, los dos hombres lanzaban tajos y estocadas frenéticamente. Saltaban chispas cuando chocaban las espadas. Los demás se adosaron a las paredes para no ser heridos.

Jorian no tardó en darse cuenta de que Corineus, aunque era buen espadachín, estaba

lejos de ser un campeón. Se contentó con detener fácilmente los desordenados ataques del joven hasta que éste, sudando y soplando, empezó a cansarse. Luego, fintando rápidamente, lanzó un golpe de revés sobre el cráneo de su adversario. Su hoja mordió el cuero cabelludo de Corineus, pero la herida no era lo suficientemente grave como para dejarle fuera de combate. El joven retrocedió y empezó a limpiarse el reguero de sangre que le manchaba la frente.

Jorian ni siquiera estaba sofocado. Corineus se lanzó de nuevo al asalto, pero esta vez más lenta y prudentemente. Consiguió traspasar la manga del blusón de su rival.

—Más trabajo para vos, Margalit —se contentó con decir el ex rey.

Pintó de nuevo, se tiró a fondo y volvió a alcanzar a Corineus en el cráneo. Este se apartó y se enjugó el rostro, totalmente empapado en sangre.

Intercambiaban golpes sin que ninguno de ellos adquiriese definitiva ventaja, hasta que se lanzaron a un ataque simultáneo que les llevó a furioso cuerpo a, cuerpo, cruzadas las espadas cerca de las guardas. Fijos, lucharon durante unos momentos, intentando desequilibrar al adversario.

Gracias a su fuerza, Jorian consiguió rechazar la hoja de su adversario hasta que pudo lanzar un nuevo tajo sobre el cráneo, bastante machacado ya, de Corineus. Le abrió dos nuevas heridas. El joven xylariano titubeó y se apartó, secándose frenéticamente la cara con la mano libre.

Pero en vano. Corineus, cegado por el río de sangre, estaba vencido. Jorian le golpeó en la mano que todavía sujetaba la espada con la parte plana de la propia y el arma del joven cayó al suelo con un tintineo metálico. El ex rey pasó el pie por debajo de la hoja, la proyectó al aire y la cogió con un gesto rápido.

En aquel momento llamaron a la puerta y escucharon la voz de Sovar:

— ¿Todo está bien, señores?

—Muy bien —replicó Jorian—. Estábamos practicando un poco.

Se volvió hacia los demás y añadió:

—Vendad a ese pobre muchacho. Sentaos, Corineus.

— ¿Dónde? No veo nada.

Jorian le acercó una silla. El joven exclamó:

— ¡He hecho el ridículo! ¡He perdido el honor! ¡Debo encontrar una muerte honrosa que lave esta afrenta!

— ¡Oh, por el amor de los dioses! —replicó Jorian—. ¡Comportaos de una vez como un hombre y dejad de ser un niño!

— ¿Qué queréis de mí?

—Saber algo más de esta historia. ¿Cómo nos habéis encontrado?

—Vi a Thevatas salir del palacio en compañía de Estrildis, a la que reconocí a pesar de la capa. El ojo del amor traspasa los disfraces. Les seguí hasta la posada y me quedé fuera, preguntándome si debía avisar al Consejo de Regencia o arreglar yo mismo el asunto. Cuando vi que Thevatas salía y se alejaba furtivamente con paso vivo, concluí en que sería más digno y caballeresco intentar ayudar a Estrildis yo solo. Por eso estoy aquí.

—Felizmente para nosotros, joven —dijo Jorian—. No puedo pelear contra toda la guarnición sólo con mi espada. A propósito, reivindicáis el título de «Sir». ¿A qué se debe?

Corineus se sopló la mano herida. Se veía ya un buen moratón.

—Como sin duda sabréis —respondió finalmente—, es un título que se concede a los herederos de un barón hereditario, puesto que ya no existen verdaderas órdenes de caballerías. Mi padre lord Holdar, es barón titular de Maesbol.

—Conozco esa familia. ¿A qué os dedicáis?

—Soy subsecretario en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Librodot

—Maesbol se encuentra muy cerca de la frontera de Ir, ¿me equivoco?

—Así es.

— ¿Sigue allí vuestro padre?

—Sí. Poseemos un pequeño castillo y suficientes tierras como para mantenerlo, aunque consideramos que es bastante poco en relación con nuestra condición anterior. Los derechos feudales no existen y no podemos obligar a los campesinos a sudar sangre para que nos labren los campos; ahora tenemos que contratar trabajadores y pagarles como haría cualquier propietario.

—Vamos, vamos —dijo Jorian—. Yo fui campesino, y tengo mucho aprecio por los cultivadores. ¿Amáis a Estrildis lo suficiente como para abandonar la carrera ministerial?

—Sí. ¿Qué caballero no...?

Jorian alzó la mano para interrumpirle.

— ¿Tiene influencia vuestro padre en los sindicatos de Ir?

Corineus respondió con aspecto sorprendido:

—Sí, ahora que lo decís, sí. Esos carroñeros nos compran toda la cosecha sobrante. ¿Por qué?

—Porque Estrildis y vos podríais dirigiros a Ir y, gracias a la oculta influencia de vuestro padre, arreglar vuestro matrimonio. Cuando las cosas se hayan calmado por aquí y estéis legalmente unidos, al menos ante la ley de Ir, podréis volver subrepticiamente a las propiedades de vuestro padre y trabajar para él. Si hay dificultades, la vista de su nieto o su nieta no dejará de ablandarle.

— ¿Y vos, rey Jorian?

Jorian sonrió.

—Por favor, nada de títulos. Como habéis dicho antes, soy un mercader. No os inquietéis, me las arreglaré, aunque de un modo distinto al vuestro.

Corineus sacudió la cabeza murmurando entre dientes.

—No comprendo el mundo moderno. En la época feudal, cada uno sabía cuál era su puesto y lo que debía hacer para defender su honor. Durante nuestro duelo, pudisteis matarme seis veces, me di cuenta desde el principio. Y, sin embargo, no lo habéis hecho; me habéis tratado como si fuera un niño enfadado.

—Con mataros una vez habría bastado para que me impregnase de vuestra anticuadas nociones del honor. Pero seamos prácticos. ¿Tenéis oportunidad de llegar a Ir? Estrildis, en su estado, no puede montar a caballo.

Conneus reflexionó.

—Mi amigo Vercassus posee una carroza que ya me ha prestado antes. Sin duda, podría utilizarla de nuevo. Guardo mi caballo en las cuadras de Vercassus y mi palafrenero, Gwithion, duerme en las habitaciones de los criados. Puedo llevarme a los dos a Maesbol y mi lacayo le devolverá la carroza a Vercassus. Si Gwithion no está de paseo por las tabernas, podremos empezar a huir en menos de una hora.

— ¿Cómo saldréis de la ciudad en plena noche?

—El comandante de guardia en la puerta norte me debe dinero, una deuda de juego. Y ahora, si me perdonáis, he de volver a palacio a recoger mis cosas...

—Mejor será que no os arriesguéis. Las cosas pueden reemplazarse, pero no pasa lo mismo con la cabeza. Y, por favor, llevaos a Estrildis para no poner en peligro nuestra integridad.

El joven parecía dispuesto a discutir, pero Jorian le replicó con voz firme:

— ¡No, no! Partid los dos ahora mismo. Como dijo el delegado, mantened la boca cerrada y nosotros haremos lo mismo. Adiós, Estrildis.

Ella se echó a llorar y balbuceó:

—No sé qué decir... es extraño... eres un verdadero caballero a pesar de lo que dicen y...

—Vamos, vamos, olvida todo esto y sé feliz, querida mía —dijo Jorian, recuperando de pronto a causa de la emoción el dialecto kortoliano de su niñez—. Las despedidas, se parecen a las ejecuciones: cuanto más rápidas, mejor; pero te recordaré siempre, amor mío.

Envuelta en su capa, con el rostro oculto por el capuchón, Estrildis salió sorbiendo sonoramente. Corineus la había pasado un brazo sobre los hombros, envolviéndola como si fuera un objeto frágil y valiosísimo.

— ¡Uf! —Exclamó Jorian pasándose la manga por la frente—. Esperemos que consigan huir antes de que empiecen a buscarlos. ¿No os parece que una jarra del mejor vino de Sovar sería muy confortable? Salvo para el padre Karadur, cuyos principios se lo impiden.

—Iré a buscar una botella —dijo Kerin.

—Creo que, excepcionalmente, podría hacer un pequeño rodeo en mis principios —declaró el brujo—. Hay algo en ti que ha cambiado, Jorian. Antes, sólo hablabas de que destriparías al primero que se atreviese a plantar los ojos en tu amiguita.

—Ha sido gracias a vos —respondió Jorian—. He recordado la lección que me disteis cuando sobrevolábamos los Lograms. Por eso he procurado considerar la mejor solución a largo plazo. Corineus dirá que es una actitud poco caballeresca, pero, gracias a los dioses, no he de respetar ningún código de caballería. Ese muchacho puede que sea guapo, valiente y generoso, pero también es un maldito imbécil.

—Esa era la principal razón de querer acompañaros en el viaje —intervino Margalit.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Jorian.

—Creí que, cuando vierais la impostura de vuestra esposa, rabioso, la mataríais, y suponía que mi deber consistía en protegerla. ¡Gracias a Zevatas, no he tenido que interponerme entre ella y vuestra espada!

Durante la hora siguiente se quedaron en la habitación vaciando la botella llevada por Kerin y trazando planes. Luego, cuando se acabó el vino, Kerin habló de volver a su casa y Margalit también dijo que se retiraba. Se desearon buenas noches y, entonces, un estrépito enorme procedente de la planta baja llamó su atención. Distinguieron muchos pasos, palabras confusas y tintineo de armas.

Kerin echó un vistazo al pasillo y, con cuidado, volvió a cerrar la puerta.

—Es un escuadrón de la guardia real. La están buscando —murmuró—. El oficial ha ordenado registrar todas las habitaciones de la posada. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Déjame pensar —pidió Jorian—. Si nos precipitamos... eso nunca. Por el contrario, si nos examinan detenidamente, pueden darse cuenta de que Margalit y yo vamos disfrazados... ¡Lo tengo! Conozco una argucia que podría confundirlos. ¡Kerin y Karadur, ocultaos bajo la camal ¡Margalit, desnúdate y métete entre las sábanas!

— ¿Qué? —gritó la joven—. ¡Estáis loco! ¿Por qué...?

— ¡Deprisa! Os lo explicaré más tarde.

Mientras hablaba, Jorian empezó a desvestirse.

— ¡Deprisa, en nombre de Zevatas! No temáis por vuestra virtud; sólo es un engaño.

— ¿Me lo quito todo? —preguntó Margalit con una voz temblorosa mientras se sacaba el voluminoso hábito mulvaniano.

-¡Todo!

De pie, completamente desnudo, Jorian esperó a que Margalit estuviera en la cama; su hermano y el viejo brujo ya estaban debajo. Sopló la vela y se metió junto a la joven. Kerin gruñó cuando el somier cedió bajo el peso de Jorian, aplastándole.

Librodot

— ¡Silencio! —exclamó el ex rey, abrazando a Margalit, que se tensó al sentir su contacto—. Sobre todo, dejadme hablar a mí.

Llegaron voces del pasillo. La puerta se abrió bruscamente. Volviendo la cabeza, Jorian distinguió las siluetas de dos guardias reales que se enmarcaban en el umbral. Incorporándose, abrazando aún a Margalit, gritó furioso:

— ¡Que Heryx os llene de almorranas! ¿No puede uno hacer el amor tranquilamente con su legítima esposa? ¿No tenéis pudor? ¡Salid inmediatamente!

—Perdonadnos, señor —dijo uno de los guardias.

La puerta se cerró y los pasos se alejaron.

Cuando todo volvió a estar silencioso, Jorian bajó de la cama, entreabrió la puerta y echó una mirada al exterior; luego, volvió a encender la vela.

—Se han ido —dijo, poniéndose las calzas.

Margalit disimuló su desnudez tras el traje mulvaniano y preguntó:

— ¿Ya puedo salir?

—Sí, querida. Y si algún imbécil se permite dudar de vuestra reputación después de esta comedia que hemos tenido que representar, Kerin y el doctor Karadur podrán testimoniar que no me he tomado la menor libertad. En caso contrario, no habrían dejado de notarlo.

—Pero habéis pensado al menos en tales libertades. Me he dado cuenta —dijo Margalit con una risita—. Tras haber viajado en vuestra compañía, me temo que ya no tengo ninguna reputación que salvaguardar.

X

EL CASTILLO ENCANTADO

MARGALIT, sujetando las riendas de Filoman, preguntó: a Jorian, ¿por qué si vuestro corazón acaba de romperse por la infidelidad de vuestra amada, parecéis tan contento?

Jorian iba montado en Cadwil al lado del carro, cantaba, en efecto, una canción de El pirata, en enaguas, la opereta de Galliben y Silfero:

¡Oh!, soy un pirata fogoso y fiero,

De oro y joyas lleno la bodega

Y asesino cautivos, jóvenes bellas y brujas

Para reinar en los fragorosos mares.

Miró inquisitivo a Margalit y contestó:

—Ahora que lo pienso, creo que tenéis razón. Fue una terrible impresión, naturalmente; pero, después de pensarlo un poco, comprendí que mi mayor pena, decepción y resentimiento, también tenía cierta dosis de alivio.

— ¿Queréis decir que os disteis cuenta de que la amabais tan apasionadamente como suponíais?

—Bien, mirad, tres años son una separación muy larga para un ser tan joven y vigoroso como Estrildis. Cierto que la amaba y, en algún sentido, todavía la amo. Y estoy seguro de que habría sido si me hubiera comportado como un esposo fiel y bienintencionado. Pero, como fue de otro modo, descubrí que nuestra ruptura no ha resultado tan dolo-rosa como me temía. ¿Pensáis volver a vuestro puesto en la Academia?

—Así es. ¿Qué más podría hacer? Ya no hay reinas que necesitan una dama de honor.

Librodot

Caminaban hacia el sur sin perder tiempo, aunque sin apresurarse demasiado para no levantar sospechas. Un escuadrón de caballería les detuvo más de una vez para interrogarles, pero el acento mulvaniano de Jorian y el no ver ni rastro de Estrildis, convenció a los soldados de que no eran más que inofensivos extranjeros y pudieron continuar su camino.

—Estamos llegando a los alrededores del castillo de Lorc —dijo un poco más tarde el ex rey—. Pasaremos ahí la noche. El barón Lorc no es muy mal fantasma y al menos contaremos con un techo que nos proteja.

Como ninguno de sus compañeros dijo nada en contra, Jorian dirigió el carro hacia el sendero oculto por la vegetación que conducía al palacio en ruinas. Margalit exclamó:

—Jorian! ¿No sería mejor dejar el carro y los animales detrás del castillo, en lugar de hacerlo en el patio, para que fuesen menos visibles?

— ¡Vaya mujer avispada! ¿Cómo habré podido arreglármelas sin vos durante todos estos años?

— ¡Sed bienvenidos, mis fieles amigos! —les recibió el fantasma del barón Lorc cuando cayó la noche y Margalit empezó a preparar la cena entre los vestigios del gran salón—. Dejadme pensar unos instantes. Este caballero bastante grande, aunque vestido con los atuendos de un mulvaniano, dice llamarse Nikko de Kortoli. La dama es Margalit de Totens. En cuanto a vos, he olvidado vuestro nombre, distinguido señor. Si ya habéis padecido ausencias de memoria en base a vuestra avanzada edad, imaginad lo que me pasa a mí.

—Es el doctor Karadur —le recordó Jorian.

—Todo esto excita mi interés al mayor punto —continuó el espectro—. Mirad, la noche pasada, un escuadrón de caballería invadió mis dominios y escuché la conversación de los hombres. Muchos soldados parecían ignorar cuál era el objeto de su misión, pues todavía eran niños cuando ésta empezó. Su oficial consideró adecuado hacerles el relato de lo que pasaba. Al parecer, buscaban a una tal Estrildis, reina de Xylar, que había desaparecido. Parece que fue raptada por su esposo, el fugitivo rey Jorian, que salió subrepticiamente del reino hace tres años. Fueron, dijo, para escapar de la ceremonia de decapitación que se celebra cada cinco años, o que al menos debería celebrarse cada lustro si el tal Jorian no hubiera puesto algo de confusión en el calendario.

—Hemos oído hablar de esa historia vagamente —dijo Jorian.

— ¡Ah, pero eso no es todo! Según el oficial, el tal Jorian también se hace llamar Nikko de Kortoli, nombre bajo el que tú mismo te presentaste cuando te demostré que no eras un verdadero mulvaniano. ¿No es una singular coincidencia? Además, el oficial habló de una tal Margalit de Totens, antigua dama de honor de la reina Estrildis, que se volatilizó el invierno pasado, raptada por un demonio según algunos, aunque el oficial no lo creía, y que no ha vuelto a ser vista desde entonces. Tal coincidencia sería creíble para uno, ¡pero nunca para cinco! ¡Esto sobrepasa los límites de lo racional!

Jorian suspiró profundamente.

—Bien... Lo reconozco... de nuevo. ¿Significa esto que lanzaréis a los soldados tras nuestra pista?

—No, eso no. ¿Por qué debía actuar así? Pero, a decir verdad, ¿qué ha sido de la reina? No la veo en tu compañía.

—Se marchó en otra dirección con el hombre que, espero, se convertirá en su nuevo esposo.

El fantasma sacudió la transparente cabeza.

—Lamento que no haya venido contigo. Habrías podido liberarme del encantamiento que me encadena.

—Os habría gustado que Estrildis fregase el castillo, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Estáis casados todavía?

—Legalmente, me parece que sí. Ella piensa conseguir en otro Estado un divorcio que

en Xylar nunca conseguiría.

El espectro, con la barbilla en la mano, frunció el ceño.

—Empieza a germinar una idea en mi cerebro, o al menos en lo que por cerebro tengamos los fantasmas. Durante mi vida, fui magistrado de la región y nadie me relevó nunca de mis funciones. Puedo pronunciar un veredicto de divorcio. Su rechazo a acompañarte la hace culpable de abandono del hogar conyugal.

— ¿Es válido un veredicto dictado por un fantasma?

—Dudo que el caso pasara ante vuestros tribunales. Pero, admitamos que sí. Podrías casarte con lady Margalit, aquí presente. Y, como eres rey, tu esposa, de hecho, es reina. En ese caso, si ella friega el suelo del castillo, ni siquiera en su totalidad, te aseguro que, en el acto, quedaré liberado de tan penosa cautividad.

Jorian y Margalit se miraron.

—Bien —dijo al fin el ex rey—. Una interesante sugerencia. Tenemos que pensarlo.

La joven no dijo nada, pero el barón continuó:

—Tenéis todo el tiempo que queráis, mis nobles amigos. Lejos de mí está la idea de apremiaros a decidir. Pero sopesad esto: cuando me marche hacia mi próxima vida, no tendréis que temer que os traicione a los xylarianos. Un servicio a cambio de otro.

—Consultaremos con la almohada —concluyó Jorian.

A la mañana siguiente, Jorian se propuso a Margalit:

—Vamos a dar un paseo y ver cómo están los animales.

El caballo y muía se portaban a las mil maravillas. Jorian miró a la joven y le espetó:

-¿Y bien?

— ¿Y bien qué? —respondió la joven.

—Ya lo sabéis. La proposición de casarnos que nos hizo el barón.

— ¿Tanto confiáis en ese fantasma? ¿Teméis que si no cedemos a sus exigencias, su decisión de no delatarnos podría debilitarse? Al menos, dejó entender algo parecido.

—Ese es uno de los matices del problema. Pero no es lo que tenía en mente.

— ¿Y qué era lo que teníais en mente?

Jorian le dio una patada a una piedra.

—Bueno, no tengo derecho a hablar tan sólo tres días después de haberme separado de Estrildis, pero he de reconocer que me sentí atraído por vos en cuanto el demonio os depositó en el santuario de Abacarus. Tenéis todo lo que un hombre puede desear en una mujer, la compañera de toda una vida, incluido el buen sentido que a mí, ay, me falta. Cuando os vi bailar disfrazada de muívaniana, debí luchar con toda mi voluntad para saltar y arrancaros el resto de la ropa.

»Desde que me separé de Estrildis no había dejado de repetirme: "Jorian, eres un marido fiel que hará todo lo que pueda para recuperar a su bienamada esposa. Lo que sientes por Margalit es deseo carnal". Pero, ahora, no puedo seguir ocultando que estoy enamorado de vos. Pensaba, tras un intervalo decente, haberos hecho la corte en toda regla, pero el barón, de algún modo, me obliga a adelantarme.

«Cierto es que esta epopeya ha hecho de mí un mendigo tras la fuga de Thevatas con la corona. Pero siempre me he ganado la vida de un modo u otro.

— ¿En qué medida sería legal tal matrimonio? —preguntó Margalit—. He oído que una vez, en un juicio, valió la declaración de un fantasma, pero nunca ha llegado a mis oídos nada de ningún magistrado que fuese un espectro. Aunque la unión fuese legalmente reconocida, un divorcio real podría no serlo en la medida en que el Consejo de Regencia reivindica toda autoridad en la materia.

—Bien —replicó Jorian—, si me consideran rey, la ley xylariana me da derecho a cinco

esposas. No puedo ser perseguido por bigamia más que por Estrildis. Y sólo en Xylar, adonde no pienso volver. ¿Qué os parece?

—Jorian, prometedme una cosa.

-¿Sí?

—Cuando lleguemos a Othomae, suponiendo que no nos detengan antes, emprenderéis las acciones de divorcio y matrimonio según la ley del país para que no surja ninguna ridicula duda acerca del procedimiento.

— ¿Lo que significa que vuestra respuesta es «sí»?

—Sí, mi respuesta es «sí». ¿Y bien?

—Prometido. En cuanto lleguemos a Kortoli, haré lo mismo.

Puesto al corriente de los esponsales, Karadur exclamó:

—Os felicito a los dos. ¡Qué lástima que los denodados esfuerzos que han realizado en los pasados tres años para liberar a tu esposa no hayan servido de nada!

— ¡Poco importa, viejo amigo! —replicó Jorian—. Mis aventuras me han permitido vivir multitud de historias que contar. Y, sin todas esas infructuosas tentativas, no habría conocido a Margalit. La felicidad nace de la adversidad.

—Ya lo juzgaremos dentro de diez años.

—Sin duda, pero no puedo esperar a que estemos todos muertos para decidir. Hay que echarse al agua.

Siguiendo las indicaciones del barón Lorc, Jorian encontró unos papales amarillentos en el despacho del castillo. Luego, bajo el dictado del fantasma, de momento invisible, redactó los documentos legales. Firmó el primero de ellos, y, luego, él y Margalit el segundo. El problema fue que el barón estampara su firma, pues su espectro carecía de la materia necesaria para sostener la pluma de Jorian. Finalmente, concentrando toda su energía psíquica, el fantasma hizo una marca chamuscada en cada una de las hojas donde se requería su rúbrica. Jorian, Margalit y Karadur firmaron alrededor de la quemadura para certificar la autenticidad de la marca del barón Lorc.

— ¡Bravo! —exclamó la descarnada voz—. Y, ahora, poneos ante mí...

— ¿Dónde es eso? —preguntó Jorian.

— ¡Oh, maldición! No importa dónde, donde sea. Poneos uno al lado del otro y tomaos de la mano. Jorian, ¿aceptáis...?

La ceremonia terminó en poco tiempo y el fantasma declaró al concluir:

—Ahora, señor y señora, os pido que cumpláis vuestra parte del trato. Dama Margalit, encontraréis un cubo en la cocina y agua en el pozo que no se ha derrumbado. En cuanto a la bayeta, tendréis que tomar un trozo de tela de vuestras cosas, pues los ladrones se han llevado casi todos los útiles de menaje.

Prepararon una bayeta con la camisa más vieja de Jorian. Margalit se arrodilló y empezó a frotar. Poco más tarde, el invisible fantasma declaró:

—Ya basta, querida. El encantamiento se ha roto. Los muros del castillo empiezan a alejarse de mi vista... ¡Ah! Una última cosa antes de desaparecer. Los cazadores de tesoros han buscado en cada rincón de este pobre castillo. Si queréis el pequeño botín que buscaban pero nunca hallaron, sólo tenéis que examinar una piedra a la derecha de la gran chimenea del salón: es la segunda a partir de la izquierda en la tercera hilera empezando a contar por abajo. A mí ya no me sirve de nada. Ahora, adiós...

La voz se perdió en la lejanía.

Jorian movió la piedra indicada, descubriendo una pequeña cavidad con un saco de escudos. Los contó. El botín en cuestión se componía de noventa y nueve leones xylarianos más alguna moneda suelta.

— ¡Ah! Es casi la misma suma que llevaba cuando huí por primera vez de Xylar. No

podré comprar un ejército o un reino, pero al menos no nos moriremos de hambre durante un tiempo.

Cuatro días más tarde, mientras se encontraban a campo abierto, Jorian les dijo a sus compañeros:

—Deberíamos alcanzar la frontera de Othomae a la caída de la noche. Podríamos llegar antes forzando a los animales, pero no me gusta el aspecto de la pata de Filoman.

Comieron sentados al borde del camino.

—Por favor, silencio —les pidió Karadur.

Jorian le murmuró a Margalit.

—Escucha un mensaje que viene por vía astral.

El viejo mulvaniano declaró finalmente, sacudiendo con pena la cabeza:

—Hijo mío, tienes que saber que acabo de descubrir que nos persiguen de nuevo.

— ¿Cuántos hombres? ¿Están lejos?

El mago se encogió de hombros:

—No puedo saberlo a esta distancia, pero puedo decirte que se acercan muy deprisa.

Jorian se tragó el último bocado de la comida y apremió a sus compañeros:

—Acabad cuanto antes, amigos míos. Y saltemos al caballo., o a la muía.

No tardaron en trotar sobre la ruta que conducía a Othomae. Una hora más tarde, Karadur les informó:

—He podido obtener más datos. Creo que están a unas dos millas a nuestras espaldas.

—Jorian —dijo Margalit—, ¿por qué no partes al galope y nos abandonas? Podríamos desviarnos y dejarles pasar. No hace falta que te retrasemos, pues podrías llegar a la frontera antes que ellos.

— ¿Y dejaros a su merced? ¡No seas estúpida, mujer! —replicó secamente el ex rey—. Además, el terreno es demasiado abierto como para jugar al escondite con nuestros perseguidores. Os verían en un instante.

—Entonces, ¿por qué no montas a Margalit a la grupa de tu caballo y picas espuelas? —propuso Karadur—. Yo conduzco el carro y si me detienen, me limitaré a ser un pobre adivino que no sabe nada ni de Xylar ni de sus reyes fugitivos. Podré modificar mi apariencia con un encanto de ilusión. ¿Qué os parece mi plan?

—Dos cosas —respondió Jorian espoleando al caballo mientras Margalit azotaba a Filoman para obligar al animal a apretar el lento paso—. En primer lugar, el peso de Margalit frenaría tanto a Cadwil que el animal no iría más deprisa que el carro. Margalit es bastante pesada. Segundo, nos han visto juntos, de modo que nos buscan a todos.

—Pero a nosotros no nos castigarán demasiado severamente —intervino Margalit—. Karadur y yo podríamos decir que abusaste de nuestra buena fe.

—No contéis con la clemencia del Consejo de Regencia. Podríais pasaros el resto de la vida en los más húmedos calabozos. Si alguien debe intentar atraer su atención, soy yo. Karadur es bajo y débil. El y tú no pesáis tanto como yo. Solos, podréis montar en Cadwil y llegar a la frontera mientras yo retraso o pierdo a nuestros perseguidores.

— ¡Nunca! —exclamó Karadur—. Mis viejos huesos son demasiado frágiles para esa empresa. Y la única idea de colgarme de un modo precario a lomos de ese animal me da ya vértigo.

—Bien, en ese caso, tendremos que buscar una mejor solución —dijo Jorian—. ¿Podéis proyectar nuevamente la visión astral?

El mulvaniano cerró los ojos y, unos instantes más tarde, anunció:

—Están ya a menos de una legua. Son diez o doce.

—Quizá no vengan detrás de nosotros —dijo Margalit.

Jorian sacudió la cabeza.

—En ese caso, no espolearían los caballos como lo hacen. Tienen que ser o perseguidores o perseguidos.

Siguieron avanzando tan deprisa como lo permitía el paso de la muía que tiraba del carro. Llegaron a la cima de una colina baja y Jorian gritó:

— ¡Ah! ¡Veo un bosque! Ahora me acuerdo. Cuando yo era rey, esta región fue objeto de un litigio entre un sindicato de magnates de las finanzas que querían talar los árboles y la marina xylariana que quería conservar el bosque para construir navios en el futuro.

— ¿En favor de quién te decidiste? —preguntó Margalit.

—Grallon estaba de parte de la marina, y le apoyé. Ganamos por los pelos. Habría podido satisfacer a la otra parte si uno de los magnates no hubiera cometido el error de intentar comprarle, como hizo últimamente Abacarus.

— ¿Y ahora? ¿Pretendes esconderte en el bosque?

—No. No es lo bastante grande. Pero... Karadur, ¿habéis traído la cuerda mágica?

—Sí. Pero sus reservas mágicas están casi agotadas. Dos o tres veces más y habrá que embrujarla de nuevo.

— ¿Podéis emplearla contra nuestros perseguidores?

—Podré hacerles caer dolorosamente, aunque eso no les matará.

—No asesinaría a esos pobres diablos tan deliberadamente, pero necesito echar mano a su jefe cuanto antes. Os diré lo que tenemos que hacer...

Media hora más tarde habían apartado el carro del camino y lo tenían oculto tras una fila de arbolillos que Jorian cortó con ayuda de la espada y, a los que clavaron en el suelo. El caballo y la muía estaban aparte, atados detrás del carro.

Karadur desenrolló la cuerda que llevaba a la cintura y la puso en medio del camino. Murmuró un encantamiento y los dos extremos de la cuerda se levantaron y tantearon a la busca de unos troncos; luego, como serpientes, treparon por los árboles antes de enrollarse a su alrededor. El centro de la cuerda seguía en el camino, apenas visible bajo el polvo.

Esperaron durante lo que le pareció a Jorian una eternidad, aunque apenas pasó más de media hora. Al fin, el escuadrón apareció a lo lejos, avanzando al trote. Los caballos, espumeando, resoplaban sonoramente, hasta el punto que Jorian sospechó que algunos de ellos estaban irremediablemente perdidos para la caballería a causa del agotamiento.

Los soldados, llevaban jubones escarlatas sobre las cotas de malla y el sol del medio día se reflejaba en sus cascos plateados. El teniente, reconocible gracias a las dos alas plateadas que ornaban su yelmo, cabalgaba a su cabeza.

— ¡Ahora! —silbó Jorian.

Tras él, Karadur lanzó una nueva invocación. Los extremos de la cuerda enrollados a los árboles se animaron como serpientes listas a lanzarse sobre una presa. La cuerda se tensó en el centro del camino a la altura de las rodillas.

Aquello pasó en el mismo momento en que llegaba el caballo del teniente, de modo que el caballero no tuvo tiempo de que su montura saltase por encima de aquel obstáculo tan fácil de sortear. El animal efectuó una verdadera cabriola, lanzando al teniente de cabeza al polvo. Luego, en medio de un terrible estrépito, los otros caballos chocaron con el primero y no tardaron en forman un enorme montón.

Antes de que ninguno de los soldados pudiera levantarse, Jorian salió de su escondite y se lanzó sobre el teniente. Este, atontado, empezaba a incorporarse. Una de las alas de plata de su yelmo se había roto por el golpe.

El ex rey tomó al oficial por la espalda y le apretó el filo de la daga en la garganta.

— ¡Ordenadles retroceder! —rugió—. ¡Obedeced o sois hombre muerto!

Los soldados que se habían conseguido poner en pie se inmovilizaron, intentando comprender la situación. Los tres jinetes que consiguieron detener a tiempo sus monturas les imitaron. Entre los caídos, uno yacía inmóvil, con la nuca rota, y otro se lamentaba sujetándose un brazo en extraña posición. En cuanto a sus compañeros, las heridas eran más ligeras.

— ¡Obedecedle! —exclamó el teniente con voz estrangulada—. ¡No hagáis nada que le irrite!

Tosió ligeramente y añadió:

— ¿Sois el rey Jorian?

—Poco importa quién sea. Sois mi rehén y venís conmigo. ¡Karadur!

— ¿Sí, hijo mío?

—Dadle a la cuerda la señal convenida.

El mago murmuró unas palabras incomprensibles y la cuerda recuperó la vida, saliendo de debajo de un caballo y deslizándose serpenteando hacia el lugar en que se encontraban Jorian y su prisionero; se enrolló alrededor las muñecas y tobillos del cautivo. En un instante, el teniente estaba tan sólidamente atado como un verraco que se lleva al mercado.

— ¡Ordenadles que vuelvan a los cuarteles! —dijo Jorian—. Y decidles que, en el instante mismo en que vea que de nuevo nos siguen, os cortaré la garganta.

El teniente obedeció. Los soldados se reagruparon y discutieron entre ellos en voz baja haciendo gestos estentóreos. El ex rey adivinó que se estaban preguntando si ignorar la orden de su oficial dada bajo presión e intentar, pese a todo, capturarle. Sospechó que entre ellos habría incluso algún simpatizante suyo al que alegraría su fuga.

Finalmente, los soldados montaron y se alejaron, llevando al muerto cruzado sobre el caballo, y al herido a horcajadas.

—Lamento la funesta suerte de ese joven —dijo Jorian—. Suponía que soldados como vosotros sabríais lo arriesgado que es emplear la violencia conmigo.

—Sólo cumplía con mi deber —dijo el teniente entre dientes.

Margalit acercó el caballo de Jorian mientras Karadur enjaezaba la muía al carro. El ex rey empujó al teniente, que se llamaba Annyx, al interior del carro, pues su montura se había marchado con el resto de la tropa.

Margalit preguntó:

—Jorian, ¿te pasas la vida entera cogiendo rehenes? Desde que te conozco, es la tercera vez.

—Sólo cuando es indispensable —respondió encogiéndose de hombros—. A decir verdad, no lo había hecho nunca antes de encontrarte; me limito a seguir los acontecimientos.

El sol era sólo una bola roja en el horizonte cuando Jorian distinguió la barrera que marcaba la frontera entre Xylar y Othomae. Un guarda fronterizo xylariano iba a cerrar el portal pero se interrumpió cuando apareció el grupo de nuestros amigos. Los funcionarios les echaron una mirada aburrida e indiferente, sin mirar siquiera el carro en el que yacía, oculto bajo una manta, el teniente Annyx, atado y amordazado. El caballo y la muía penetraron en la banda neutral, de tres o cuatro brazas de largo, que separaba las dos naciones. Al otro lado de aquella zona se alzaba una barrera con su propio portón, muy parecida a la precedente.

Jorian se detuvo, se inclinó al interior del carro y sacó al oficial xylariano.

—Soltadle —le pidió a Karadur.

El mulvaniano hizo los encantamientos necesarios y la cuerda cayó suavemente al suelo. El mago la recogió y se la enrolló a la cintura.

Annyx, con un brillo homicida en la mirada, se alzó y se quitó la mordaza. Luego, mientras Jorian llevaba a su caballo por la brida en dirección al territorio othomaeano, el teniente empezó a bramar:

— ¡Coged a ese hombre! ¡Es perseguido en Xylar! ¡Es un terrible criminal, un raptor, un reincidente, un peligroso evadido!

El oficial de la frontera de Othomae le respondió:

—Mandadnos una demanda oficial de extradición, muchacho, y ya veremos lo que se puede hacer.

— ¡Malditos othomaeanos! —gritó—. ¡Nunca hacéis lo que se os pide, por razonable que sea la demanda! Es un caso flagrante. ¡Persigo a ese hombre y estoy en mi derecho de pediros ayuda!

El othomaeano sonrió.

—Es la primera vez que veo a alguien envuelto en un carro que pretende perseguir a un criminal. —Se volvió hacia Jorian—. Y tú, amigo oriental, ¿qué vienes a hacer al gran ducado?

Jorian tomó la daga y la espada de Annyx y las lanzó a la zona neutral, luego sacó sus documentos.

—Mirad, señor: permiso de residencia en Othomae, permiso para portar armas, permiso de caza, permiso de pesca. En cuanto a mi traje, tenía que concluir algunos asuntos en Xylar y deseaba volver sin perder la cabeza.

—Jorian de Ardamai! —exclamó el guardia—. He oído fantásticas historias acerca de vos. ¿Es cierto que matasteis con las manos desnudas un unicornio en el parque del gran duque?

—No del todo —replicó el ex rey—. Si recuerdo bien...

El teniente Annyx, tras recoger sus armas, empezó a aullar:

—Exijo...

— ¡Oh, cállate ya! —exclamó desesperado el oficial othomaeano—. Este hombre es conocido en el gran ducado y, por lo que sé, tiene asilo político. Ahora vuelve a casa como un buen chico y deja de molestar.

— ¡Oiréis hablar de todo esto! —aulló Annyx volviendo al lado xylariano.

—El albergue más cercano se encuentra a una milla de aquí —dijo Jorian—. Lo mejor será partir ahora mismo si queremos llegar antes de la caída de la noche.

Dos años más tarde, un grupo pequeño apareció en el umbral de la tienda de los hijos de Evor, relojeros, en la ciudad de Kortoli. Un joven vestido a la última moda preguntó si Jorian estaba allí. Sillius, el mayor en la firma, le respondió:

—Mi hermano sí está, pero se encuentra muy ocupado. ¿Puedo saber qué os trae por aquí?

—Soy Corineus, hijo de Holdar, y traigo un mensaje del gobierno provisional de Xylar.

Sillius enarcó las cejas.

—Esperad un instante, mi buen señor —dijo, desapareciendo.

Volvió unos instantes más tarde y dijo:

—Seguidme, por favor. Os llevaré ante él.

Corineus llegó a una amplia habitación que servía de taller. Había mesas llenas de herramientas y hojas de papel cubiertas de gráficos y croquis. En una silla, en el fondo, una mujer grande y hermosa daba el pecho a un bebé de un año. Al otro extremo, Jorian, con un mandil de cuero por encima de la ropa, estaba inclinado sobre un conjunto de engranajes y manivelas.

Corineus necesitó un instante para reconocer al ex rey de Xylar. Cuando se conocieron, Jorian tenía el rostro liso y rematado por un turbante y con la piel muy morena. En aquel momento llevaba la cabeza descubierta, con barba y la piel clara. Corineus notó que había engordado y que bajo sus cabellos negros su frente empezaba a abrirse.

— ¡Su Majestad! —gritó finalmente.

Jorian apartó los ojos del trabajo.

— ¡Por la verga de bronce de Imbal! —exclamó—. ¿Qué os trae por aquí, Corineus? Si es para llevarme a Xylar a que me corten la cabeza, lo mejor será que ni lo penséis. He tomado todas las precauciones.

—No, nada de eso —respondió el joven—. Hemos hecho la revolución y hemos abolido la regencia, incluso la costumbre de regicidio cada lustro. Tenemos una nueva constitución con un rey dotado de poderes restringidos y un parlamento elegido por el pueblo. ¡Y os queremos por rey a vos!

— ¡Qué me aspen!

Tras un corto silencio, Jorian sonrió.

—Decidles que se lo agradezco, pero que no puedo aceptar. Tengo ya cuanto deseo. —Echó un vistazo a Margalit, que le devolvió una sonrisa—. Aconsejadles que encuentren a un pobre tipo, lo bastante inteligente como para apañarse con los rituales, pero no lo demasiado como para tramar nada para apoderarse del poder absoluto.

— ¡Rey Jorian! ¡Mi señor, mi soberano! —Suplicó Corineus echando una rodilla a tierra—. ¡Sois célebre! ¡Sois nuestro héroe nacional! ¡El relato de vuestras aventuras, cuando matasteis al dragón con una sola mano, cuando derribasteis la torre de los duendes y librado a Iraz del asedio, valen largamente una epopeya de Physo!

—Ya veo que mis andanzas no se menoscaban en vuestra narración. Pedidle a algún poeta que componga una oda y enviadme un ejemplar. Será una mercancía excelente.

— ¡Mercancía! —exclamó Corineus con un punto de desdén—. Tras todas vuestras maravillosas aventuras, ¿no os parece que la vida de comerciante es un poco monótona?

Jorian se echó a reír.

—En lo más mínimo, mi querido amigo. Como os dije un día, en el fondo soy un mercader. Tengo el respeto de mis compañeros de trabajo, el amor de los que quiero, como y bebo en abundancia y tengo el dinero que me presta mi banquero con intereses de usura. Mi mujer, que se ocupa de la contabilidad, vela para que sigamos siendo solventes. Y, además, en este momento me ocupo de un problema que me fascina mucho más que saber cuanto tiempo hay que correr para agotar un dragón paaluano.

— ¿De qué se trata?

—De construir un reloj que actúe mediante contrapesos y pesos en lugar de con agua. Vi algo parecido en Irax. Mi hermano Kerin ha partido hacia Extremo Oriente para intentar descubrir el secreto de tan notable logro.

Corineus sacudió la cabeza.

—No puedo imaginar cómo un hombre como vos, que ha sobrevivido a tan caballerescas aventuras, se complace con una existencia tan vulgar.

—Cierto que he sobrevivido a todas esas aventuras y que son historias muy hermosas para contar al calor de la lumbre; pero nunca las busqué; la diosa Elidora me las impuso. Y mientras las vivía, siempre deseé estar haciendo cualquier otra cosa con todo mi corazón. Me parece que cuando uno ha escapado de tantas emboscadas en el camino durante la primera parte de la vida, sólo se aspira luego a pasar el resto de la existencia en una atmósfera de paz, seguridad y rutina. Al menos, así lo siento.

— ¿No os seducen las glorias de la realeza sin la amenaza de la ejecución?

—Si no las hubiera conocido, quizá. Pero durante cinco años tuve muchas ocasiones de disfrutar de las aburridas ceremonias, oír argumentos de mentirosos plañideros y tantos requerimientos, incrementos de impuestos para asegurar las finanzas del reino y evitar revoluciones. Decidles a los vuestros que me halaga la oferta, pero que me muestro firme en mi negativa.

— ¡Pensad en todo el bien que podríais hacer!

Jorian sonrió.

—Es el pretexto que todo tirano invoca para apoderarse del poder absoluto. Y, por lo que sé del mundo, los planes destinados a mejorar la condición del pueblo nunca tienen los resultados que los que los concibieron esperaban, ni siquiera cuando iban animados por las mejores intenciones.

— ¿Nada podrá persuadiros?

—Absolutamente nada. Vuestra nueva constitución deberá asumir sus balbuceos sin ser guiada por mi sabiduría.

Corineus bajó la cabeza y murmuró:

—Yo... debéis perdonarme... Me porté como un... imbécil cuando nos conocimos. Vos... vos habrías tenido pleno derecho a matarme...

Jorian sonrió nuevamente.

—Olvidad toda esa historia. Cuando tenía diez años menos, también yo hice muchas estupideces. Pero, decidme, ¿cómo es que un admirador del antiguo régimen feudal como vos participa en un movimiento revolucionario popular?

Corineus pareció embarazado.

—A decir verdad, Estrildis me empujó. Me aseguró que era la única manera en que nuestro matrimonio podría ser legalmente reconocido en Xylar. Ella sabe mostrarse muy persuasiva.

—Lo sé —dijo Jorian—. ¿Qué tal le va?

—Muy bien, lo mismo que al pequeño. Margalit se está poniendo... bueno, un poco rolliza.

—Trasmitidle mis más fraternales sentimientos.

— ¿Dónde está el viejo mulvamano?

Karadur se convirtió en profesor en Othomae tras complotar para que echasen a Abacarus, su predecesor. Yo... —estuvo a punto de decir «tuve algo que ver con ello», pero prefirió callarse—... quizá dé un curso de mecánica en la Academia. ¿Qué fue de Thevatas?

—Fue ahorcado.

— ¿En serio? Debo reconocer que no me muero de pena. ¿Qué pasó?

—El Consejo de Regencia ofreció una buena recompensa por recuperar la corona, pero Thevatas exigió un puesto en el Consejo y no quería soltarla. Lo creáis o no, aspiraba el puesto de almirante de la armada. Tras perder la paciencia, los consejeros fingieron aceptar sus condiciones y, en cuanto hubieron recuperado el atributo real, se apresuraron a subirle al cadalso tras una parodia de proceso legal.

—Así perecen los ambiciosos —concluyó Jorian—. Y ahora bebed un vaso de vino en mi compañía y luego id a llevar mi respuesta a Xylar. ¡Cuando uno ha viajado tanto, ejercido tantas profesiones y conocido tantas vicisitudes como yo, al menos debe saber, aunque no sepa otra cosa, lo que quiere decir vivir bien!